

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF TORONTO

DAD

91
CIC

La

applied

to

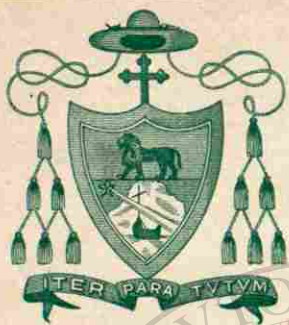
analysis

10

F1391

.G98

G9



1080018170

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



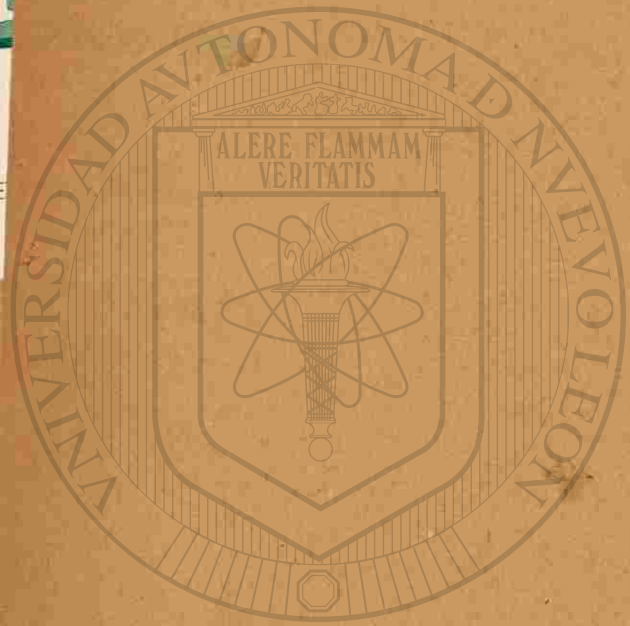
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BIBLIOTECA CENTRAL®
U.A.N.L.

E
HEME



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA CENTRAL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE "EL OBRERO"

EDITOR, JESUS RODRIGUEZ.

LA INUNDACION DE GUANAJUATO

POR JOAQUIN G. Y GONZALEZ.



FONDO EMERGENCIA
VALVERDE Y TELLEZ

1905

IMPRESA DE J. RODRIGUEZ E HIJO.

LEÓN.-GTO.



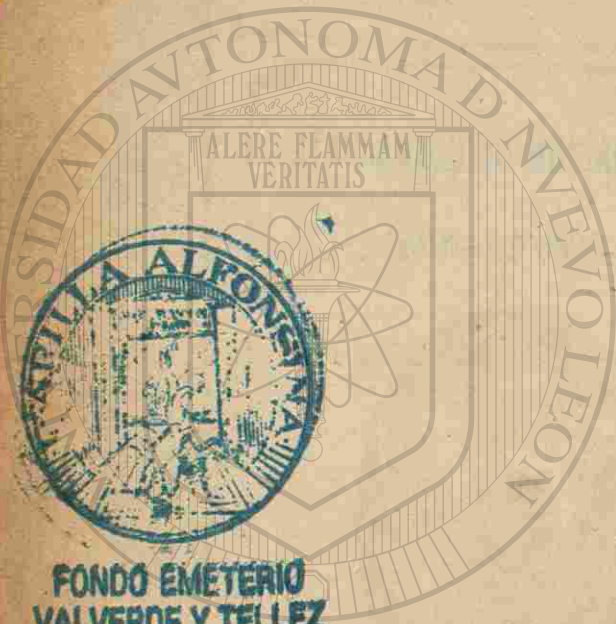
Capilla Alfonsina

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN *Biblioteca Universitaria*
Biblioteca Valverde y Tellez

038597

F1391
998
59

HEA



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

U A N L

Esta Obra es propiedad del autor y del editor y nadie puede reimprimirla sin su permiso.

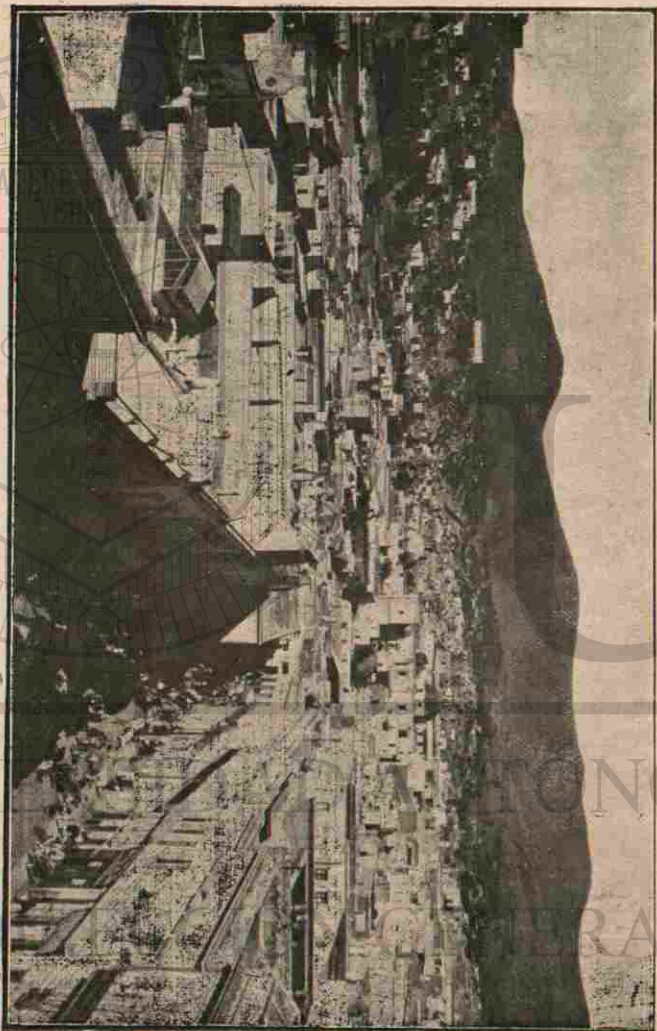
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Biblioteca Universitaria
Carilla Alliana

038880

000940



Panorama de Guanajuato.

ANTES DE EMPEZAR:

EXISTE en el fondo de una cañada, en medio de pintorescas montañas que guardan con sus extraños aspectos las huellas convulsivas de las revoluciones geológicas, una ciudad; una extraña ciudad que parece haber sido fundada, no por hombres, sino por águilas y condores. Los blancos caseríos se prenden en los picachos de los cerros como nidadas de palomas; descienden suavemente por las verdes laderas; enraizan, atrevidas, sus cimientos, como seculares encinas, en el corazón de la peña; llegan al fondo del barranco y allí se extienden con incomparable magnificencia, paulatinamente los nidos se transforman en palacios régios, que fingen con su delicada arquitectura, ya un fragmento arrancado á los severos muros del Escorial, ya un trozo encantado de la fantástica Alambra de Granada ó ya, en fin, una esbelta y aérea galería del Parthenón de Atenas.

En sus explanadas hay Jardines hermosos que purifican la atmósfera con sus suaves emanaciones y la embalsaman con sus delicados perfumes; en sus alturas hay grandes y artísticos recipientes de agua purísima, en cuya superficie de immaculados espejos, lo mismo se quiebra el tibio rayo de luna, que se descompone la luz solar con todos los colores del iris. Rueda en sus calles, pintorescas y torcidas, una muchedumbre trabajadora, que llena el amplio taller donde chispea, esclavisada por el trabajo, la energía eléctrica; que puebla, en busca de oro, las entrañas del cerro y que frecuenta el recinto augusto de los Colegios, de donde sale un himno de Poesía y de Luz. En esa ciudad, llamada por un autor inglés, *la más singular del globo*, todo pregona alegría, paz, trabajo.

Pero la Naturaleza, como potro mal domado por el esfuerzo secular del hombre, tiene á veces terribles reveldías, ciegos y salvajes impulsos, que por un momento la encabritan y la convierten en fiera hambrienta de sangre y destrucción. A cada nuevo espasmo de esa *gran impulsiva* se escriben en la historia de la humanidad nombres como *Pompeya*, *La Martinica*, *Consuegra* y *Guanajuato*.

Llegó para la Naturaleza el momento de sentirse fiera.

Soltó sus huracanes sobre la ciudad hermosa, coma Atila hubiera soltado sus salvajes huestes.

Abrió las cataratas de sus abismos y las gotas formaron los arroyos; los arroyos, uniéndose al bajar como aludes de la montaña, formaron los ríos; y los ríos, ligándose para su tarea destructora, formaron el monstruo, el torrente negro y asolador, el verdugo implacable que envolvió á la ciudad con sus mil brazos de hielo, y penetrando en ella entre el ronco fragor de artillería de los truenos, la asoló, la destruyó, arrebató vidas y hogares, inundó los pensiles de fango pestilente y en su paroxismo de cólera, arrojó los despedazados cadáveres de sus habitantes en los destruidos pórticos de los palacios en ruinas. ¡Una hora de locura, de delirio de la Naturaleza y la catástrofe quedó consumada!

Vamos á emprender en el presente folleto la tarea de reseñar ese drama grandioso, tal como sus escenas se presentaron á nuestros ojos asombrados.

La hoja volante, nacida al calor del acontecimiento y voceada en las calles aun no secas, no ha hecho mas que acumular datos que nosotros recopilaremos y completaremos; por su misión esa hoja no puede mas que tomar un detalle, un relieve de la catástrofe, nosotros

procuraremos abarcarla en su magnitud en las páginas de este folleto.

Pero no solamente será una crónica impresionista del gran desastre, destinada á hacer conocer sus detalles, satisfaciendo así más ó menos completamente la curiosidad del gran público: será un estudio un poco mas serio, que entrañará un grito de protesta y otro de esperanza.

Protesta en nombre de nuestra ciudad destruída, porque tenemos la convicción de que en su ruina no solo intervino la ciega mano del Destino, sino una imprevisión imputable á nuestros gobernantes desde hace siglos. Esperanza, de que sabrá resurgir de sus escombros mas opulenta y magnífica, como ha surgido en épocas anteriores de tremendas catástrofes, cuyo recuerdo ha olvidado la generación actual como se olvida la impresión angustiosa de una pesadilla.

Nuestra protesta no es hija de ninguna pasión bastarda, que aprovechándose de la penosa impresión del desastre, quiera lanzarlo como un reproche contra determinada persona, objeto de sus odios: irá contra nuestro indiferentismo de raza, contra nuestros hombres públicos en general, que desde las épocas virreinales, se han mostrado sordos á las sabias lecciones de la experiencia, de modo que las grandes

desgracias solo han encontrado Jeremías que las lloren y no hombres de acción que las impidan.

Nuestra protesta, informada en el profundo amor que profesamos á nuestra hoy desgraciada tierra, irá, no como un inútil reproche al pasado, sino como una honrada advertencia para el porvenir.

Ojalá y que nuestra débil pluma de noticieros tenga fuerzas para la tarea, pero nos alienta el pensar que un erudito escritor, de empuje bien probado, ha puesto bondadosamente á nuestra disposición el caudal de datos por él laboriosamente adquiridos, y esto, aliviando nuestra tarea, nos ayudará á salir avantes.

No aspiramos á otra cosa, sino á que de algo sirvan á nuestro querido Guanajuato las mal escritas páginas de este folleto.



La Ciudad Mártir.

HISTORIA DE 19 INUNDACIONES.

EL terrible azote que acaba de asolar la rica Capital del Estado de Guanajuato no es un suceso imprevisto y sin ejemplo en sus anales, que haya venido brusca y traidoramente á hacer presa de ella, sin previo aviso y sin antecedentes de ningún género.

Por el contrario, desde épocas remotas que se pierden en la noche del tiempo anterior á la conquista, la plaga de las inundaciones se ha cernido sobre la ciudad como un azote continuo y amenazador. De tiempo en tiempo ha descargado sobre ella, con más ó menos furia, pero siempre causando gravísimos perjuicios é impidiendo el desarrollo expansivo de la población, originando trastornos periódicos y poniendo un *hasta aquí* á su desenvolvimiento y progreso. Por eso extraña que á la vista de ejemplos tan tristes, continuamente repetidos, los gobiernos prudentes de todas las épocas no hayan intentado cortar de raíz el mal, emprendiendo obras de salvación que no hubieran sido muy difíciles ni muy costosas,

y si hayan hecho otras obras materiales importantes y hermosas, que aunque son de utilidad real y de verdadero ornato, no han sido de un vital interés para la población que ha continuado hasta la fecha bajo el terrible azote del líquido destructor.

Desde el principio del Siglo XVIII á la fecha, ha sufrido Guanajuato 19 inundaciones, cantidad enorme que apenas se comprende no lo haya destruido definitivamente ó no haya hecho pensar á los Gobiernos en un urgente remedio.

Por tener exacta conexión con la catástrofe actual, materia de este folleto, reseñaremos brevemente las principales, hasta llegar á la terrible del 1º de Julio del año actual, que narraremos con todos sus detalles, ya que sus escenas se desarrollaron á nuestros propios ojos.



Para la mejor inteligencia de lo que en seguida vamos á referir, no es inútil dar una ligera descripción de la extraña situación topográfica de Guanajuato, favorable por todos conceptos á las inundaciones y causa de las catástrofes que la han conmovido.

La ciudad, construida á 2,060 metros 84 centímetros sobre el nivel del mar, se encuen-

tra situada en medio de elevadas montañas, en una hondonada, que más que de valle, merece el nombre de simple cañada. La forman las depreciones de innumerables montañas que la rodean, entre otras: El Cerro del Cuarto y Sirena, al Norte; San Miguel, las Carreras y los hermosos picos de la Bufa, al Sur; al Oriente el Meco, la Bolita, el Temescuitate, etc. y al N. E. la Aldana, el Cerro trozado y las cumbres de Valenciana, Mellado, los Tumultes y otros.

Desde la Presa de la Olla al Cantador la ciudad se extiende formando á veces amplios anfiteatros cuando el valle se ensancha, y una simple calle cuando se estrecha la garganta de los cerros. Del Cantador se prolonga por la cañada de Marfil, que remata en el mineral y pueblo de este nombre. En los cerros del N. E. hacia el Monte de San Nicolás, nace un torrente, caudaloso en tiempo de lluvias, que por la inclinación del terreno penetra con ímpetu en la ciudad por el barrio de San Agustín, la atraviesa por los barrios principales en toda su extensión y convertido en río por la confluencia de otros varios torrentes que se le unen dentro de la ciudad misma, desemboca en Marfil; después se arroja en el Río Grande, de allí en la laguna de Chapala y por último en el Océano Pacífico. Su cauce, dentro

de la ciudad, tiene por bordes las paredes mismas de las casas, muchas de las cuales están sentadas en los sesenta y tantos puentes que lo atraviesan. Cuando á consecuencia de algún aguacero torrencial el caudal de sus aguas es excesivo, el líquido cubre los puentes, penetra en las casas por puertas y ventanas, rebasa por los caños, inunda las calles hasta elevado nivel y así sobrevienen las catástrofes.

Con los desperdicios de las Haciendas de Beneficio y la tierra que las avenidas depositan en el lecho del río, éste ha ido asolvándose progresivamente y haciendo más frecuentes las inundaciones. Actualmente se halla sumamente asolvado y lo está más aún con los escombros acumulados por los desplomes de edificios en la última inundación.

Ahora que el lector conoce la desfavorable situación de la ciudad, volvamos á la historia de las inundaciones que en el espacio de 2 siglos la han asolado.

Dada la desfavorable situación de Guanjuato es probable que desde época muy remota haya sufrido el azote de las inundaciones; casi nos atrevemos á asegurar que las debe haber sufrido desde el Siglo XVI, cuando con el nombre de *Quanashuato* solo era una miserable aldea chichimeca. Su antiquísimo barrio de

Paxtillán (hoy Pastita) existe desde esa época y está comprendido en la zona inundable.

Pero las noticias ciertas y fidedignas empiezan en el Siglo XVIII, historiado ya por el erudito P. Don Lucio Marmolejo en sus "Efe-
mérides Guanajuatenses," que á este respecto y á todo lo que á la historia de Guanajuato se re-
fiera, suministran datos preciosísimos, exhu-
mados por él de las ininteligibles páginas de ol-
vidados manuscritos y de entre el polvo de
viejos archivos conventuales. Sus Efe-
mérides nos servirán de guía en esta reseña.

La primera inundación de que se conserva memoria, acaeció el domingo 8 de Junio de 1704, á las 8 de la noche. La originó un des-
bordamiento del río que en la calle de Belem arrebató dos niños, uno de los cuales se encon-
tró hecho pedazos y el otro desapareció. No hay datos que el Alcalde Mayor de Guanajua-
to, que lo era Don J. J. Campuzano, caballero de Santiago, tomara ninguna medida de pre-
caución.

En 1741, estando ya en construcción la Pre-
sa de la Olla, Guanajuato sufrió otra inunda-
ción que según las crónicas de entonces, "no
fué de las más terribles," no obstante que oca-
sionó serios perjuicios. Pero 19 años después,
en la madrugada del 5 de Julio de 1760, acae-
ció, otra tan terrible, que no solo revistió el ca-

rácter de una verdadera catástrofe, sino que sumió á la ciudad en el luto y la desolación por las pérdidas de vidas é intereses de que fué causa.

Para que se vea que catástrofes tan terribles como la que últimamente sobrevino, ya habian tenido ejemplos en nuestra historia, cedemos la palabra á los cronistas de aquellos tiempos, que se explican con sobrada elocuencia. El Al-
calde Mayor Don Bernardino de Navas la des-
cribe del modo siguiente: "Dia viérnes 4 del corriente hizo muy sereno y alegre y así siguió la noche, sin aquellos anuncios comunes que ponen á la vista las tempestades nada escasas en este país y tiempo. A la media noche, cuan-
do todos estábamos en profundo sueño, comen-
zó un aguacero más que regular, que no dió el mayor cuidado hasta que repentinamente se movió un furioso huracán y cayó el agua con tanto ruido y furia, como si cayeran los cielos, con igual estrépito de truenos y centellas que hacían estremecer toda esta cerraña y los co-
razones de sus habitantes, porque parecía que-
rerse destruir por los elementos, todo el lugar y sus contornos." El fenómeno meteorológico que describe el Sr. Alcalde Mayor, es semejan-
te á los que con alguna frecuencia presencia-
mos y al que ocasionó la última catástrofe. Continúa la descripción: "Dicen los *brujos* de

aquí que fué culebra de agua la que cayó de golpe en los cerros; yo no he visto ningún derrumbe ni socabón de éstos, ni la obscuridad de la noche me persuado permitiera distinguir la configuración de la nube: ella en poco menos de una hora ocasionó tal avenida, que sobrepujo la caja del río en muchas varas. *Aun por encima de las azoteas de las casas*, de las que arrebató muchas gentes al ímpetu de la corriente, y se llevó, sacando algunas por los cimientos, más de 240 casas y haciendas, que en el todo quedaron arruinadas con cuanto tenían; y la mayor parte de sus habitantes, á quienes en la ocasión nadie pudo socorrer, por lo intempestivo, por la obscuridad y la conturbación." En seguida narra el terrible espectáculo de los habitantes huyendo á los cerros en medio de la noche y al siguiente día el espectáculo mas lastimoso aún, que según sus propias palabras era "el mirar las mujeres y niños temblando de frío, y sin tener por de pronto quien los pudiese socorrer con ropa, ni que comer, porque lo que no se llevó la turbonada todo estaba mojado y sin poder servir; y sin embargo estaban con el consuelo de haber libertado las vidas, que apreciaban mas, viendo tanto cadáver como se iba recogiendo, y no cesaban de dar gracias á Dios, teniendo á milagro su fortuna." Narra el cronista después los

tremendos estragos materiales hechos en la población por el agua y concluye lamentándose de los excesos de la plebe, que se arrojó sobre los despojos de la inundación, como una verdadera chusma de «podencos, lobos y coyotes, sin fé ni temor de Dios.» (sic.)

Hay otras descripciones que confirman la anterior, entre ellas el parte oficial rendido por el Ayuntamiento al Virrey Conde de Revillagigedo. En ellas se expresa que la destrucción de las calles «de Belem, la Nueva, la de Alonso y Cantarranas, fué completa y que innumerables personas perecieron ahogadas ó á efecto de los desplomes.» Allí se compara por los cronistas esta terrible catástrofe al Diluvio Universal y á la ruina de Troya.

Entre todas las inundaciones que ha sufrido Guanajuato, ésta es quizá la que por sus circunstancias se parece más á la del 1º de Julio último. Los que tuvimos la desgracia de presenciara, comprendemos sin dificultad que entre las sombras de la noche el espectáculo debe revestir un horror sin igual y que las víctimas debieron ser numerosísimas, por efecto de la obscuridad y del pánico.

Apesar de esta catástrofe no se tomaron por las autoridades medidas serias para evitar las inundaciones y la ciudad mártir tuvo bien pronto que sufrir otras nuevas.

En efecto, el 2 de Septiembre de 1772 el agua volvió á invadir las calles y á causar grandes destrozos en el templo de San Diego y otros muchos edificios, lo bastante para que el Ayuntamiento, saliendo de su natural apatía, se reuniera en sesión extraordinaria para escoger los medios de prevenir para lo sucesivo *tan frecuentes desgracias* (sic) y solo resolvió expedir una orden á los propietarios de minas, para que robustecieran los calicantos de sus terreros é impidieran que el río siguiera ensolvándose con los deshechos.

Esta orden, insuficiente en sí y que además no fué cumplida, dió lugar á que continuara la larga lista de las catástrofes.

El 27 de Julio de 1780, nueva y desastrosa inundación asoló la ciudad, y ésta es quizá la que mas vidas humanas ha sacrificado. Solo duró 12 minutos y éstos bastaron para que el torrente del Monte de San Nicolás penetrara en la ciudad destruyéndola. El templo de San Diego, derribado, quedó lleno de cadáveres de hombres y animales y el arroyo que pasa por Rayas, introduciéndose en el socavón de la mina de ese nombre, lo llenó en pocos momentos y sepultó entre los escombros el numeroso pueblo que allí trabajaba, *compuesto de centenares de hombres*, "sin que hubiera recursos para salvar uno solo de aquellos desgraciados" (Efe-

méridés Guanajuatenses, Tomo II, pág. 248.)

Nota tristísima, profundamente conmovedora, la de aquel puñado de operarios sorprendidos en su labor por tan espantosa y desesperada muerte. Solo ella pudo remover el indiferentismo del Ayuntamiento, que asustado ante la magnitud de la catástrofe, se dirigió al Virrey para pedirle el remedio de tantos males. Este comisionó para el estudio del asunto á Don Joaquín Velazquez de León, Alcalde honorario de la Real Audiencia, director general del Real Tribunal, poseedor de no sabemos cuántos títulos más, quien prontamente se trasladó á Guanajuato.

Este hombre, tenido por el mejor ingeniero de la Nueva España, practicó un reconocimiento del río y dictó varias medidas entre las cuales fué la principal, repetir, eso sí, con el carácter de *muy urgente*, la orden dada años antes á los propietarios de minas para que impidieran el asolve del río. Ni el Ayuntamiento cuidó de su observancia, ni los particulares de la ejecución, y los desastres continuaron.

El 10 de Agosto de 1794 fué la ciudad nuevamente inundada, resintiendo la calle de Belén considerables perjuicios.

Las fechas 13 de Julio de 1804 y 4 de Julio de 1828 corresponden á nuevas avenidas é inun-

daciones, en que la población sufrió nuevos estragos.

Sigue un lapso de tiempo en que la Naturaleza pareció adormecerse y dejar descansar á la pobre ciudad; hasta el 2 de Julio de 1867 en que se registró una inundación causada exclusivamente por el río de San Nicolás, sin que el de la Presa tomara parte apreciable. El barrio de Pastita fué arrasado, padeciendo especialmente la mina de Sirena, la fundición Dulchés, de donde el agua arrebató la pesada maquinaria; la carrocera de Don León Demongin que pereció y cuyo cadáver llevó el agua á través de toda la ciudad hasta dejarlo en la Hacienda de Cipreses, y en general toda la población, especialmente el Hinojo, el Ropero, el Jardín de la Unión y la Cruz Verde. El comercio del centro fué arruinado.

Pocos años despues, el 2 de Septiembre de 1868 se vinieron varias pequeñas presas rumbo á la Olla, ocasionando una nueva inundación y el 20 de Agosto de 1873, á las 8 de la noche, sobrevino la mayor inundación que ha presenciado la generación actual, anteriormente á la última y gran catástrofe.

Los cronistas de entonces se hacen lenguas sobre la magnitud del desastre; es cierto que sus estragos no fueron despreciables, puesto

que aún vemos el nivel de las aguas conservado por las placas de piedra fijadas en las esquinas de las calles; puesto que la corriente arrastró un pesado carruaje, destruyó casas, arrebató puentes y causó innumerables perjuicios. Pero ¿qué hubieran dicho esos cronistas al ver sus niveles sobrepujados en más del doble, y al ver los estragos casi increíbles de las aguas turbulentas de la última inundación?

Tenemos á la vista crónicas de ese desastre y no lo juzgamos sino como un débil boceto de la catástrofe actual.

En aquella inundación sufrió mucho el barrio de Pastita, el Hinojo, Matavacas, Cantarranas, el Baratillo, el Truco, la Cruz Verde, la Unión, Alonso, la Calzada de Guanajuato y casi todos los barrios que hoy han sido destruídos y que forman la principal arteria de la población; en aquella época también padecieron bastante, obteniéndose un nivel máximo de 2 metros y medio en los puntos mas bajos de la ciudad. Las pérdidas, según las manifestaciones dirigidas al Jefe Político Sr. Luis G. Reynoso, ascendieron á 156,000 pesos. Cuando el lector se entere de los datos análogos de la última inundación, verá la inmensa diferencia que existe y se formará una idea, por comparación, de la magnitud de la última terrible catástrofe.

La negra lista de las desgracias continúa con las inundaciones de 25 de Junio de 1882 y las de Junio de 1883, en que el agua desbordada destruyó los terraplenes del ferrocarril y averió los paseos de la Presa; con la del 28 de Junio de 1885, que sobrevino estando un numeroso público en una función del Teatro á que asistía el Sr. Gobernador del Estado, Gral. D. Manuel González, quien con su presencia de ánimo evitó el pánico é hizo salir al público ordenadamente por la puerta de escape.

Pasemos por alto pequeñas desgracias para llegar á las últimas, á las que personalmente hemos visto causar en el lapso de tres años, incalculables perjuicios pecuniarios y numerosos sacrificios de vidas humanas.

Nos referimos á la inundación del 30 de Septiembre de 1902, que sepultó entre sus aguas furiosas al pueblo de Marfil, que arruinó su pequeño comercio y barrió una manzana, sin dejar en ella piedra sobre piedra, sepultando entre la ola negra veintitantos seres humanos. Nos referimos á las últimas catástrofes: la del 30 de Junio y la del 1º de Julio del año actual, cuyo relato daremos con todos sus horribles detalles. Esta gran catástrofe, que ha conmovido profundamente á la Nación entera, es el digno remate de la larga série de calamidades que han azotado esta ciudad, á la que los

furores de la Naturaleza y la apatía de los Gobiernos han hecho merecer justamente el nombre de *Mártir*.

Ahora que el lector ha seguido la historia, que siquiera sea brevemente, hemos trazado de las numerosas inundaciones de que se guarda memoria en Guanajuato, comprenderá que hay un sólido fundamento para considerar culpable indiferencia de nuestros hombres de Gobierno de todas las épocas el no haber emprendido oportunamente obras de protección contra el eterno azote, obras que demandaban urgentemente la seguridad y la vida de la población.

Hemos visto que á raíz de algunas catástrofes, se han tomado débiles medidas cuya insuficiencia se demostró bien pronto con la elocuente lógica de los hechos. Sabemos que el 4 de Junio de 1883, bajo el Gobierno del Sr. Lic. D. Manuel Muño Ledo y á moción del Coronel Cecilio F. Estrada, Jefe Político de Guanajuato, se emprendió por primera vez una obra seria, que defendiéndola de las inundaciones, asegurara la vida tranquila de la ciudad. Pero también sabemos que apenas empezada, triunfaron la imprevisión y la pereza atávicas, y el Gobierno, que había empezado la

gran obra, la abandonó, dejando á la ciudad amenazada por su eterna espada de Damocles.

En buena hora que las obscuras épocas vi-reinales no encontraran para el mal remedio eficaz. En buena hora que las tormentosas épocas de convulsiones políticas no prestaran la atención debida á estos vitales problemas, absorbidos como se hallaban sus hombres por las luchas y los partidos. Pero creemos que es una obligación imprescindible, un santo deber de la época actual y de sus hombres públicos, llevar á cabo la magna obra. En esta época de paz fecunda y creciente progreso, en la que de la nada surgen los palacios magníficos al soplo de voluntades poderosas, bien puede la obra del Cuajín ser una realidad salvadora.

Urge su pronta ejecución.

De ella depende que Guanajuato resurja magnífico de sus escombros, como la ciudad de los Lagos renació grandiosa de las pavezas de un incendio; ó que al soplo devastador de nuevas catástrofes, Guanajuato, condenado á muerte por la Naturaleza, azotado por los elementos y diezmado por la emigración, acabe por desaparecer definitivamente del mapa.

Afortunadamente nuestro Gobierno actual dispone de elementos materiales bastantes, y tiene clara conciencia de la importancia de la obra.

El la llevará á cabo con la urgencia que el caso demanda.

Si hasta hoy se ha pensado en hermosear la población, es tiempo de pensar en salvarla.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA INUNDACION DEL 30 DE JUNIO.

POCO se ha hablado de la inundación acaecida el 30 de Junio del corriente año, víspera de la terrible catástrofe del 1° de Julio, fecha que ha de quedar grabada para siempre con caracteres sangrientos en los anales trágicos de Guanajuato. El recuerdo de la primera desgracia fué absorbido por el de la segunda. Aun en la memoria de las víctimas, la primera impresión se borra, se confunde, se diluye en el cuadro sombrío del 1° de Julio, cuyos oscuros contornos están siempre presentes en el espíritu.

No obstante, esa primera desgracia si hubiera venido sola, hubiera indudablemente tenido

resonancia, pues su magnitud fué considerable, sus estragos numerosos y también hizo sus víctimas. Vamos á dar de ella una ligera descripción.

El viernes 30 de Junio, un terrible aguacero que descargó en los cerros de la Presa de la Olla, ocasionó una considerable avenida. El agua, desbordada en los puntos más bajos del río, salió por las calles, inundándolas. Las más perjudicadas fueron Cantarranas, Puente del Rastro, Baratillo, Calle Nueva, el Truco y Alonso. El nivel máximo, registrado en la esquina de la calle Nueva y El Truco, ascendió á muy cerca de dos metros. Como se vé, esta inundación revistió proporciones más terribles en cuanto al caudal de las aguas, que la que hace pocos años arrasó el pueblo de Marfil, pues en aquella época, aun cuando el agua corrió también por nuestras calles, no fué á tan elevado nivel ni causó perjuicios como en ésta. Los principales perjudicados en la inundación primera, fueron el Dr. Samuel T. Bussey, la Botica del Sagrado Corazón de Jesús, propiedad del Dr. Arturo Aranda, los billares del Hotel Español del Sr. Julián Velasco, la papelería de "El Barretero" del Sr. J. F. Granados, y todas las barberías y talleres de la Calle Nueva de la Compañía y El Truco.

Como un documento curioso publicamos en

seguida la hoja suelta informativa que el semanario «El Barretero» publicó la noche misma de la primera catástrofe. Dice así:

«Alcance al número 939 de «El Barretero.» Terrible inundación.—Nuestras oficinas inundadas.—Grandes perjuicios en la ciudad.

«Bajo la impresión de un terrible accidente que nos causa serias desgracias, damos á nuestros lectores la terrible noticia de una inundación, acaecida hoy á las 6 de la tarde. Nuestros cajistas con el agua á la cintura forman estas líneas, y nosotros contemplamos nuestras máquinas llenas de agua, hundidas en un lodo rojizo.

«La desgracia ha sido terribilísima, ha llenado de miseria muchos hogares, ha debilitado muchas energías, ha arruinado á muchos luchadores, pero por fortuna ni una vida se ha ido entre las aguas cenagosas, ni una existencia ha sido arrancada por esa terrible desgracia que en un momento ha causado irreparables pérdidas.

La Plazuela del Baratillo parecía una numerosa laguna; la Botica del Sagrado Corazón de Jesús fué destruida; el agua sacó violentamente las mercancías, y las drogas y los productos químicos fueron destruidos.

«Las existencias de papelería de «El Barre-

tero» fueron sacadas por las aguas, lo mismo que las cajas y tipos de la imprenta.

Los vecinos de esta calle quedan de improviso hundidos en la miseria.

El peluquero Santiago Yépez estuvo á punto de perecer ahogado, pero por fortuna fué sacado con oportunidad.

Esta es la primera desgracia que causa la estrechez del túnel de San Agustín, según unos.

¡Dios quiera que eso no sea cierto, porque la desgracia de esas familias sería un eterno reproche.

En nuestra edición de mañana ampliaremos estos datos »

Esa edición en que se iban á ampliar los datos, no llegó á publicarse, pues estando en prensa llegó el agua de la segunda inundación.

Quién había de decir á los autores de esta hoja que esa desgracia no había de ser más que el preámbulo del horrible drama. Que esos cajistas, que paraban la letra “con el agua á la cintura” al día siguiente habían de sufrir la más terrible de las agonías; que esas prensas cubiertas de lodo rojizo, al día siguiente habían de servir de apoyo á algunas plantas desesperadas, ¡Quién había de decir que á esa hora ya la muerte, la desolación y la ruina, como pájaros siniestros, cernían sus negras alas sobre la confiada ciudad!

Para terminar diremos que esa primera inundación tuvo una fase benéfica. Fué el presagio, el heraldo de la segunda, que vino como una avanzada, á poner sobre aviso á los amenazados habitantes.

Hubo muchos que alarmados por la primera inundación, abandonaron sus casas, sus talleres, los sitios peligrosos, al recibir el choque de la primera ola del 1º de Julio. Sin ese aviso no hubieran pensado en huir y hubieran indudablemente perecido en el agua ó bajo los escombros, aumentando así á un número terrible las víctimas de ese desastre.

La gran catástrofe.

HA llegado para nosotros el momento de trazar el horrible cuadro. Quisiéramos, para dar de él una idea aproximada á la verdad, poseer una de esas plumas privilegiadas, que bo-

cetando un cuadro con sus firmes trazos, lo coloran, lo matizan, lo iluminan con la magia soberana de su estilo y saben encontrar la frase alegre y luminosa que hace ver el oro de un rayo de sol ó el sombrío periodo que describe las tenebrosidades del abismo.

Pero bien sabemos que esta catástrofe no podrá ser por nosotros vaciada en el rudo molde de nuestro lenguaje, por ser digna de uno de esos reyes de la palabra que saben comunicar á sus escritos la ternura del sollozo, la grandeza del dolor, y que usando del diccionario como de una paleta, más que una pluma manejan el más elocuente de los pinceles.

La descripción que hagamos será forzosa-mente pálida é imperfecta, pero confiamos en que la imaginación del lector completará nuestro boceto; convirtiéndolo en el cuadro vigoroso donde resalte con todo su horror el espectáculo del desastre. En esta confianza, empece-
mos:

En los días anteriores á la inundación, Guajuato celebraba sus clásicas fiestas primaverales.

La ciudad se había puesto su espléndido traje de fiesta, las calles presentaban ese aspecto abigarrado, alegre, bullicioso, que tiene algo de la locura del carnaval y mucho del perfumado aliento de la primavera

Los cerros, ásperos y escuetos durante el invierno, habían ya tejido su manto de verdura salpicando aquí y allá como un manto real, por la nota multicolora de las flores campesinas.

El barrio de la Presa, teatro principal de las fiestas, presentaba desde lo alto un golpe de vista encantador. Los jardines eran como un oasis de verdura; los árboles, pletóricos de sabia nueva, sacudían sus copas como espesos penachos en que alborotaba toda una población alada; el poético Parque de las Acacias era una rizada y verde alfombra, en cuyo centro, la colosal estatua del Libertador se elevaba en la agreste decoración de montañas hasta igualar su frente á los altos picachos.

A un lado y otro del Paseo se alineaban los artísticos *chalets*, las quintas aristocráticas, como un trozo arrancado á los Campos Eliseos ó al suntuoso Paseo de la Reforma, y en la vasta explanada, como grandes palomas blancas de alas extendidas, las innumerable tiendas de lona de los juegos, las barracas de tiendas y fondas al aire libre, dejaban escapar el alegre *retintín* del dinero y el regocijado son de las músicas populares.

En los pocos días que duraron las fiestas tuvimos oportunidad de contemplar ese espectáculo, y al ver en tan bello escenario la multi-

tud sonriente y confiada, al ver los nacionales rebozos de brillante seda arrollados á los cuerpos esbeltos, la expresión de alegría de todos los rostros, comprendimos por qué ese Paseo de la Presa pudo inspirar tan tiernos y sonoros versos á Juan Valle, nuestro inolvidable poeta ciego.

La Naturaleza nos sorprendió, pues, en pleno regocijo. Bastó un solo zarpazo del elemento transformado en monstruo, para que aquel cuadro de luz, de alegría y de vida se convirtiera en la negra imagen, mutilada y trágica, de la catástrofe.

Una ola bastó á cubrir de fango aquellos brillantes jardines: las blancas tiendecillas fueron barridas por el torbellino: á la alegría de las caras sucedió la máscara del pánico, y los alegres ecos de las músicas populares se apagaron en el estrépito del torrente desenfrenado. Abajo, en la ciudad rica y laboriosa, la ola arrebató vidas y haciendas, y entre el mugir de las aguas y el estertor de la agonía, se cumplió la frase del poeta italiano: "en una hora se destruye la obra de los siglos." ®

No hemos podido evitarnos esta rápida síntesis de la desgracia que ha acudido casi involuntariamente á la pluma, pero ya que tratamos de hacer una descripción detallada, empe-

ceamos por el fenómeno meteorológico que ocasionó el desastre.

EL FENÓMENO.

Es muy frecuente en Guanajuato observar la desigualdad de los vientos alisios que corren sobre la sierra, y por ende sobre la ciudad que atraviesan en parte. Común nos es observar que se acercan tempestades desechas y que al desarrollarse un viento fuerte que azota sobre las grandes y altas montañas de la Bufa, las tempestades toman un camino diverso hacia el Oriente dejando á la población libre del azote que era de esperarse.

Los meteorologistas llaman á meteoros que tienen por origen la desigualdad de los vientos ya dichos, *tornados*; pues las nubes que los forman se ven que vienen á lo lejos como copos blancos sobre el horizonte limpio, cubren después el cielo de nubarrones espesos llenos de apéndices, los que en un lugar dado se condensan en tempestad desecha, porque la corriente que los anima los hace *tornar* ó girar rápidamente de la periferia al centro, donde por fin, y á manera de tromba desencadenada, lanzan el agua con violenta furia azotando los edificios por todos los costados á la vez, en torbellinos tanto mas alarmantes y peligrosos, cuan-

to que es su radio relativamente de corta extensión respecto del punto que devastan y aniquilan.

Se sigue á la terminación del meteoro una notable baja en la temperatura, como causa inmediata de los aires que se mezclan, del graniizo que suele caer al principio de la tempestad y de la enorme cantidad de agua caída mediante pocas ó ningunas descargas eléctricas, porque parece que estos fluidos tienden á nivelarse durante el fragor y la revolución de la atmósfera donde se operan.

Uno de estos tremendos aguaceros giratorios ó tornados, fué el que ocasionó la inundación al descargar sobre la ciudad el 1º de Julio.

Como casi todos los de su género, se formó tras las montañas de la Presa, principiando á las 4 y minutos de la tarde.

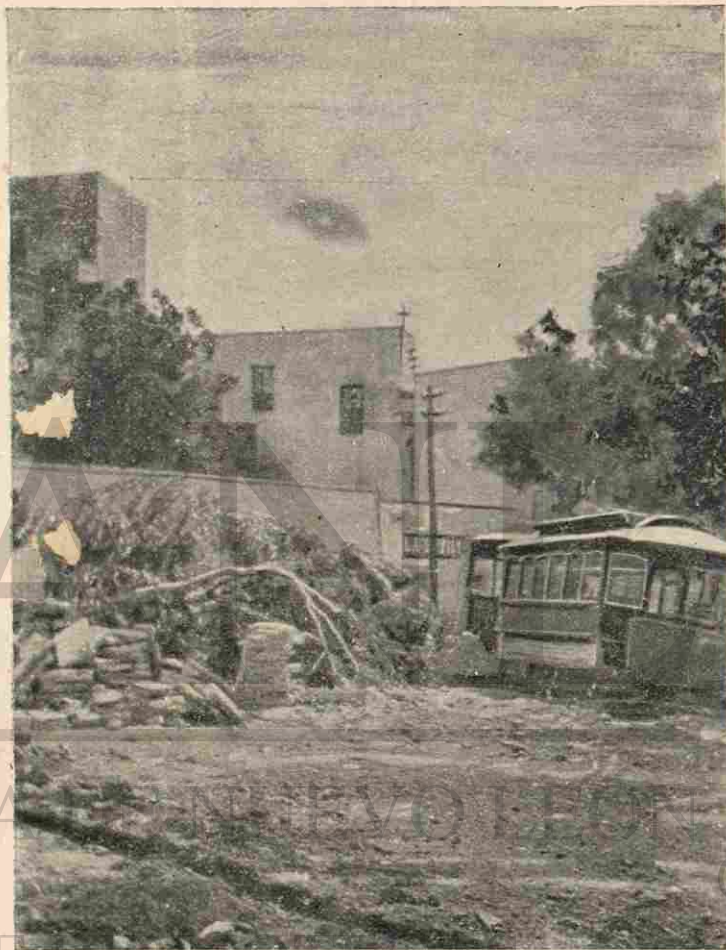
Su radio de acción fué relativamente vasto. En la periferia el agua azotaba con terrible furia, como en la Calzada de Guadalupe, donde desgajó árboles y destruyó casas, en tanto que en los puntos centrales la lluvia era de mucho menor intensidad. En el barrio de Pastita casi fué imperceptible. De los cerros de la Presa, de los barrios altos de la ciudad, descendían verdaderos torrentes que buscaban el nivel de la parte baja ó sea el río y las calles del centro. El fenómeno duró aproximadamente una hora.

CAMINO RECORRIDO POR LAS AGUAS.

LA zona herida directamente por la inundación, dentro de la ciudad, comprende una extensión de 4 kilómetros aproximadamente, es decir, desde la Presa de la Olla hasta el Cantador.

Vamos á procurar detallar el camino seguido por la corriente.

Las vertientes de la Presa «Chiquita» ó de «San Renovato» condujeron caudalosos torrentes que en pocos momentos la desbordaron, destruyendo la parte alta de la cortina; llenaron el túnel que va á la Presa de la Olla bajo el Parque de las Acacias, y desbordadas corrieron por las calzadas que van á ambos lados de esta última presa. Allí el torrente fué engrosado por el agua que rebosaba por encima de los muros de la Olla y por la catarata que salía por encima de la cortina, lanzándose á los jardines, á la explanada, á las antiguas cuencas



Camino de la Presa de la Olla.

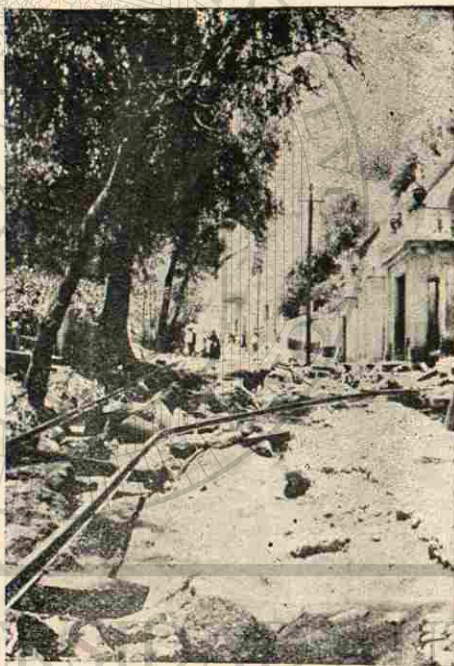
de las presas cegadas por el saneamiento y convirtiendo las calles en cauce, se lanzó arrasando las calles por los Garridos, etc., hasta llegar á San Agustín, donde se une el terrible torrente del Monte de San Nicolás, de fatal recuerdo en la historia de nuestras inundaciones.

En este trayecto el agua hizo serios estragos. Como ya dijimos, destruyó la parte alta de la cortina de San Renovato; derribó parte de los bordos del ala izquierda de la de la Olla; arrasó los tres jardines; se llevó los motores de los caballitos y de la "Rueda de la Fortuna," enterrándolos profundamente en el suelo; destruyó la línea de tranvías, arrastró éstos con todo y los tiros de mulas, ocasionó varios desplomes de casas y arrebató algunos individuos que perecieron.

Corrió por la ciudad en esos días el rumor de que las obras del saneamiento eran las culpables del desastre. Pero debemos consignar que la gente que procura fundar su opinión en razones, no acogió ese rumor haciendo un sencillo razonamiento. Sin el terrible fenómeno que descargó sobre la ciudad, ésta no se hubiera inundado aunque las obras existieran; y era tal el volúmen de las aguas, que aun el antiguo lecho del río, libre de todo embarazo, no hubiera podido contener la corriente.

Pero no debemos tampoco juzgarlas absolu-

ENTREGA 3ª



Costado del Jardín de la Presa.

tamente inocentes. El Ingeniero Emilio Galván y otras personas conocedoras, vierten esta opinión que nos parece enteramente aceptable. La estrechez de sección del tunel, los escombros y azolve de su fondo, los defectos de construcción que los hombres de ciencia creen en él, ocasionaron que dicha bóveda se declarara á sí misma incapaz de conducir aún un volúmen mucho menor de agua, puesto que reventó en varios puntos *desde la primera inundación*, y aun se obstruyó más con sus propios escombros. Si esas obras no hubieran existido, indudablemente que el lecho antiguo del río hubiera dejado desbordar parte de la corriente, pero como las obras en cuestión disminuyen considerablemente ese lecho, con la masa de la construcción y los terraplenes, es lógico que hayan hecho correr por las calles mayor cantidad de agua sobrante y desbordada, aumentando así á lo menos para ese barrio, los efectos y los estragos de la avenida.

Y limitamos á ese barrio la perniciosa influencia de las bóvedas del saneamiento, porque el agua en San Agustín recobró su cauce natural, y si más adelante volvió á desbordarse, fué por otras causas.

Interesantes discusiones se han suscitado á este respecto entre los especialistas en la mate-

ria, pero los hechos hablan muy alto en pró de la opinión que apuntamos.

Continuemos nuestra descripción.

Como dijimos, en San Agustín, donde termina la discutida bóveda del saneamiento, el río recobró su lecho, y sólo una parte de las aguas corrió por las calles de San Sebastián y la Sangre de Cristo, causando pequeños estragos, pero no tan pequeños que no arrebatara postes, animales, desplomara casas y pusiera en serio peligro las vidas.

Junto al cuartel de San Pedro, alojamiento del primer Batallón del Estado, había un puente sumamente bajo y estrecho. La violencia de las aguas lo hizo estallar, hundiéndose con horrible estrépito las casas cercanas, inundando el Cuartel, poniendo en peligro grave la vida de la tropa que apenas tuvo tiempo de huir. El edificio quedó destruido, los almacenes del Gobierno fueron arrebatados y aniquilados, y muerto el infeliz cabo Manuel Rodríguez. Todas las armas, uniformes, equipos, etc., desaparecieron. El agua salió á engrosar la corriente formando un conjunto amenazador. En pocos momentos las vigas y escombros de las casas que derribó, formaron una barricada ó barrera á la entrada del Campanero, impidiendo el libre curso del torrente por esa calle, lanzándola así á sembrar el estrago y la muerte por la ca-

lle de Matavacas. En el recodo de esta calle el agua derribó desde los cimientos las casas que se le oponían como obstáculos. El torrente devastador siguió su curso, yendo un poco más adelante, en el barrio del Hinojo, á escribir la página más negra de la inundación.

La corriente penetró asoladora barriendo el puente. En un momento el barrio entero, conmovido por el tremendo choque, vió sus casas vacilar, arrancarse de sus cimientos, desplomarse todas, una por una, desapareciendo con sus habitantes en el negro hervidero. Allí se desarrollaron las escenas todas de la desesperación: familias enteras perecieron entre las aguas; la angustia en todas sus fases; la muerte bajo todas sus horribles formas: submersión, asfixias, abismo, aplastamiento.

Breves instantes y aquella barriada no fué mas que una tumba y un montón de escombros.

La corriente se bifurcó por Sopeña y Cantarranas. En esta última calle fué engrosada por nuevos desbordamientos del río. Todas las casas de ese lado eran otras tantas compuertas ó surtidores y no tardaron en venirse abajo. Todas las casas de ambas aceras fueron azotadas por el agua que corría á altísimo nivel y casi ninguna se escapó de la destrucción y ningún vecino de la ruina.

En el Puente del Rastro parte del agua tomó el camino del Jardín de la Unión y parte el del Baratillo. La primera fué aumentada con nuevos desbordamientos; por el Hotel Español salía un verdadero torrente cuyo primer choque arrancó el pesado é inmenso portón. Por el puente asolvado y bajísimo, saltó el agua, arrebató las mesas de billar, comedores, etc. y subió casi al segundo piso. Enfrente, la cantina «La Revoltosa» acababa de desplomarse y daba también salida al agua del río.

El Jardín de la Unión era una inmensa laguna. El agua, á la altura de las puertas, arrebató los postes de hierro del alumbrado eléctrico, las bancas, el barandal de hierro de San Diego y todo lo que á su paso encontró.

Dentro del Jardín apareció derribado un tranvía y ahogadas las mulas.

El comercio mejor y más floreciente de la ciudad quedó destruido.

Esta avenida, unida con la de Sopeña, corrió entre horroroso estrépito á proseguir su terrible misión por la calle de Alonso.

Entretanto la del Baratillo, reforzada por los arroyos de San José y la Cañada de Robles, había cubierto la plazuela. En la calle Nueva de la Compañía, el Truco y la Compañía, el nivel llegaba casi á los balcones, en tanto que las colas se prolongaban á lugares bien

altos de la calle del Sol, la Tenaza y la Plaza Mayor.

Con furia se estrelló en Palacio y penetró por el callejón cubierto de los Arcos, que no era más que un horrendo hervidero, á la calle de Alonso ya invadida por el otro torrente. Se añadieron allí los arroyos que desembocan de todas las calles altas, y este formidable volumen de agua corrió por las mencionadas calles de Alonso, las que siguen, los Angeles, Belem y Calzada de Guanajuato, produciendo desplomes sin cuento, sembrando cadáveres, arrebatando tranvías, carruajes, montones de vigas y esparciendo la ruina en toda la extensión de tan vasto trayecto.

Las bardas de la Calzada de Guanajuato cedieron al impulso de la corriente y allí el río recobró su cauce hasta derribar la maderería del Cantador y desbordarse así de nuevo. El agua rompió el fuerte barandal de hierro del Jardín, penetró en él y en el Abasto Municipal llevándose las casas cercanas. Poco después azotó con increíble fuerza al depósito de tranvías de la Compañía y se llevó el piso y cuanto coche se encontraba en él.

Desde allí la corriente, disponiendo de más amplio cauce á todo lo largo del camino de Marfil removió enormes peñascos, deshizo la vía, desencajó los puentes, inundó y destruyó



Rinconada de la Calle de Matavacas cerca
del Cuartel de San Pedro.



De Marfil á Guanajuato.

las antiguas haciendas de Beneficio y dió el golpe de gracia al pueblo de Marfil, terminando su ruina y coronando así la obra de la inundación anterior.

Después de destruir las estaciones y vía del Ferrocarril de San Gregorio y del Central, fué á perderse en los campos, á sorprender labriegos y viandantes y á seguir su mortífera obra.

Este es, á grandes rasgos, el camino seguido por las aguas el 1º de Julio. Es un débil boceto en que nos hemos abstenido de entrar en detalles sobre los estragos en particular, número de víctimas, niveles, etc., etc. porque más adelante trataremos separada y completamente estas materias.

Como se ve por lo expuesto, la ciudad entera fué recorrida del uno al otro extremo por la funesta avalancha y herida en su corazón, en sus barrios más populosos é importantes; vió arrebatada su riqueza, paralizada su actividad y arruinado su comercio.

Hubo en los hogares huecos irreparables; lágrimas en los ojos, montones de escombros en las calles, cadáveres en el lecho del río y amargura en todos los corazones. Y lo que es peor aún, la sombra de nuevos peligros, suspendida amenazadora sobre su cabeza.

Bien pudo decirse que al bajar las aguas solo pudo contemplarse el cadáver de la población

envuelto en su asqueroso sudario de fango cenagoso.

Un cadáver, sí! Pero susceptible de resucitar al contacto de esa chispa eléctrica que se llama *Esperanza*.

No está lejano el día en que la confianza plena en el porvenir, la seguridad de una vida tranquila para el futuro, se acerquen á este nuevo Lázaro para decirle al oído con su voz profética: *¡Es tiempo! ¡Levántate y anda!*



Aspecto de la Ciudad durante la Catástrofe.

Cuando la inundación llegó á su apogeo presentaba la ciudad un aspecto desolador y terrible.

El cielo cubierto de densas nubes plomizas, dejaba pasar una luz opaca que iluminaba apenas la escena. La lluvia caía continuamente.

En la vasta zona inunda las casas y sus habitantes estaban incomunicados.

En todas las azoteas y balcones se veían grupos aterrizados; mujeres, hombres y niños que de rodillas imploraban su salvación del

cielo. Por todas partes se oía el llanto, el continuo repicar de las campanas consagradas; la luz de los cirios iluminaba el torrente y en los templos todas las campanas dejaban oír el imponente toque de rogación.

En aquellas cuadras que no estaban convertidas en islas, es decir, que aún tenían comunicación con las partes altas de la ciudad, las familias huían por las azoteas, medio desnudas, provistas de cuerdas y escaleras.

En las calles altas, donde se podían contemplar las calles inundadas, grupos compactos de gente lloraban viendo á lo lejos el torrente furioso cubriendo la ciudad, y de cuando en cuando se oía el sordo estampido de un desplome y se veía la polvareda saliendo como una nube del agua.

Los barrios altos eran invadidos por la multitud, que subía corriendo y gritando: *¡se acaba Guanajuato!* esparciendo así por todas partes el dolor y el pánico.

Cuando la inundación bajó, las calles fueron invadidas por una muchedumbre, que silenciosa y triste, iba de un lado á otro por entre el fango, contemplando los edificios destruidos y los montones de escombros. Se formaban grupos frente á los cadáveres que se iban extrayendo del lodo.

Por la noche fué una desbandada general de los habitantes de los barrios bajos.

Unos por no tener ya casa; otros por estar la suya á punto de desplomarse y el resto por temor de otra inundación durante la noche, pues el cielo seguía encapotado, todos buscaban el refugio de un lugar seguro.

Iban los grupos con linternas, velas, mechas encendidas, pues la planta eléctrica estaba inutilizada y la red caída en toda la ciudad; iban las familias con lios de ropa y niños á cuestas buscando hospitalidad.

Esta se concedía á todos y las casas se abrían al primero que llegaba y los que no habían sufrido por no haber llegado el agua hasta su casa, situada en sitio elevado, cedían sus lechos y compartían su alimento con los que llegaban.

Los guanajuatenses no desmintieron en esta ocasión sus antecedentes y se auxiliaron cariñosamente unos á otros. El dolor los hacía hermanos. La noche pasó en continuo sobresalto. La lluvia seguía cayendo y en las calles desiertas, en la ciudad completamente á oscuras, solo se oía el ruido de la lluvia y de cuando en cuando un estampido sordo, como de un barrero lejano: eran las casas que se derrumbaban durante la noche.



LOS DRAMAS DEL AGUA.

Después de haber descrito á grandes rasgos la catástrofe, conviene examinar los detalles. De otro modo no se tendría una idea clara de ella, *no se la sentiría*, no se la vería un momento con los ojos de la imaginación tal como fué, que es como nosotros queremos describirla.

Los pequeños detalles reunidos darán el conjunto, como las pequeñas líneas conuinadas dan el retrato.

En primer lugar tenemos que advertir que es imposible describir todas y cada una de las escenas del drama. Es demasiado vasto. Cada casa de la zona inundada fué un escenario; cada habitante tiene una historia que contar. Además, hay muchos detalles conmovedores que no pueden referirse porque nadie los presenció. Se escapan á la avidez del noticiero y á la compasiva curiosidad del público.

Tuvieron por teatro el interior de una casa; por espectadores, las ondas negras, que no refieren lo que ven. Por actores, hombres, mujeres y niños. Por trama, la desesperación y la agonía. Por desenlace, la muerte.

Por la noche fué una desbandada general de los habitantes de los barrios bajos.

Unos por no tener ya casa; otros por estar la suya á punto de desplomarse y el resto por temor de otra inundación durante la noche, pues el cielo seguía encapotado, todos buscaban el refugio de un lugar seguro.

Iban los grupos con linternas, velas, mechas encendidas, pues la planta eléctrica estaba inutilizada y la red caída en toda la ciudad; iban las familias con lios de ropa y niños á cuestas buscando hospitalidad.

Esta se concedía á todos y las casas se abrían al primero que llegaba y los que no habían sufrido por no haber llegado el agua hasta su casa, situada en sitio elevado, cedían sus lechos y compartían su alimento con los que llegaban.

Los guanajuatenses no desmintieron en esta ocasión sus antecedentes y se auxiliaron cariñosamente unos á otros. El dolor los hacía hermanos. La noche pasó en continuo sobresalto. La lluvia seguía cayendo y en las calles desiertas, en la ciudad completamente á oscuras, solo se oía el ruido de la lluvia y de cuando en cuando un estampido sordo, como de un barrero lejano: eran las casas que se derrumbaban durante la noche.



LOS DRAMAS DEL AGUA.

Después de haber descrito á grandes rasgos la catástrofe, conviene examinar los detalles. De otro modo no se tendría una idea clara de ella, *no se la sentiría*, no se la vería un momento con los ojos de la imaginación tal como fué, que es como nosotros queremos describirla.

Los pequeños detalles reunidos darán el conjunto, como las pequeñas líneas conuinadas dan el retrato.

En primer lugar tenemos que advertir que es imposible describir todas y cada una de las escenas del drama. Es demasiado vasto. Cada casa de la zona inundada fué un escenario; cada habitante tiene una historia que contar. Además, hay muchos detalles conmovedores que no pueden referirse porque nadie los presenció. Se escapan á la avidez del noticiero y á la compasiva curiosidad del público.

Tuvieron por teatro el interior de una casa; por espectadores, las ondas negras, que no refieren lo que ven. Por actores, hombres, mujeres y niños. Por trama, la desesperación y la agonía. Por desenlace, la muerte.

Los muertos guardan sus secretos. Solo adivinamos las escenas horribles por detalles que las aguas y los escombros no pudieron destruir: un cadáver espantosamente mutilado, una crispación terrible que la agonía produjo y petrificó la muerte, la expresión de angustia suprema impresa en una cara ya inerte. Eso es lo que queda de esos dramas desconocidos.

Los que no tuvieron un desenlace funesto: los que presencié algún espectador aterrorizado, los que ocurrieron entre personas conocidas, los que presenciamos nosotros mismos, esos son los que contaremos á nuestros lectores. Los diremos conservando nuestras primeras impresiones, tal como salen de la pluma, sin orden ni aliño, pero creemos que lo que decimos bastará al lector para figurarse lo que no podemos decir, ó sea *el todo* del horrible drama.

Tal vez los lectores foraneos que desconocen la catástrofe y aún los buenos burgueses de la ciudad, que presenciaron la inundación desde una firme casa de un barrio alto, tranquilos y paraguas en mano, exclamarán al leer lo que sigue:—Bah!...¡Páginas de novela!

Pero contra los primeros apelamos á casi todos los guanajuatenses que no tienen interés en ocultar las proporciones del desastre, para que por un momento cierren los ojos,

evoquen sus recuerdos, contemplen en el Cinematógrafo de su imaginación las escenas que presenciaron, vuelvan á ver el agua negra tapando puertas y ventanas, el torrente mugiendo en la calle, el río estremeciendo las casas con su embestida, el perfil angustioso del ahogado entrevisto en el agua revuelta, la polvareda de los desplomes, y despues de recordar todo esto, los invitamos para que digan si contienen exajeración nuestras palabras.

A los otros, á los buenos burgueses que no vieron de la inundación sino el agua que caía sobre sus paraguas, á esos no les preguntamos, porque son los mismos que delante de un buen plato de sopa humeante, bien arrellanados en su poltrona, exclamaban á los días siguientes al desastre:—En Guanajuato no hay hambre, ni hay miseria. No ha sido gran cosa la inundación!

A esos no hay que preguntarles si vieron las terribles escenas, como no hay que preguntar á los pacíficos vecinos de Acapulco si han oído los cañonazos de Puerto-Arturo.

Dicho esto, traslademos al papel nuestros recuerdos. ®



EN "EL BARRETERO."

La escena culminante que presencié el que esto escribe, es la siguiente que en vano trataría de olvidar.

Unido al Sr. José F. Granados por lazos de viejo compañerismo y estrecha amistad, me encontraba el día del siniestro, pocos momentos antes de su principio, en la Imprenta, sentado á la misma mesa de mi amigo y rodeado de los rostros conocidos de cajistas y prensistas. En la calle, los chiquitines voceadores del periódico, esperaban su salida con el acostumbrado estrépito de revuelta parvada.

Empezó á llover. Temiendo una tarde de aburrimiento, me fuí á mi casa no teniendo que atravesar mas que la calle, pues vivo frente á la imprenta. Tomé un libro, abrí el balcón y aprovechando la poca luz de la tarde nublada, me puse á leer. Poco después me distrajo el ruido creciente de la lluvia. Me puse á contemplar la calle y vi los arroyos convergiendo al caño de la esquina. Los arroyos crecieron, el caño empezó á *horrir*, fenómeno conocido por mí, que indica que el río, lleno plenamente, se

desborda por este sitio. Corrí á avisar á mi familia y salí de nuevo; el agua llenaba la calle. Los obreros de la imprenta se ocupaban en salvar á los pequeños papeleros. El agua subía un metro, dos, la calle era un torrente que arrastraba objetos, muebles y animales. Como bajo el impulso de un ariete, el gran zahuan de la casa de Antillón se desgajó. Del patio el agua arrebató un caballo frisón que salió nadando desesperadamente. Volteé á la imprenta y solo ví la cara demacrada del cajista Pedro N. que asomaba por la última reja de una ventana. ¡Lo demás estaba cubierto por el agua! Empecé á gritar á los obreros: ¡salgan! ¡Digan á Granados que salga! ¡Voy por una reata!

Entré en mi casa y ayudado de mi hermano la revolví desesperadamente. ¡No había reata! Anudamos las sábanas de las camas y volvimos á salir. El agua cubría puertas, ventanas, todo! Poco después el cajista Joaquín Díaz, que salió buceando por una puerta, gritó: *¡Salven á Granados! ¡Yo voy bien!* y desapareció nadando por la calle del Truco.

Una mano salía de cuando en cuando por bajo el agua; era Granados. En un intervalo en que estaba fuera, le arrojaron de la casa de los altos una cuerda y asiéndose á ella, salió

por fin, pálido, enlodado, con la muerte retratada en el rostro. Cuando estuvo fuera, se irguió sobre el agua, pero no pudiendo ascender por aquella cuerda que le cortaba las manos, empezó á vacilar, á caer de nuevo en el torrente y nosotros, sin poderle prestar ningún auxilio, clavábamos las uñas crispadas en los hierros del balcón. Arrojamus nuestro lío de sábanas á la cara de Granados, quien sintiendo la humedad y tomándola quizá por una ola, lo sacudió con desesperación y volteando á nosotros la cara angustiada, exclamó: *¡ya no puedo!* y se hundió.

Al verlo desaparecer un gran sollozo nos desgarró el pecho; el primero despues de tantos años. Su cabeza pasó sumergida, apenas visible y desapareció por el Truco. Ya el agua llegaba á cubrir el letrero de la imprenta y dentro aún había nueve muchachos.

Las vigas que arrastraba el agua, golpeaban y rompían los hierros de nuestros balcones, próxima ya el agua á penetrar. Dentro, los 21 escalones de que consta nuestra escalera, estaban cubiertos.

Sacudimos mi hermano y yo el estupor de la terrible escena. Corrimos á salvar á nuestra familia [mujeres y niños que lloraban.] Un tra-

yecto por azoteas, escalamientos ¡qué se yó! Quedaron en salvo.

Regresemos á nuestra casa. El agua se mantenía á la misma altura. No había medio posible de salvar á los obreros sino atravesando la calle.

Con una viga que pasó improvisamos un puente. La casa de enfrente amenazaba desplomarse.

Se practicó un agujero en el techo, salieron todos los obreros vivos por aquel agujero y luego ellos y los pequeños voceadores, pasaron por el trozo de apolillada madera suspendido sobre el torrente. Aquellos pobres muchachos habían estado durante tres cuartos de hora en terrible agonía, en la obscuridad, con más de tres metros de agua dentro de la casa, encaramados en las puertas, abrazados á algún mueble flotante, tocando el techo con la cabeza y amenazados de la asfixia por falta de aire, puesto que ya el agua solo dejaba una delgada capa.

Granados se salvó de un modo fortuito. No podemos menos de insertar sus impresiones, escritas por él mismo á raíz de su casi milagrosa salvación. ®

Helas á la vuelta:

COMO ME SALVÉ DE LA MUERTE.

«Aquello fué horrible.

Se preparaba la venta del último número de *El Barretero*, cuando empezó á caer una lluvia menuda, después recia, muy recia, hasta tomar el carácter de una formidable tempestad.

La calleja donde está la Imprenta es angosta y no permite ver el cielo. Seguía la lluvia y seguíamos nosotros, contando periódicos para los papeleros que estaban formados esperando sus ejemplares. No nos dábamos cuenta del peligro, no pensábamos que pasados cinco minutos, el prensista que tiraba los últimos números del periódico sería un cadáver. ¡Quién en las horas santas del trabajo piensa en la muerte! Seguían las prensas entonando dentro del taller su canción de gloria, y afuera, en la calle, la lluvia seguía fuerte, muy fuerte, con todos los furros de una tempestad. Nosotros ignorábamos el peligro.

Derrepente un papelero, llegó despavorido, diciendo que el agua tapaba los ojos de los puentes..... En efecto, el río presentaba un aspecto imponente, aterrador. Empezamos á tener miedo. Salvamos á los papeleros, echán-

dolos á los altos de la casa. Cuando faltaban dos, el agua entró por el despacho, lo envolvió todo, oíamos el crugir de las vidrieras rotas adentro, y afuera veíamos la calle hecha un verdadero río. Llevaba enormes vigas, zahuanes, cajas, animales, barridos como leves basuras..... Quisimos salir, buscar el alto, pero era tarde. Empezó dentro del taller el agua á subir, á tirar las cómodas, los armarios, los tronos. Las prensas fueron cubiertas en un instante. En medio de aquella muerte segura, inevitable, los cajistas y yo no perdíamos la serenidad. Creíamos que pronto pasaría todo, que sería algo mas fuerte que lo del día anterior. Pero el agua seguía subiendo y cubría ya la parte alta de las ventanas de la Imprenta. Parados sobre las prensas, el agua nos daba hasta el pescuezo. Los muchachos cajistas, agarrados sobre las cómodas flotaban en el agua. Los papeleros que se habían quedado y los aprendices lloraban, y aquel llanto hacía mas horrible nuestra angustia. El agua subía más y más. Faltaba una vara, menos, para que llegara á los techos..... El cajista Joaquín Díaz se desnudó, y fiado en su juventud y en que era un hábil nadador, se tiró á la corriente; lo quisimos detener, pero fué envano. Frente á la que fué mi casa vivía Joaquín González. Desde sus balcones miraba la horrible tragedia. Quería salvarnos, pero no

podía. El agua había ya cubierto las ventanas y puertas. ¡Señor Granados! me gritó— allí vá una riata! Abrí la puerta y parado en una prensa, esperé.—Cuando la tuve en mis manos, salí..... La riata era delgada, los que la tiraban no podían jalarme. Y tras de unos instantes de agonía..... viendo que aquello era imposible: ¡*Ya no puedo!* grité, y me dejé llevar por la corriente..... Un ¡ay! terrible escuché al dejarme caer en las aguas. Eran los vecinos que habían visto mi lucha. Eran los seres queridos, era el ay del amigo íntimo, del compañero de triunfos y de luchas en esta vida amarga del periodismo independiente, era la voz de Joaquín González!.....

Yo no se nadar y con las ropas seguí, seguí á encontrar la muerte..... Pasó una viga y me agarré de ella. La viga se atoró del marco de una puerta, luego llegaron otras vigas, se atoraron también y me agarré de ellas. ¡Pude respirar!

En tanto en los balcones del Licenciado Ezcurdia había gente. *Granados, Granados*, me gritaban, coja la riata..... Pero yo ya no podía, me faltaban las fuerzas, y empezaba el miedo á apoderarse de mí..... Llegaban más vigas y cada una chocaba en mis brazos, en mi espalda..... A unos dos metros estaba la salvación. Yo veía la cara del Licenciado Ezcurdia,

de su Señora que contemplaban angustiados la horrible lucha que yo sostenía con la muerte. Llegó entonces una gualdra, se atoró de pared á pared, y ya con las vigas, se formó un piso. Pisé en él y pude llegar á los balcones del Licenciado Ezcurdia.

¡Que buena es la caridad, la caridad cristiana!

Me sacaron de las aguas porque ya no podía, me sentaron en una sillita pequeña; me dieron buenos sorbos de coñac, y un hombre de una camisa colorada, viendo mi situación se quitó su blusa y me la brindó.....

El Sr. Licenciado me dió un camison y ya quedé listo. Tan luego como me repuse pregunté: ¿Y los muchachos? ¡Todos se salvaron, me contestó Joaquín González, que al verme sano y salvo, saltaba de gusto como un chiquillo!

Había en la imprenta un pequeñísimo agujero, que nos causaba grandes disgustos. Por allí entraba del alto agua que manchaba los papeles, echaba á perder impresiones, mojaba letra. ¡Quien diría que aquel agujero sería de salvación! Los muchachos empearon á golpear el techo, para que por allí fueran sacados. El pequeño agujero se hizo grande, y por allí se escaparon del peligro, de la muerte mis cajistas!

Minutos después ¡todos estábamos en el taller! Faltaba uno al pasar lista. Era Joaquín Díaz que se había estrellado frente á Palacio!

¡Pobres muchachos!

Juntos íbamos á perecer, juntos en todos los peligros. Cuando el trabajo escaseaba ¡juntos! Cuando abundaba, juntos, y cuando algún percance periodístico nos ha herido de muerte, juntos, siempre juntos.....

Ha pasado el día funesto.

Y cuando en la calle encuentro al Señor Ezcudía lo veo como á un padre.—¡Si él me salvó la vida! Yo enseñaré á mis hijos á que vean con cariño á este Señor.»

JOSÉ F. GRANADOS.

ESPANTOSA AGONIA.

Como acaba de expresarlo el Sr. Granados en su relato, el valiente muchacho fué arrebatado por la corriente. Se sostuvo á flote en toda la calle del Truco y aun hizo esfuerzos por cogerse á algún balcón y por arribar á la escalera de la Parroquia donde se hubiera salvado. No lo consiguió y los muchos espectadores que

había en ese punto, lo vieron luchar con las olas embravecidas que se estrellaban en el muro de Palacio: despues fué lanzado contra aquellas piedras y desapareció.

Esa muerte brutal, pero rápida, era sin embargo, un consuelo. Nos dijimos: su agonía fué un instante.

Pero al día siguiente supimos una cosa horrible. El cadáver fué encontrado en Barrera [próximamente á 3 kilómetros] horriblemente golpeado, con dos heridas en las sienes y fuertemente asido á unas jaras en el lecho del rio. Hasta ese punto el infeliz pudo llegar vivo.

¿Puede imaginarse algo mas horrible? Sentirse súbitamente arrastrado por la corriente: luego ser estrellado contra un muro y tragado por el torbellino furioso: y no morir, pudiendo reaparecer un momento, volver á ver la luz del día, para ser de nuevo estrellado mas adelante en el ojo negro de un puente, en el que las aguas frenéticas se chocan en confuso remolino; y vuelta á las angustias de la agonía y de nuevo la luz, y con otro espantoso choque, otra vez la sombra y la muerte; y seguir así, durante minutos y minutos, teniendo conciencia de este infierno, sintiéndose como una débil paja, arrebatado por las olas crueles; dejando girones de carne en las piedras salientes, saltando de ola en ola, de abismo en abismo,

como un condenado al infierno del Dante, hasta sentir el último desfallecimiento, la postrera caída y en una suprema crispación, cojerse á un manojo de ramas para quedar allí, siníestramente inmóvil, mientras las olas, negras, frías, despiadadas, continúan pasando sobre aquel cadáver que sigue asido al ramage, como si aquel postrer esfuerzo hubiera sido la cristalización de un oceano de angustia.

Esto es sencillamente espantoso. A alguien á quien lo contamos, lo rechazaba; según él, era demasiado horrible para ser cierto.

Pero allí está ese cadáver, ese harapo humano herido y mutilado, atestiguando con sus manos crispadas asidas á la hierba, que pueden ser ciertas y reales las fantásticas historias de Edgar Pöe, el narrador de los grandes horrores.

UN MARTIR.

En presencia de los grandes peligros se desarrollan las grandes abnegaciones. De los grandes dolores surgen los héroes; los mártires se hacen en las grandes catástrofes.

¿Qué otro nombre merece la acción que vamos á referir? La muerte aceptada voluntaria-

mente, por abnegación y por altruismo; la vida propia sacrificada en aras de la ajena, es siempre un martirio.

Había en la Calle de Cantarranas, en la fila de casas de la acera derecha, un humilde taller de platería que era á la vez habitación de una familia.

Todos pudimos ver mas de una vez allí, un viejecito inclinado sobre una mesa de trabajo, puliendo laboriosamente el trozo de metal y ganando el sustento de los suyos: una esposa y dos chiquitinas.

Llegó el día de las lágrimas. Las casas de esa calle, una de las mas bajas de la ciudad, eran conmovidas por dos partes; por la de fuera, en que la azotaba el torrente que venía del Hinojo y por la del río, que minaba á golpes brutales sus cimientos. A esa doble acción destructora se debe que esa calle no sea hoy mas que una doble fila de ruinas. Probablemente el agua debe haber sorprendido al anciano platero trabajando, y solo se apercibió del peligro cuando este era inminente. El interior de la casucha debe haber sido teatro de la lucha de las dos corrientes; la del río que pugnaba por salir á la calle y la de la calle que pretendía recobrar su cauce natural.

En medio de aquella lucha titánica, en que

como un condenado al infierno del Dante, hasta sentir el último desfallecimiento, la postrera caída y en una suprema crispación, cojerse á un manojo de ramas para quedar allí, siníestramente inmóvil, mientras las olas, negras, frías, despiadadas, continúan pasando sobre aquel cadáver que sigue asido al ramage, como si aquel postrer esfuerzo hubiera sido la cristalización de un oceano de angustia.

Esto es sencillamente espantoso. A alguien á quien lo contamos, lo rechazaba; según él, era demasiado horrible para ser cierto.

Pero allí está ese cadáver, ese harapo humano herido y mutilado, atestiguando con sus manos crispadas asidas á la hierba, que pueden ser ciertas y reales las fantásticas historias de Edgar Pöe, el narrador de los grandes horrores.

UN MARTIR.

En presencia de los grandes peligros se desarrollan las grandes abnegaciones. De los grandes dolores surgen los héroes; los mártires se hacen en las grandes catástrofes.

¿Qué otro nombre merece la acción que vamos á referir? La muerte aceptada voluntaria-

mente, por abnegación y por altruismo; la vida propia sacrificada en aras de la ajena, es siempre un martirio.

Había en la Calle de Cantarranas, en la fila de casas de la acera derecha, un humilde taller de platería que era á la vez habitación de una familia.

Todos pudimos ver mas de una vez allí, un viejecito inclinado sobre una mesa de trabajo, puliendo laboriosamente el trozo de metal y ganando el sustento de los suyos: una esposa y dos chiquitinas.

Llegó el día de las lágrimas. Las casas de esa calle, una de las mas bajas de la ciudad, eran conmovidas por dos partes; por la de fuera, en que la azotaba el torrente que venía del Hinojo y por la del río, que minaba á golpes brutales sus cimientos. A esa doble acción destructora se debe que esa calle no sea hoy mas que una doble fila de ruinas. Probablemente el agua debe haber sorprendido al anciano platero trabajando, y solo se apercibió del peligro cuando este era inminente. El interior de la casucha debe haber sido teatro de la lucha de las dos corrientes; la del río que pugnaba por salir á la calle y la de la calle que pretendía recobrar su cauce natural.

En medio de aquella lucha titánica, en que

las olas llenaban la casa conmoviendo su débiles cimientos; el anciano no tuvo mas que una idea: salvar á los suyos.

Con valor aumentado por la desesperación, logró hacer salir á su esposa y dejarla en salvo. Volvió por sus pequeñas y luchando á brazo partido con la muerte, mientras el agua ascendía mas y más amenazadora, llegó, entró y con una de sus hijas en los brazos, emprendió de nuevo el camino terrible. ¡Cuán fuerte es el cariño de padre! Logró salvarla.

Con el corazón rebosante de angustia, volvió una vez más á trabar su heroico duelo con las aguas. Su casa empezaba á crugir; las vigas desgajadas iban á desplomarse, ¡pero qué importaba! Dentro estaba su hija y era preciso entrar.

Entró. No sabemos que esfuerzos supremos harían sus seniles y cansados músculos; no nos imaginamos los detalles de esta postrera lucha. Salió con su hijita en los brazos apenas tuvo tiempo de salvarla en seguida, entre el polvo del desplome y la espuma encrespada del torbellino, el heroico anciano desapareció.

Bajó el agua. Pasaron varios días y un grupo de obreros que trabajaban en la parte destruida de la casa Furness, en el Jardín de la Unión, eucontraron un cadáver de anciano, completamente desnudo, con los labios fuerte-

mente cerrados y con una expresión de angustia inmensa impresa en su varonil fisonomía. Nosotros vimos colocar aquel cadáver en la camilla que lo condujo al anfiteatro. Allí, en la losa de mármol, al lado de otros muchos cuerpos desfigurados, fué identificado por sus deudos; era Tranquilino Zepeda, el platero mártir de la calle de Cantarranas.

En los días siguientes á la catástrofe, cuando escaseaban los alimentos en la ciudad, vimos un grupo de dos niñitas pobremente vestidas, que se acercaron á un puesto de pan al aire libre de los que se instalaban en el Baratillo. Compraron dos piezas y allí mismo empezaron á comerlas con la despreocupación de la inocencia. Despues se alejaron, apoyándose la mas grande en el hombro de la pequeña.

Aquel grupo de dos debilidades que se apoyan una en otra, confiada y cariñosamente nos conmovió.

—¿Quiénes son? Preguntamos á un amigo y nos respondió:

—Son las *huerfanitas* del platero de Cantarranas. [®]

Epílogo de este episodio. Una acción heroica olvidada; un anciano, jefe de casa, que se

hunde en las olas furiosas y una mujer y dos niñas—tres seres débiles—que desaparecen en la marea social.

TERRIBLE ARIETE

Es difícilmente imaginable la terrible fuerza impulsiva de la corriente que barrió la ciudad el día 1º de Julio. Los calificativos de “torrente desbordado,” “ola arrolladora” y otros con que la designan repórters y cronistas, no dá una idea completa de ella.

Figuraos muchos torrentes descendiendo de montañas casi verticales. Unidlos. Lanzad el conjunto por una pendiente (la de la ciudad) y encajonada en estrechos muros (las paredes de las casas.) Imaginaos ese torrente, negro, mugiente, matizado por todos los colores, manchado por todos los fangos. Suponedlo rápido, vertiginoso, cruel, implacable. Encuentra un obstáculo: lo barre. Si es un tranvía, lo pone á flote, lo arrebatá, lo golpea y lo destroza: si es un carruaje, lo levanta, lo hace girar y lo aniquila. Es una casa; la golpea con su melena de espumas, la hace temblar en sus cimientos y después ... una polvareda, un estampido y muebles, vigas y quizá también cadáveres, ro-

dando confusamente en las aguas. Es, por último, todo un barrio; extiende sobre él sus olas, como una línea de combate, lo abraza, derriba una fila de casas, luego la otra, por fin todas. Suponed todo esto, pero entre estrépito, estertores y mugidos. Imaginaos, lo anterior, pero entre gritos, llanto, oraciones, relámpagos, y campanillas consagradas. Figuráoslo todo, pero bajo un cielo de plomo que chorrea continuamente torrentes de agua. Así, omnipotente; destructor, pavoroso, era el “torrente desbordado” de que tanto se ocuparon repórters y cronistas.

Los observadores que recorren nuestras calles, á veces se paran delante de un paderón á medio derruir que fué una casa. ¿Porqué se caería? piensan; ese edificio estaba bien construido, no forma ángulo en la calle, no estuvo expuesto al choque directo del torrente. Todo ello es verdad, pero la corriente tenía sus *auxiliares*, sus soldados voluntarios que esparcían la destrucción lateralmente, mientras el agua barría el obstáculo directo. Vigas flotantes, pesados objetos, gualdras gigantescas, bailando locamente entre el agua, chocando con las casas como poderosos proyectiles. Figuraos un ariete formado por una gualdra de 6 metros de longitud por uno de espesor. Balanceadlo con fuerza sobrehumana y luego, despedido hacia

adelante, hacedlo que choque contra un muro, ¿Resistiría?

En la calle de Alonso un tranvía fué llevado por la corriente como débil pluma. El arroyo que bajaba por el callejón de la Estrella, procedente de la Calzada de Guadalupe, contrabalanceó un momento la impetuosidad de la corriente y detuvo el tranvía. Este se inmovilizó, después empezó á girar, sin saber á qué fuerza obedecer. Durante un momento se balanceó indeciso. Súbitamente, como flecha despedida por un arco monstruoso, obedeció al impulso mayor y se lanzó adelante, chocó con el Laboratorio de Ensaye del Ingeniero Luis Goerne y con gran estruendo, todo el edificio se desplomó.

En la Calzada de Belem, el agua, terriblemente poderosa, desempedró un gran tramo de la calle, practicó un profundo hoyancón de muchos metros y haciendo en un minuto el trabajo de cien hombres, se precipitó al río como una catarata.

Nos dicen que en un edificio del Gobierno el agua arrancó un pesadísimo barandal de hierro, y con violencia tal lo lanzó á lo alto, que la perilla se incrustó en la bóveda de piedra y de este modo quedó el barandal suspendido del

techo, siendo necesario el esfuerzo reunido de muchos hombres para arrancarlo de allí y volverlo á su sitio.

En la Plazuela del Baratillo en un minuto acumuló tal montón de fango, que casi la llenó por entero, tapando casi una elevada fuente que en esa Plaza se encuentra.

Hizo saltar como "ridículos tapones de champagne" (según frase de un periódico local) las piedras de las bóvedas del saneamiento.

Al bajar las aguas en todas las esquinas había montones de madera y escombros, formando en algunos sitios grandes barricadas.

Un detalle curioso. El agua dejó intacto el árbol plantado por el General Díaz en el Jardín de la Unión durante las fiestas presidenciales. En el mismo sitio arrancó los postes de hierro del alumbrado público, las bancas, el barandal del templo de San Diego y otros objetos infinitamente más fuertes que el débil arbusto.

Una coincidencia. La misma gran gualdra arrebatada por el agua á la «Rueda de la Fortuna» en la Presa de la Olla, fué la que primero sirvió de instrumento providencial á la salvación del Sr. Granados y en seguida derribó la casa del Licenciado Víctor José Lizardi. Hay gualdras que se parecen á ciertos hombres. no pueden hacer dos buenas acciones seguidas.

Como resúmen de todo lo anterior podemos

decir que lo que el agua deshizo en el espacio de tres cuartos de hora, los hombres no lo responderán sino en muchos años de asiduo y penoso trabajo.

UNA HORA EN EL ABISMO.

(Impresiones de un hombre que vió la muerte muy de cerca.)

En los días siguientes á la inundación, cuando circulaba por la ciudad la relación de los episodios de que cada cual fué actor y espectador, hasta nuestros oídos llegó la noticia de la terrible aventura ocurrida al Sr. Rafael Jiménez, conductor de tranvías en esta ciudad. Como las versiones eran sospechosas, preferimos acudir al mismo Jiménez, quien nos refirió lo siguiente:

“Como Ud. sabe (habla Jiménez) soy conductor de tranvías y sirvo en la línea de la Unión á Pastita. El día de la inundación salí á comer, para lo cual se nos dá una hora. Me encontré con varios amigos, con los que estuve platicando, y cuando ví el reloj comprendí que no tenía tiempo para ir hasta mi casa, por lo

que resolví comer en una fondita cercana al Baratillo, donde ya lo había hecho otras veces. En efecto, fuí; comí de prisa algunos platillos y luego, faltando todavía algo de tiempo para volver á mi trabajo, me recosté encima de la mesa y sin saber cómo, me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo pasó. Desperté al tener una sensación de frío, y al abrir los ojos me encontré solo en la casa y ví que el agua me cubría ya la rodilla. Comprendí que se trataba de una inundación y que las dueñas de la fonda, asustadas por la del día anterior, habían corrido sin acordarse de mí. Me paré y quise salir; me acerqué á la puerta de la calle y al ver el espectáculo que presentaba, me entró el miedo. El agua en la calle corría como un río; ví unos burros con cántaros de agua, que luchaban ahogándose; el Baratillo era una laguna y al querer salir me sentí arrebatado, por lo que me cogí á la puerta y volví á entrar en la casa. Dentro, el nivel del agua subía; las mesas y bancos flotaban y se chocaban; el agua me subió á la cintura, después al pecho; atravesé la habitación como pude y entré al segundo cuarto, situado á más alto nivel que el primero.

Allí el agua apenas me llegaba á la rodilla, pero esta situación favorable sólo duró un momento. Pronto el agua me llegó otra vez al pe-

cho y entré al tercer cuarto, el último de la casa, donde se oía el horrible estrépito de el río por una ventana. Pronto el agua cubrió las puertas de la calle; el nivel subió llenando los primeros cuartos; comprendí que me ahogaba. Busqué con desesperación un lugar por donde salir; no lo había; era un cuarto redondo, de techo bajo, y ya el agua me llegaba al cuello. Presa de una angustia espantosa me acerqué á la ventana de que antes hablé; como he dicho, daba al río, y además tenía fuertes rejas de hierro y sólo en la parte del centro había un agujero circular por donde las dueñas de la casa tiraban los desperdicios.

Allí estaba la salvación..... pero ¡qué salvación! La ventana daba precisamente sobre el río; éste rugía con violencia y la pared perpendicular no tenía una sola arista que me permitiera trepar. Tuve miedo, un miedo horrible de salir por allí, pero el agua, subiendo siempre en el cuarto, casi ya me tapaba. Entonces me resolví á pasar por aquel agujero, pero no pude pues era estrecho. Me quité el saco y escurriéndome como una culebra, con el agua dentro, con el río delante, salí, me agarré por la parte de fuera y con las manos crispadas por la angustia, sentí un vértigo. Me senté en el borde de la ventanâ [un filo de unos cuantos centímetros] y trabé mi brazo izquierdo fuer-

temente á los hierros, colgando los piés en el vacío. El río, saliendo del arco del puente, formaba un hervidero á mis piés; estaba todo blanco, parecía una sábana de espuma que rugía, que saltaba, que á ratos lamía la ventana y me azotaba las rodillas; el contemplarlo me desvanecía. Entretanto el cuarto se había llenado de agua que salía por la ventana como por una compuerta; el tremendo chorro me azotaba y me empujaba; me eché á la orilla de la ventana é inclinando el cuerpo lo más que pude, bañado por todas partes, apenas podía respirar. No puede usted imaginarse claramente lo horrible de esta situación.

¿Cuánto tiempo estuve así? No lo se á punto fijo, pero creo que tres cuartos de hora. No tengo conciencia clara de lo que sentí en ese tiempo. Quise gritar, pero el ruido de la lluvia y el estrépito formidable de la corriente, apagaron mi voz; mi brazo se cansaba, empecé á sudar frío; me desvanecía. Estaba irremisiblemente perdido. Sin notarlo yo mismo, empecé á llorar.

El río arrastraba toda clase de objetos: vigas, muebles roots; estoy seguro de haber visto una figura humana luchando con el agua, que la sacudía como un juguete. Pasó creca de mí y ví sus ojos desmesuradamente abiertos, sus manos que envano arañaban las piedras de los

muros. Desapareció rápidamente en un arco del puente y yo, aferrándome á las rejas, me encogí lo más que pude.

Cogido maquinalmente á la ventana, y envuelto en agua por todas partes, respirando trabajosamente, casi me abandoné. Luego oí un crugido: era el del techo del cuarto que se iba á desplomar. Comprendí que iba á llegar por fin el momento de caer en el río con todo y pared; iba á morir, iba á ser juguete de las olas como el hombre que acababa de ver.

De pronto, dominando el ruido de las aguas, oí voces, vi en la azotea de una casa próxima, varias cabezas; entendí que me gritaban: *¡ahí va una reata!* En efecto me la arrojaron y me agarré fuertemente á ella, con una mano, mientras con la otra me asía á la ventana. Esperé ansioso á que me subieran, pero no lo hicieron, pues un balcón impedía que yo ascendiera perpendicularmente. Me gritaban que me balanceara tirándome al centro de la corriente para tirar entonces y salvar el obstáculo. Me puse de pié y pretendí hacerlo, pero no podía; el río bramaba horriblemente, las olas saltaban con furia. Por fin, me decidí; me agarré con las dos manos á la cuerda, me balanceé, cerré los ojos y me arrojé.

Creo que aquel fué el momento más grande de angustia que sufrí. Los de arriba dejaron

correr un poco la reata y me hundí en el agua que me arrastró y me cubrió la cara, penetrándome por la boca, los ojos, la nariz; después me sentí en el vacío balanceándome.

Salvé el obstáculo y por fin, en pocos momentos estuve en la azotea, sobre una barda y entre los hombres que me salvaron.

Necesité que pasara algún tiempo para que me diera cuenta de mi estado y para convencerme de que por fin, después de tal cúmulo de angustias, estaba en salvo."

Al terminar el Sr. Jiménez su terrible relato, añadió: "Creo que todo lo malo que haya hecho en este mundo, lo pagué en esos tres cuartos de hora."

Hemos podido comprobar todo lo dicho por el Sr. Jiménez y es rigurosamente exacto.

Sus salvadores fueron el Sr. Lic. Fernando González, otras personas de su familia y según creemos, un mesero del Hotel de la Unión.





HOMBRE AL AGUA.

El siguiente breve episodio no tiene la claridad de algunos de los que hemos narrado, pues apenas fué entrevisto en las aguas durante un momento. Es lo que podemos llamar una *instantánea* de la inundación.

Poco antes de la lluvia un hombre del pueblo estaba trabajando en meter unos barriles á la cantina «El Bateo.»

Era uno de esos pobres cargadores sin número, que ejercen en todo aquello que les puede producir con que ganarse la vida.

Vestía pobremente y creemos estaba un poco ebrio.

La brusca invasión de la corriente lo sorprendió; no pudo ó no quiso escapar, quizá por no darse cuenta exacta del peligro.

Cuando el nivel llegó á su máximo, lo vieron asido á un alambre ó alcañata á la altura del rótulo de la tienda. Allí resistió el embate del agua que lo balanceaba en su débil apoyo. Muchos ojos contemplaron la escena y nadie podía prestarle un auxilio directo.

Por fin, sus manos crispadas se cansaron; empesaron á aflojarse; los que lo vieron comprendían que se iba á soltar y cerraron los ojos para no presenciar el terrible desenlace. Poco después desapareció y ni una vez siquiera se vieron salir sus manos del agua encrespada.

Este pobre ser, del cual ni el nombre sabemos y que debe haber dejado tras sí una familia, hoy descansa quizá bajo algún ignorado montón de fango, en el lecho del río.



LAS PRIMERAS VICTIMAS.

Como ya en otro sitio hemos explicado, el terrible fenómeno meteorológico que causó la ruina de Guanajuato, ocasionó terribles avenidas en los dos torrentes, el de la Presa y el del Monte de San Nicolás, que uniendo sus aguas en San Agustín, formaron la espantosa avalancha que arrasó la ciudad. Por eso no es de extrañarse que los extragos empezaran en el barrio mismo de la Presa de la Olla, tanto en intereses materiales como en vidas humanas.

En las barracas en que ordinariamente se si-

túan los juegos callejeros, había uno construida de manta y llamada "la perra." Este nombre trae seguramente á la memoria ese asqueroso hacinamiento de hombres harapientos, reunidos alderredor de una mesa de juego y pendientes del correr de una grasienta baraja.

Todos conocemos "la perra."

Es el juego en su manifestación más repugnante. La miseria robando á la miseria. El vicio miserable que durante el año es perseguido por la ley y se desquita en los 15 días de vacaciones que le dan las autoridades. Este año el encargado de *la perra* era un pobre hombre de apellido Juvera, que como vigilante del empresario (también hay *empresarios* para esto) se ganaba su pan y el de su mujer y su hijita.

En la primera inundación (la del 30 de Junio) cuando el agua llegó, la pobre familia se subió á la mesa de juego y allí resistió sin mojarse.

El 1º de Julio, cuando el agua lo invadió todo, con extraordinaria violencia, los jugadores allí reunidos corrieron á refugiarse en los próximos cerros, pero la familia Juvera, creyendo estar segura, recurrió al expediente del día anterior.

Pronto el agua empezó á levantar la mesa; la mujer, apretando á su hijita entre los brazos, era sostenida por el marido. Llegó un gol-

pe de agua que arrebató á la chiquita entre las olas y entonces la mujer, con ese sublime heroísmo de las madres, se arrojó tras ella. Viendo Juvera desaparecer á su familia, loco de dolor, se arrojó también y así desaparecieron uno tras otro entre las aguas, la niña, la mujer y el esposo.

Estas fueron las primeras víctimas de ese torrente que tantas otras había de sepultar en breve término.

Los jugadores que, pasado el peligro, iban al centro, vieron extraer de un agujero de la bóveda del saneamiento el cadáver de la pobre madre, Juvera y su hijita no se encontraron.

Este doloroso drama de toda una familia, fué el prólogo de tantos y tan terribles episodios.



CONDENADOS A MUERTE.

(LAS ESCENAS DEL CORREO.)

No obstante de ser el edificio del Correo, situado en la plazuela de la Compañía, una de las oficinas federales que mas sufrió, y haberse registrado allí escenas conmovedoras y actos verdaderamente heroicos, ni las hojas sueltas de los periódicos locales, ni la información de la prensa metropolitana dicen nada á este respecto.

Y sin embargo, creemos que las escenas merecen ser conocidas y que son merecedores de aplauso los que allí, por sujeción al deber, se portaron tan dignamente. Los siguientes hechos hasta en sus menores detalles son rigurosamente verídicos.

Las oficinas del correo constan, en la planta baja del edificio, de una pieza destinada al despacho del público, con dos puertas á la calle y comunicación con el piso alto por los apartados, un pasadizo y un patio; y dos habitaciones interiores, comunicadas con la prime-

ra y situadas á mas alto nivel, provistas de ventanas bajas al callejón de San José y aseguradas con fuertes rejas de hierro.

El día del desastre poco antes de su principio estaba arreglándose la correspondencia, pues era hora de salida del tren. Cuando el agua empezó á subir se encontraban en la oficina las personas siguientes: el Jefe de ella Sr. Miguel Esparza; el Visitador de la 11ª Zona, Sr. Francisco de P. Reyes; los empleados Sres. Antonio Velázquez, Sr. Molina, Srta. Soledad Noriega, Sr. Angel Rodriguez (mensajero) y Augusto Guedea, que por parte de la Jefatura de Hacienda estaba entregando los certificados de esa oficina. El primer golpe de agua penetró en el correo y sorprendió á los empleados en sus labores. La correspondencia estaba ya en las balijas, los certificados, los giros, los documentos importantes, encima de los escritorios. Fué tal la violencia del agua que tres personas del público, el Sr. P. Moreleón, el capitán Ruiz y otro cuyo nombre ignoramos no pudieron salir ya á la calle convertida el laguna. Se refugiaron tras el mostrador, pero pronto el peligro se hizo inminente. Los muebles flotantes impedían los movimientos, la Srta. Noriega estaba á punto de desmayarse. Entonces el Sr. Esparza, ayudado por Antonio Velázquez y el mensajero Rodriguez,

la condujeron al piso alto, con el agua á la cintura. Los demas se refugiaron en los cuartos interiores, situados, como hemos dicho antes, á mayor nivel.

Cuando quisieron regresar los de arriba, ya el agua los cubría, por lo que tuvo que quedarse el Sr. Esparza; los jóvenes Velázquez y Rodriguez se echaron valientemente al agua y penetraron en la oficina. Antes que en su salvación personal aquellos muchachos pensaron en su deber. Cogió Velázquez los sacos de la correspondencia entre los dientes y los llevó á nado al piso alto. Volvió, auxiliado por Rodriguez, y reunió todos los papeles de importancia, giros, libros, certificados, recibos, etc. y con el agua cada vez mas alta, hicieron 6 ó 7 viajes. El último de Velázquez fué terrible. Ya el agua habia cubierto las puertas de la calle; la oficina estaba á oscuras; Velázquez buscó á tientas una caja de madera donde tenía encerrados varios documentos. Nadando con ella, emprendió el camino, pero la puerta de comunicación con el pasadizo estaba también cubierta. Entonces quiso bucear, pero la caja no se sumergía. Por fin la logró hacer pasar y se encontró en el pasadizo. Allí se encontró con que la puerta que dá al patio se habia cerrado y sus hojas, trabadas, no podian abrirse. Velázquez estaba, pues, encerrado y en pe-

ligro de ahogarse. Hubiera podido saltar por encima del zahuán y salvarse, pero tenia para hacer esto que abandonar su caja. Prefirió volverse con ella, bucear de nuevo, entrar en la oficina donde el agua subia á 2 metros 40 centímetros y cansado, agobiado, llegar con ella á las habitaciones interiores donde estaban refugiados el Inspector y las demás personas.

Estos se encontraban en la última pieza, la más alta. El agua les llegaba á la cintura y se observaba un fenómeno extraño; en los cristales de las ventanas el agua de la calle se veía á un nivel mucho mayor que en el interior de la habitación; no tenía mas que romperse unos de aquellos frágiles vidrios, para que el agua, comunicándose, ahogara á todos. Esto no podría tardar en suceder; aquellos hombres eran condenados á muerte, agonizando lentamente.

La atmósfera iba enrareciéndose al no poder ser renovada. Todos, con los ojos fijos en las ventanas esperaban el momento final. Velázquez dijo al Inspector que aún habia salvación para algunos, para los que supieran nadar, atravesando la oficina. El inspector contestó que eso debería hacerse hasta á "última hora."

El Padre Díaz, capellán del vecino templo de San José, advertido de la desesperada si-

tuación de aquellos hombres, vino á verlos por las ventanas, metido en el agua. Comprendió que había que intentar algún recurso. Buscó barras, y unas valerosas mujeres (criadas de la casa del Sr. F. Rubio) metidas también en el agua, trabajaron heroicamente por romper los hierros, desencajar los marcos ó perforar las paredes. Todo inútil. Las rejas resistieron, las piedras no sufrieron mella. Entonces el Padre Díaz, á travez de los vidrios y en vista de haberse perdido toda esperanza de salvación, absolvió á aquellos hombres *in articulo mortis*, como se absuelve á los moribundos.

En tanto el Sr. Inspector Reyes mostraba una admirable sangre fria. Sus cigarros estaban secos y ofreció de ellos á sus compañeros, que ni aun contestaron la oferta, absorvidos por el pensamiento del peligro.

Un amigo de Antonio Velázquez (el Sr. Enrique Gómez,) vino á la reja á verlo "por última vez" y según él mismo dijo á "despedirse."

Después de tantas angustias Dios no quiso el sacrificio de aquellas vidas.

El agua empezó á bajar, la inundación decreció y poco á poco, bajando el nivel de las aguas, desapareció el peligro. Cuando se vieron libres Velázquez y Rodríguez salieron á la calle y todavía alcanzaron á salvar á un hom-

bre que venía cubierto de lodo, casi sin sentido, entre el agua.

El día siguiente el Inspector, el Jefe de la oficina y todos los empleados con los pies descalzos y sin auxilio extraño, cernieron el lodo y no se perdió un solo documento, lo que hubiera traído perturbaciones grandes en el servicio y hubiera dado margen á abusos por la falta de comprobantes.

Baste decir que la cuenta mensual que se rinde á la Administración General de Correos, que debía rendirse el día 6, estaba concluída el día 3, á los dos días de la inundación.

¿No merece ser conocida tan loable conducta?

LA DESTRUCCION DE UN BARRIO.

La sorpresa.—El hundimiento.—Una madre heroica.—El Obrero sombrío.—Sobre las ruinas.

Es tiempo de lanzar una ojeada sobre las espeluznantes escenas que se desarrollaron en el infeliz barrio del Hinojo; que al golpe arrollador de la ola se borró en breves instantes del plano de la ciudad, como desaparece rápidamente una decoración de teatro en alguna fantástica obra de magia.

Formado de humildes casas de adobe, lleno de callejones estrechos, intrincados y revueltos, el barrio mencionado ocupa la rivera derecha del río, y sus casas iban ascendiendo desde allí hasta las alturas del próximo cerro, donde se desplegan en forma de anfiteatro.

Esas casas eran habitadas por una pobre población de obreros y luchadores, hacinados en el estrecho recinto de los cuartos de vecindad.



Barrio del Hinojo.



Barrio del Hinojo.

El día del desastre (sábado por la tarde,) la mayor parte de la población masculina estaba en sus ocupaciones, en sus empleos, sus minas y sus talleres. Cuando empezó á caer la lluvia, los pequeñuelos buscaban el refugio del hogar y en el interior de las casas se reunieron los grupos de las familias, ignorantes del cataclismo próximo á estallar. Más tarde se encontraron bajo los escombros esos grupos conmovedores, esos racimos humanos, (madres y chiquillos,) unidos aún después de la muerte.

El río, que ya había roto por sitios diferentes su impotente cauce, á la altura del puente del Hinojo estalló derribando las bardas de dicho puente, saltó como un volcán que se abre, retorciendo sus olas como dotadas de poderosa vida.

No hubo punto en la ciudad en que el espectáculo haya podido compararse en horror á éste. En todas partes el agua subía visiblemente, pero dejando tiempo suficiente para la fuga; envolviendo los edificios poco á poco, lamiendo primero los cimientos y acabando por azotar los balcones.

Pero en el Hinojo la acometida fué traidora y brusca; una horrible carga de caballería, dada por las olas sobre pobres casuchas, albergue de niños y mujeres, impotentes las unas para

resistir el choque, imposibilitados los otros para buscar y encontrar la salvación.

Sin embargo, no todos perecieron. Hubo muchos que cediendo al pánico, y encontrándose en situación favorable, huyeron á la primera ola, por azoteas y callejones á las próximas alturas. Algunos llegaron, el resto pereció, así como los muchos que ni aun pudieron salir de sus casas, ahogados en su propio hogar ó aplastados bajo los escombros.

Los espectadores de los cercanos cerros y de los balcones y azoteas de las casas altas del Roperó, pudieron ver el siguiente cuadro:

La línea del agua cubrió en un momento las casas hasta su mitad, entrando en ellas y sorprendiendo á los habitantes. Desde el primer embate comenzaron á desmoronarse, á ceder, á derrumbarse, unas desapareciendo bruscamente, como sorbidas por la ola; otras se derrumbaban por sus muros, dejando por un momento el techo sostenido por una pared más resistente pero que no tardaba en caer también. Otras, en fin, arrancadas, descuajadas de sus cimientos, se bamboleaban como á efecto de un terremoto y caían luego desapareciendo en el torbellino confuso.

Cada derrumbe era señalado por un sordo estampido y por una nube de polvo que salía sobre el agua.

En una ventana, semi--desnuda y loca de terror, una mujer gritaba; mas allá, por encima de las azoteas, corrían algunos en busca de una imposible salvación. Pero las azoteas y las casas se hundían bajo sus piés y faltando el último apoyo, la ola enorme los cubría. ¡El agua por todas partes! ¡La muerte en medio de la horrible desesperación!

Poco después todas las casas alcanzadas por el agua, desaparecieron; se borró el perfil de calles y callejones; en lugar de la intrincada madeja, una llanura de agua espumeante y rojiza, el río desbordado acallando todos los ruidos con su estrépito y los hilos espesos de la lluvia, esfumando en su bruma opaca la terrible escena de angustia y de muerte!.....

Más horrible aún que las escenas de conjunto, fueron los infinitos dramas sueltos desarrollados en el interior de las casas.

Como hemos dicho antes, familias enteras perecían, súbita y brutalmente, bajo los desplomes. En ese montón de lodo y madera á que se redujo el barrio del Hinojo, se encontraron cadáveres que conservaban huellas horribles de la última lucha.

Mujeres, pobres madres quizás, que perecieron á la vista de sus hijos.

Niños de uno, de dos, de cinco años, que

fueron hermosas criaturas de pelito rizado, de tranquilas miradas inocentes, muertos, con el cráneo hundido por una viga, con los ojos abiertos y opacos, con los vientres meteorizados horriblemente y con las caritas hinchadas y espantosas.

No abusaremos de estas escenas de horror que la pluma rechaza describir. Además como hemos dicho, hay dramas inenarrables, porque entre sus actores no hubo un solo superviviente.

Sin embargo, describiremos uno, que además de ser conocido por haberse ocupado de él un periódico local, envuelve no sólo horror, sino abnegación y grandeza y permite formarse idea de las supremas angustias de los habitantes del barrio más cruelmente herido en la espantosa catástrofe de Guanajuato.

En una de aquellas frágiles casuchas del Hinojo vivía un pobre matrimonio obrero formado por Florentino Miranda y María Trinidad Estrada.

Cinco eran los hijitos que tenían: María Loreto, de diez años de edad; Salvador, de ocho; María Socorro, de seis; Pedro, de cuatro; y Cruz, un pequeñito, solo de cuatro meses.

Además, vivía allí Modesta Estrada, sobrina de los esposos Miranda.

El marido se encontraba el 1º de Julio en su trabajo, y por tanto, en la casa solo había una mujer y seis niños.

A las primeras gotas de la lluvia todos buscaron el abrigo maternal.

Vino la primera ola. Los chicos se estrecharon al rededor de la madre llorando, afianzándose á sus ropas, "como polluelos que sienten el petigro," buscando su salvación en aquella que era para ellos toda abnegación y todo cariño. ¡Pobre mujer! Su alma y su valor eran grandes, pero no se lucha contra la estúpida fuerza de las olas. Estas arrebataron á los niños, la madre vió desaparecer en el agua á todos aquellos pedazos de su carne y solo le quedó uno ¡uno solo! el pequeño Salvador que se había asido á sus ropas.

Pero el agua, subiendo rápidamente en el cuarto, empezó á disputarle la vida de aquel último hijo.

La madre hizo que Salvador se abrazara á su cuello y con él acuestas, se cogió con toda la fuerza de su angustia á un morillo del techo. Así estuvo varios minutos, siglos de desesperación para ella en las tinieblas del cuarto, sosteniendo su peso y el de su hijo, con sus manos débiles y desolladas.

El techo se desgajó. Madre é hijo se hundieron y cuando la mujer reapareció, ya el peque-

ño había sido arrebatado para no reaparecer nunca.

Ella, sola ya, logró asirse al *último morillo* que quedaba del hundido techo, y allí esperó su salvación, confundiendo sus lágrimas con las salpicaduras del agua que la ahogaba.

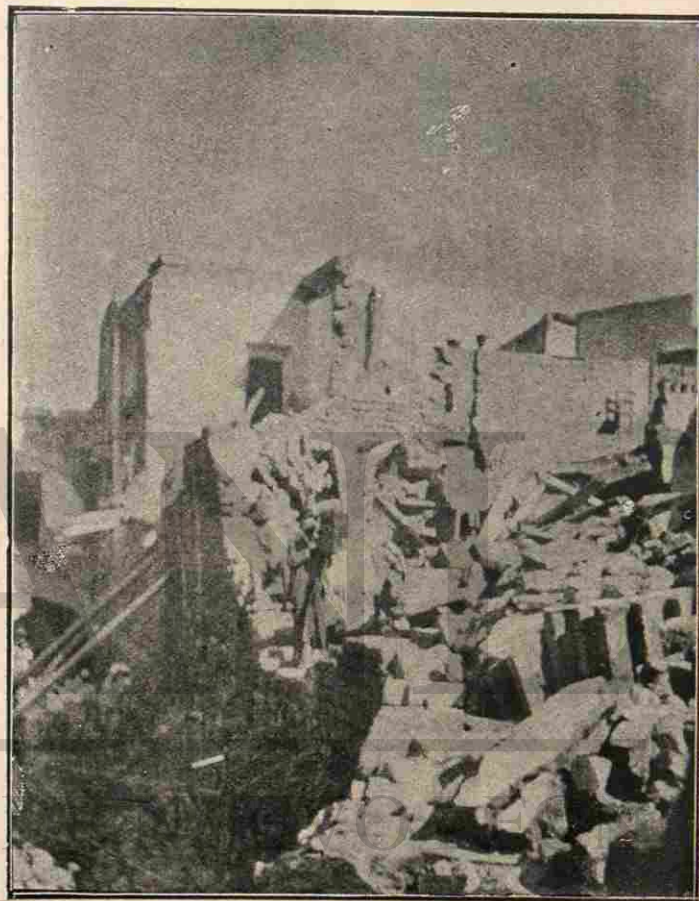
Cuando Florentino Miranda, el marido, volvió de su trabajo en busca de su hogar y su familia, solo encontró un informe montón de escombros y una mujer, sumergida en una especie de idiotismo, que lloraba silenciosamente viendo continuamente ante sus ojos la horrible visión de aquellos pequeños seres, luz y alegría de su alma, desapareciendo uno tras otro en las aguas negras y turbulentas.....

En medio de tanto espectáculo lastimoso como descubrió, al descender el agua de la inundación, llamaba la atención de los guanajuatenses sobre todo los demás, el barrio del Hinojo.

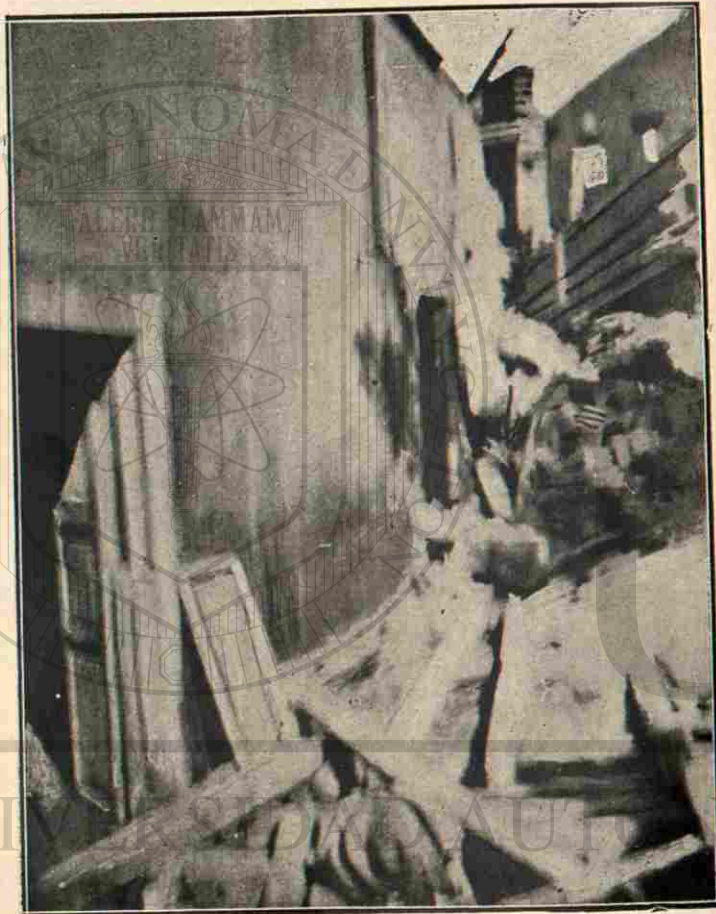
Las múltiples fotografías que de él se sacaron, permiten á los extraños imaginarse el aspecto de aquellas ruinas.

Allá fué el que esto escribe, acompañado de un amigo, al día siguiente del desastre, á las 9 de la mañana.

Mucha gente contemplaba desde la orilla pouesta del río el triste cuadro. Se abstentían de



Derrumbes sobre el río y á espaldas de la Calle de Cantarranas, cerca del Hinojo.



En el Hinojo en busca de muertos.

pasar por temor de que se hundiera el puente. En la orilla opuesta había una fila de cadáveres extraídos de los escombros, y los camilleros se negaban también á pasar.

Viendo la solidez del puente, mi amigo y yo pasamos y anduvimos contemplando aquellos montones de fango que fueron casas, penetrándonos de todos aquellos horrores.

Sobre un hacinamiento de escombros estaba un hombre de regular edad, de aspecto triste, apartando trabajosamente los montones de adobe y de vigas, como buscando algo entre las ruinas.

Le preguntamos qué buscaba y aquel hombre nos contestó que allí debajo estaba toda su familia, su mujer, su hermana y sus hijos.

En seguida nos contó su historia.

Se llamaba Tiburcio Campos, estaba empleado en los molinos de nixtamal de la Cárcel de Mujeres, y el día anterior, á la hora de la inundación, comprendiendo que en el Hinojo estaría su familia en grave peligro, atravesó como pudo la ciudad; llegó, y el agua que cubría ya el barrio le impidió pasar. Pudo salvar á una familia, pero no pudo llegar á su casa, la que vió derrumbarse desde un callejón alto. Cuando pudo fué, pero no era ya más que un hacinamiento de escombros con el resto del barrio.

Con la esperanza insensata de encontrar vi-

vos á su mujer é hijos, estuve escarbando y encontré un pequeñito que aun conservaba vida, por no sabemos qué inexplicable casualidad. Tenía una herida en la frente y se había conservado en un vacío de los escombros, á salvo del agua y del desplome, pero no de la asfixia que lo iba á matar cuando lo encontró su padre. VERITATIS

El niño le dijo que cuando llegó el agua lo había subido su madre á la cama con sus hermanitos y que no sabía más, porque había perdido el sentido, seguramente porque sobrevino el desplome.

Aquel hombre pasó toda la noche en la obscuridad y bajo la lluvia, escarbando las ruinas sin más herramienta que las uñas. Cuando lo encontramos, como he dicho, á las 9 de la mañana, apenas había removido un metro cuadrado de escombros en 15 horas de trabajo tenáz.

Le ayudamos á apartar las vigas y poco después apareció un cadáver de niño. Campos lo sacó cuidadosamente, le limpió la carita desfigurada, le dió un beso y cubriéndolo con su saco, lo depositó en el suelo suavemente, como si el niño aun sintiera. Llamamos gente que le ayudara y el pobre hombre siguió su fúnebre tarea, limpiándose de cuando en cuando con su mano callosa el sudor y las lágrimas.

Después supimos que quitados todos los escombros no aparecieron los demás cadáveres, arrebatados por el río.

Una viejecita de cabeza blanca se nos acercó llorando y preguntándonos si no habíamos visto á su nieta, su única familia, que desde el día anterior *no parecía*.

Una persona que estaba cerca le dió una vaga noticia, *que le parecía haberla visto*, pero que no estaba seguro.

La viejecita, transfigura la por la esperanza, se fué tras aquella noticia, que dudosa y todo, la volvía á la vida.

A la salida del Callejón del Hinojo para Mejiámora, un grupo lloraba delante de dos formas humanas cubiertas con sábanas y atadas á las hojas de una puerta á guisa de camillas. Le preguntamos á un conocido que formaba parte del grupo, quiénes eran, y nos respondió que las mujeres que lloraban eran sus hermanas y los dos cadáveres el de su madre y el de su tía, ahogadas la víspera.

No dudamos que la lectura de las anteriores líneas inspirará á nuestro público la misma impresión que á nosotros nos inspiró la vista de tantos horrores.

Un sentimiento de rebeldía y de conmisce-

ración infinitas. Odio á la : fuerzas ciegas de la Naturaleza, á las olas, verdugos brutales de tantos pobres seres; piedad infinita para las víctimas, para esa pobre clase social destinada por la injusticia para el sufrimiento.

¿Qué habían hecho todos aquellos pequeñitos, risueños y felices, para que la Naturaleza los condenara á ser tronchados en la flor de su vida, á ser convertidos en asquerosos guiñapos? ¿qué habían hecho las madres, esas buenas y sufridas mujeres del pueblo, ésos oscuros y laboriosos obreros, para ser heridos así?

¡Ah! ¡El pueblo! La pobre clase desheredada, víctima de todas las cóleras del cielo y de la tierra. En todos los sufrimientos, en todas las calamidades lleva la peor parte. En la existencia ordinaria los privilegiados tienen la riqueza y los placeres; ellos la miseria y el trabajo, y cuando vienen las grandes catástrofes, cuando la Naturaleza pone á contribución, como ahora, á todo un pueblo, los unos pagan con sus riquezas, sus muebles y sus palacios; los otros, con lo único que tienen: su vida y su sangre. Pero ¿qué valen las pérdidas materiales de todos los próceres juntos frente á esa madre que perdió cinco hijos? ¿Qué palacio en ruinas, así pueda llamarse «Teatro Juárez» ó «Palacio Otero», vale mas que ese pequeñín de 3 años, rubio y rizado, de grandes y cándidos

ojitos azules, de inocente sonrisa, hoy convertido en un cadáver hinchado y repugnante, con el cuerpecito mutilado y el craneo hundido por un golpe brutal?

Grandes, inmensas, son las pérdidas materiales de todas las clases de la sociedad guajuatense, mas sobre ellas la caridad extenderá su velo y el trabajo su mano bienhechora; pero sobre ese Hinojo, humilde habitación de oscuros obreros y luchadores, el dolor durará largo tiempo, todo el que dure el recuerdo de los seres queridos... No podemos hacerles otra limosna que nuestra compasión, ni darles otro consuelo que respetar su dolor y unir nuestras lágrimas á las suyas.

Para atenuar la amargura de las tremendas injusticias, la religión escribió en el cielo de los pobres, la consoladora frase: *Bienaventurados los que lloran.....*



Un Batallón en peligro.

El primer batallón del Estado ocupa un extenso edificio en la Plaza de San Pedro.

Según ya dijimos en otra parte de nuestra narración, el agua del río estalló en el puente bajo y asolvado que sustenta parte del mencionado cuartel. La invasión de las aguas sorprendió á la tropa, que al ver derrumbarse las paredes y entrar rugiendo el agua, quiso salir en masa y precipitadamente del edificio. El Jefe del Cuerpo, Teniente Coronel Leopoldo Laborde y la oficialidad, intentaron detener á los prófugos y hacer entrar en orden aquella gente perturbada por el pánico; pero el peligro crecía por momentos; el agua llenaba el anchuroso patio y la vida de los soldados corría grave peligro.

Por fin, todos salieron precipitadamente y ganaron la cercana altura del Callejón del Temezcuítate, donde la oficialidad, ya en salvo,

ordenó y formó á la tropa, viendo al pasar lista que no estaba completa. El cabo Manuel Rodríguez, fué estrellado y arrebatado por las aguas; un Subteniente se salvó abrazado á uno de los pilares del patio; seis ú ocho soldados y el subteniente Director de la Banda, Sr. Estanislao Cortés, se guarecieron en el techo de un guayín que por casualidad allí se encontraba. El edificio quedó casi por completo destruido. Los almacenes de Gobierno fueron saqueados por el agua, que arrebató los equipos, armas, etc. etc. En la precipitación de la fuga nadie se había acordado de salvar la gloriosa bandera del cuerpo, de ese Batallón de Guanajuato que tantas veces se distinguió por brillantes hechos en nuestra historia. Un soldado raso, el músico Erasmo Hernández, la recogió del modo siguiente: Hernández se encontraba fuera del cuartel en el momento de la invasión de las aguas; cuando regresó, ya el nivel había bajado considerablemente y hacía tiempo que el batallón se había puesto en salvo. Erasmo se encontró con el Teniente Coronel Laborde, y por indicación suya penetró Erasmo entre el agua hasta la sala de banderas, y de allí sacó la enseña del cuerpo, yendo después á unirse en el Temezcuítate con el resto de la tropa.

Esta acción fué ciertamente meritoria, pero no tiene el carácter épico que algunos periódicos

cos le dieron, pintando á Erasmo Hernández arrojándose en los momentos de mayor peligro al agua enfurecida y salvando la bandera con grave riesgo de su propia vida. Los datos que dejamos apuntados nos fueron comunicados por el mismo Hernández, á quien su humildad no permite pasar á los ojos del público falsamente por heroe.

Nos es satisfactorio consignar aquí la valiente actitud asumida por el Teniente Coronel Laborde durante el peligro. Cuando el pánico era mayor trataba de calmarlo gritando á la tropa: *Los militares no abandonan su cuartel!* Este señor no llegó á dejar el edificio para nada durante la inundación, no obstante que pudo hacerlo y hubo momento en que el agua le llegó á la altura del cuello. Una leona que se encontraba en el cuartel dentro de una jaula, la rompió al sentir que se ahogaba y huyó á la calle pero no causó ningún perjuicio.

EN EL HOSPITAL DE BELEM.

ISE AHOGAN LAS LOCASI

El Hospital Civil de Belem está situado en la Calle del mismo nombre, en donde la corriente era caudalósísima, al grado de cubrir las puertas de las casas, los letreros de las tiendas y llegar á la azotea del edificio ocupado por la jabonería «La Palestina.»

Bastantes escenas de horror se desarrollaron en esta vía, la mas comercial de la población. A ella convergían todas las otras corrientes y fué el lugar de tránsito de todos los escombros, muebles, etc., arrastrados del resto de la ciudad.

Nos refieren la lucha terrible sostenida con la muerte en la Plazuela de los Angeles por un pobre hombre. De la orilla le arrojaban una cuerda á la que él procuraba asirse nadando desesperadamente; pero la fuerza de las olas le impedía llegar y era arrojado de nuevo al cen-

tro de la corriente para hacer nuevos esfuerzos, agotar sus energías en una nueva lucha, y ser vencido de nuevo; cinco ó seis veces intentó hacerlo y por último, cuando ya le faltaban las fuerzas, logró coger el cabo de la cuerda y se salvó.

Nos refieren también en esa misma calle que cuatro arrieros que conducían burros cargados de quesos, se vieron repentinamente envueltos en el agua, y con ese instinto de propiedad exaltado de la gente del campo, prefirieron verse arrebatados por la corriente que abandonar sus bestias. Dos de ellos fueron salvados y dos perecieron entre las aguas.

Conocemos otros episodios más, pero sin duda alguna uno de los más conmovedores fué el que ocurrió en el hospital de Belem.

En la planta baja, es decir, al nivel del piso de la calle, está el departamento destinado á las mujeres dementes. Con las puertas fuertemente cerradas y las ventanas aseguradas por rejas y alambrados, estaban allí diez ó doce de esas pobres mujeres privadas de razón.

El agua empezó á subir en el patio.

En el departamento de locas, éstas empezaron á gritar, conscientes del terrible peligro que corrían, no obstante su estado.

Lloraban, se abalanzaban furiosas á las puer-

tas y ventanas, como queriendo romperlas y escapar.


El jóven Subteniente José Araujo, que mandaba la guardia del Primer Batallón que allí se encontraba y el paisano Enrique Armendáriz, no pudieron resistir por más tiempo tan lastimoso espectáculo y se hicieron descolgar por medio de una cuerda desde una altura de más de treinta metros.

Bajaron también algunos soldados y en vano intentaron abrir las puertas.

Por último, sirviéndose de las bayonetas como barras, practicaron una horadación en el muro y por allí lograron sacar á las dementes, sin que se ahogara ninguna.

A dos metros subía el agua un momento después de practicar la horadación.





DIVERSOS EPISODIOS.

Se encontraba en la cantina «Monte-Carlo,» en el Puente del Rastro, un sastre como de 25 años de edad llamado Ignacio Trejo Servín.

Pocas horas antes de la inundación, á efecto del alcohol que tomó en exceso, uno de los dependientes lo llevó á dormir á uno de los gabinetes reservados.

Como los dependientes de la mencionada cantina huyeron cuando la corriente era ya poderosa y el peligro, por tanto, grande, no tuvieron tiempo de llevar consigo á Trejo, salvándose ellos en el Hotel de la Unión precipitadamente.

Cuando el agua descendió se encontró á Trejo en el mismo lugar en que se quedó dormido, ahogado, con las manos fuertemente agarradas á la pata de un banco que estaba cercano.

En una pastelería de las que anualmente se improvisan en los Garridos, cerca de la Presa de la Olla, se encontraban Bárbara Mejía (dueña del establecimiento) sus hijos Enedina Ramírez y Juan Mejía y los oficiales Juan Castillo y Daniel Moreno. Cuando el grupo se vió envuelto por el agua que abundante corría por la calle, Juan Mejía y Juan Moreno tomaron en hombros á las dos mujeres y el grupo se encontró bien pronto en salvo, en la esquina de la subida del Saucillo, altura bastante para sustraerlos á la acción de las aguas.

Los hombres, después de haber salvado las vidas, quisieron también poner en salvo algo de sus cortos intereses.

A través de la corriente volvieron al jacalón, pero en esos momentos una casa próxima se desplomó arrastrando consigo la pastelería, y los hombres, aturdidos por la caída fueron arrebatados por la corriente, entonces ya extraordinariamente poderosa.

Las mujeres, en salvo, desde la altura en que se encontraban refugiadas, vieron con desesperación que sus salvadores eran arrebatados por las olas sin que ningún auxilio humano pudiera evitarles la espantosa muerte.....

Semejantes á la anterior son dos escenas desarrolladas en el tristemente célebre barrio del Hinojo.

Francisco Pulido era vecino de ese lugar y uno de los afortunados que el día del desastre había logrado ceder al primer impulso y escapar.

Ya estaba seguro, pero se acordó que en su casa había dejado su sombrero olvidado y creyó factible ir á buscarlo y regresar al sitio en que se hallaba. Fué, efectivamente; logró entrar á su casa y quizá recoger el sombrero, pero no pudo volver al sitio de donde en mala hora salió, pues las aguas lo arrebataron.

Una anciana de nombre Micaela, que habitaba el mismo barrio, buscando un rebozo que no quería perder, desperdió un tiempo precioso que debiera haber empleado en escapar. No lo hizo así, y la casa se desplomó, aplastándola.

Su cadáver apareció bastantes días después del siniestro, en completo estado de putrefacción y fué quemado en el mismo sitio en que se le encontró.

Tomamos de un periódico local el siguiente episodio:

«Un alto empleado de una empresa impor-

tante que viajaba en uno de los tranvías que regresaban de la Presa de la Olla, haciendo alarde de sangre fría y sobre todo por la creencia general de que el agua no subiría á un nivel mayor que el de la inundación de 1873, no quiso bajar del coche: cara le costó su imprudencia, pues al poco tiempo el tranvía flotaba en la corriente: en esa situación desesperada el extranjero rompió uno de los cristales de las portezuelas y con dificultad subió al techo; desde allí se arrojó cuando el vehículo se acercó á la verja de San Diego y logró asirse á ésta y trepar hasta uno de los pilares en el que se encaramó y estuvo sentado en él largo tiempo.

Las voces de los empleados del Banco de Guanajuato, y sobre todo las racionales indicaciones del Sr. Alatorre, hicieron que desde el Teatro Juárez se le arrojara una de las cuerdas de los telones, la que previamente atada al fuste de una de las columnas del pórtico, y atada por él al barandal, permitió que un individuo abnegado pasara por ella y retornara salvando al que iba á ser una nueva víctima, ya que la verja del templo citado se desplomó en parte."®

Hay en las casas de Guanajuato, generalmente ocupadas por tiendas y talleres, acceso-

rias que carecen de comunicación con el piso alto.

Casi todas fueron abandonadas por sus habitantes, prevenidos por la inundación del 30 de Junio. Los que no se resolvieron á huir ante el agua, abandonando sus intereses, sufrieron infinitas angustias por el extraordinario é inesperado nivel á que en el interior de las referidas accesorias, ascendieron las aguas.

Los obreros de la Imprenta de El «Barretero» de que ya hablamos, se salvaron mediante la horadación que se practicó en el techo.

En la tienda de abarrotes «La Barra de Santander,» en la plazuela del Baratillo, el Sr. Manuel Lomelín, su propietario y los dependientes, experimentaron terribles alternativas.

Cuando el agua penetró á regular altura, todos subieron al mostrador; el agua continuó ascendiendo, y al cubrirse éste, se subieron entonces á lo alto de las armazones. El agua subió más aún, y al cubrir las puertas, los aparadores, las ventanas que daban á un patio interior, la tienda quedó en tinieblas, y los que en ella se encontraban buscaron aisladamente su salvación, ignorantes de si aun existían sus compañeros.

Después supieron que el Sr. Lomelín se había salvado asido á la alcayata donde se colgaba el queso; los jóvenes dependientes, subidos

á las armazones tuvieron que meter la cabeza en el hueco de las vigas del techo, para lograr respiración, y para hacerlo, rompieron el cielo raso con cristales de botellas rotas.

Al descender el agua todos estaban pálidos y agobiados de cansancio; en lugar del aparador, que arrebató el agua, había una barrica llevada allí por la corriente; en el interior de la tienda se encontraban los cadáveres de un comprador y de una niña.

* * *

La esposa é hijo de D. Jerónimo Arellano, empleado de la Secretaría de Gobierno, se vieron también sitiados por las aguas en una casa del Puente de San Miguel.

Para salvarse de la muerte se subieron sobre los muebles flotantes, y allí se mantuvieron hasta que el agua bajó, en tanto que las paredes de la casa se desplomaban en parte y se hundían los pisos.

* * *

El Sr. Francisco Ibarguengoitia trabajaba en una habitación del piso bajo de la casa del Sr. Lic. Carlos Chico.

Se encontró encerrado y con el agua ascendiendo continuamente.

Primero se subió á una silla, en seguida á un pesado escritorio, y cuando éste empezó á vacilar, se asió al marco interior de la ventana y allí se sostuvo hasta el descenso del agua.

Al principiarse éste, los Sres. Fernando Espinosa y Clemente Vigil rompieron los hierros de la ventana y por allí extrajeron al Sr. Ibarguengoitia, conduciéndolo á la plazuela de Mejjamora.

El Sr. D. Pedro de la Fuente, en su librería de la calle de la Cruz Verde, tuvo que subir á la parte más alta del armazón, y allí, acompañado de su dependiente, esperó en la obscuridad y con la cabeza rozando con el techo, el último momento.

Creyendo firmemente ser llegado éste, lo esperó rezando y con bastante tranquilidad.

El agua no llegó al techo, aunque faltó poco, y el Sr. de la Fuente se salvó.

Una americana que se encontraba en la «Ciudad de México» tienda que perdió una muy fuerte suma, se resistió á salir, y en lo más alto del armazón se escapó también de la muerte. Como el agua llegara ya al sitio en que se encontraba, se desnudó para arrojarse é intentar el último recurso saliendo á nado.

No hubo necesidad; pues el agua empezó á descender.

*
* *

La esquina del Teatro Principal estaba ocupada por un edificio de tres pisos en el cual vivía el Sr. Ingeniero Manuel Chico con su familia. Expuesto directamente al choque de la corriente y mal construido, el edificio cedió, encontrándose la familia en gravísimo peligro.

El edificio en cuestión al día siguiente se desplomó en parte, y el resto fué derrumbado por el Batallón de Zapadores.

El Sr. Leandro Espinosa, encargado del mencionado Teatro Principal, practicó una horadación en el techo de éste y por allí pudo salir á izar con cuerdas á la familia Chico, poniéndola en salvo, después de una peligrosa travesía por varias azoteas vecinas.

El mismo Sr. Espinosa, ayudado de otras personas, salvó á los panaderos del «Pavo» y algunas gentes más.

*
* *

El Vice-Cónsul de Estados Unidos, Mr. Furness y sus empleados, en los momentos de la inundación, se subieron á la azotea de la casa que en el jardín de la Unión ocupan las oficinas de su negociación.

Todos estaban en la esquina de la azotea que da al Jardín de la Unión, esquina que fué azotada rudamente por la fuerza de dos poderosas corrientes. Los muros empezaron á hundirse y de un momento á otro iba á sobrevenir el desplome.

El Sr. Furness y sus compañeros, ignorantes del inminente peligro que corrían, siguieron en la parte amenazada, hasta que advirtieron la gravedad de la situación por las repetidas señales que les hacían los empleados del Banco de Guanajuato.

Se retiraron del punto amenazado, y momentos después se desplomó toda esa parte del edificio.

A la entrada del Puente del Hinojo vivía una anciana llamada Anastasia Soto, que ocupaba una casa de bajos.

Desde algún tiempo antes padecía una enfermedad que la tenía en cama, y la asistían otras dos mujeres también de edad avanzada.

Cuando la ola rebotó el río en esa parte de la ciudad, con la violencia de que hemos hecho mérito, las señoras huyeron al piso alto, abandonando á la pobre anciana enferma.

Por la ventana penetró el agua, y á pesar de su estado de debilidad, la anciana dejó el lecho y se acercó á ella pidiendo auxilio.

Sus gritos se oyeron durante algunos momentos, pero el agua, al cubrir la ventana los extinguió.

Al día siguiente aún podía verse el cadáver tendido de espaldas en el cuarto, con los piés sobre la ventana, á donde en vano intentó llegar. Bien pudieron sus compañeras llevarla consigo al huir, pero el pánico se los impidió.

Es satisfactorio consignar que estos casos de feroz egoísmo ante el peligro fueron muy raros, siendo por el contrario, muy numerosos los de abnegación y heroísmo, algunos de los cuales ya hemos narrado.

Un periódico contó el siguiente caso:

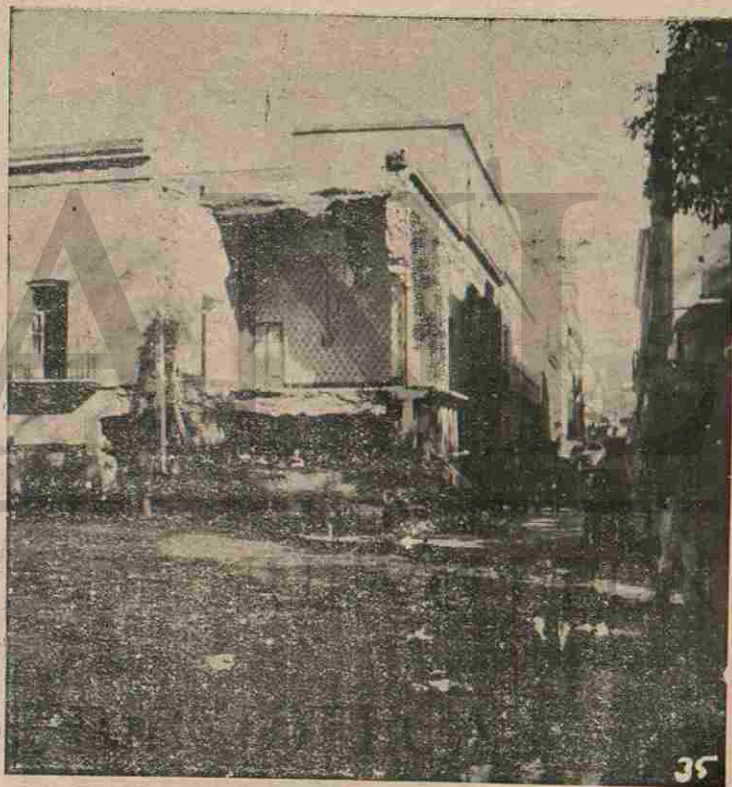
«Al derrumbarse una casa del mismo barrio toda una familia quedó sepultada debajo de los escombros; los vecinos, asombrados, vieron salir á una niña de entre dichos escombros y ayudaron á las demás personas á salir del hueco que dejó el techo al caer. Una de las personas de esta desdichada familia estaba enferma de tifo, y ella y su madre que enfermó por la terrible conmoción sufrida, murieron en el Hospital.»

En la misma hoja se consignaba este otro sucedido:

«Del taller de Modas de la Sra. Elena Mosqueda, fué arrebatada por las aguas una de las oficialas; su hija la tenía por muerta cuando al día siguiente recibió un urgente recado de la Señora, en que le pedía ropa, pues la corriente que la condujo hasta Cajones la había desnudado por completo. Se salvó, probablemente, asiéndose á algunos objetos de los que arrastraba la creciente.»

Respecto á la familia *milagrosamente* salvada no tenemos datos ciertos que nos permitan confirmar ó negar la veracidad del anécdota, pero sí los poseemos respecto á la oficiala conducida *incólume* por las aguas en un espacio de varios kilómetros, lleno de puentes, baches y recodos, donde las aguas se estrellaban con terrible furia.

No es exacto, porque en el taller de Modas de Doña Elena Mosqueda no había una sola persona el 1º de Julio: dicho taller fué destruido por las aguas del día anterior y abandonado por las oficialas, de modo que el día de la catástrofe estaba vacío de muebles y personas. Era imposible que una persona arrebatada por las aguas, pudiera sobrevivir al terrible viaje; el caso de mayor resistencia que conocemos es el del cajista Joaquín Díaz, hábil nadador, que logró llegar vivo á Barrera; punto mucho menos lejano que Cajones, y su cadaver herido y



Esquina del Consulado Americano.



Calle de Cantarranas.—Salvando Muebles.

mutilado atestigua los choques terribles que sufrió en el trayecto.

Como esta maravillosa versión circularon muchas otras que luego fueron desmentidas.

*
*
*

Los caballos de tiro pertenecientes al Ingeniero Joaquín Parres, al sentirse envueltos por el agua, con un instinto notable se subieron al pesebre y lograron escapar.

Este hecho es verídico, pues el agua subió en las cocheras á un nivel superior á la altura de las bestias y cuando el agua bajó, varias personas pudieron ver á los caballos aún subidos en los pesebres.

*
*
*

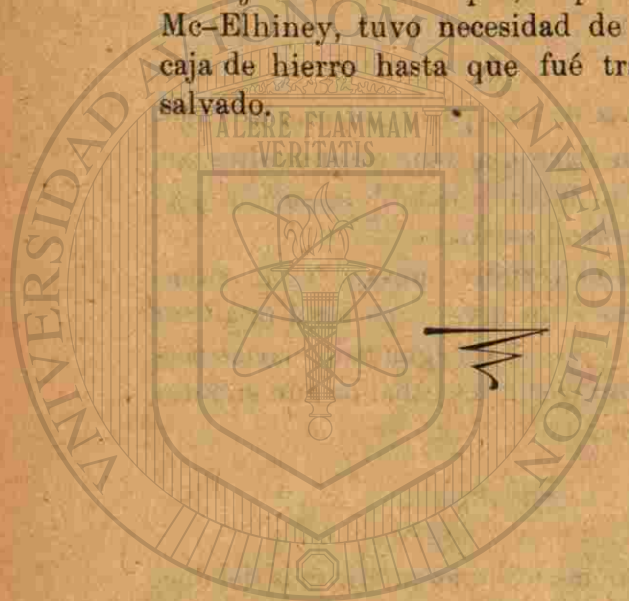
En las agencias mineras americanas del Jardín de la Unión se encontraban varios ciudadanos norteamericanos, que al ver el agua penetrar en las oficinas, al principio no se salieron creyendo no tomaría la inundación mayores proporciones.

Cuando hubo un verdadero peligro, salieron á nado al Casino Guanajuatense, á riesgo de ser arrebatados por la corriente de la calle.

El Señor Profesor Don Elías Villafuerte, que se encontraba en una de las referidas oficinas,

no pudo salir y para salvarlo fué preciso romper los hierros de una claraboya y extraerlo por ella.

El jóven Carlos López, empleado de la casa Mc-Elhiney, tuvo necesidad de subirse á la caja de hierro hasta que fué trabajosamente salvado.



LA LISTA DE LOS MUERTOS.

La mayor parte de los cadáveres pudieron ser encontrados en los dos días siguientes al suceso.

Muy pocos en las calles, algunos en el lecho del río y la mayor parte bajo los escombros de las casas, especialmente en el barrio del Hinojo.

Durante todo el día del domingo (2 de Julio) recorrieron la ciudad los fúnebres cortejos.

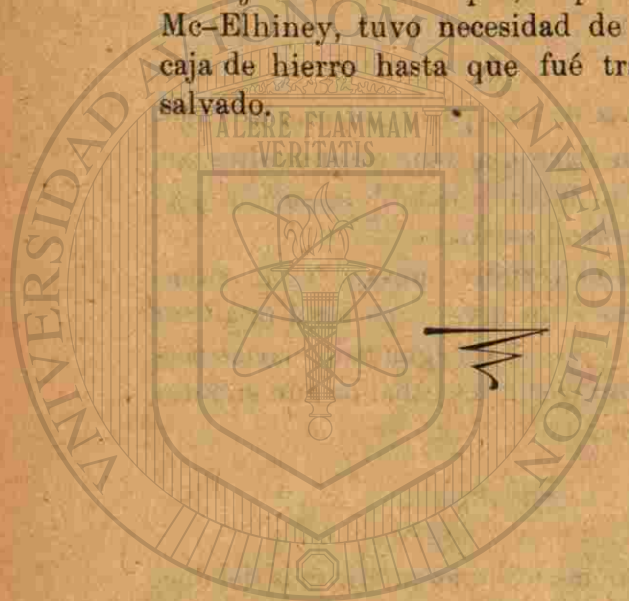
Los cadáveres eran llevados en improvisadas parihuelas y tras ellos marchaban los deudos llorando desconsoladamente.

En el Hospital de Belem el anfiteatro y el depósito de cadáveres fueron insuficientes para contener la afluencia y en los corredores se veían las filas de cuerpos expuestos al público, para su identificación.

La lista sacada del libro de defunciones del Registro Civil, es como sigue:

no pudo salir y para salvarlo fué preciso romper los hierros de una claraboya y extraerlo por ella.

El jóven Carlos López, empleado de la casa Mc-Elhiney, tuvo necesidad de subirse á la caja de hierro hasta que fué trabajosamente salvado.



LA LISTA DE LOS MUERTOS.

La mayor parte de los cadáveres pudieron ser encontrados en los dos días siguientes al suceso.

Muy pocos en las calles, algunos en el lecho del río y la mayor parte bajo los escombros de las casas, especialmente en el barrio del Hinojo.

Durante todo el día del domingo (2 de Julio) recorrieron la ciudad los fúnebres cortejos.

Los cadáveres eran llevados en improvisadas parihuelas y tras ellos marchaban los deudos llorando desconsoladamente.

En el Hospital de Belem el anfiteatro y el depósito de cadáveres fueron insuficientes para contener la afluencia y en los corredores se veían las filas de cuerpos expuestos al público, para su identificación.

La lista sacada del libro de defunciones del Registro Civil, es como sigue:

María Hernández, de 6 años, hija de Cristóbal Hernández, muerta de asfixia por submersión.

Marcos Almaguer, de 60 años, casado con Maximina Aguirre.

6 mujeres desconocidas.

4 hombres desconocidos.

2 niños desconocidos.

Crescencio Mosqueda, sin generales.

Un hombre desconocido.

Mariana Hernández, sin generales.

5 niños desconocidos.

2 hombres desconocidos.

María Irene Prado, de 35 años, casada con Ildefonso Gómez.

2 hombres desconocidos.

María Dolores Campos, sin generales.

Pablo Campos, sin generales.

Pedro Ramírez, de 39 años, panadero.

Felipa Villada, de 50 años, viuda.

Juana Mejía, de 40 años, casada con el generalme Primo Granados.

Juana Manzano, de 10 meses, hija de J. Loreto Manzano.

Tomás Hernández de 14 años.

Antonia Ramírez, de 72 años, viuda de Refugio González, (criada del Sr. Gobernador.)

Juan Ramírez, de 22 años, soltero, pastelero

Tomasa Montiel, de 5 años, hija de Basilio y Martina Montiel.

Tranquilino Zepeda, 59 años, platero, casado con María Borja.

María Pilar Rocha, 56 años, viuda.

María Rosario Rocha, 88 años, viuda.

Nicolasa Espinosa, 35 años, casada con Agapito Gutiérrez.

Daniel Moreno, 22 años, casado con Concepción Argáandar.

Joaquín Díaz, 16 años, soltero, impresor.

Florentino Torres, 18 años, soltero, zapatero.

Ignacio Trejo, 26 años, soltero, sastre.

Hombre desconocido.

María Isabel Garibay, 33 años, casada con Francisco Colmenero.

Bonifacio Huerta, 48 años, casado con Hermenegilda Caudillo.

María Dolores Quijano, 28 años, estado honesto.

Virginia Vázquez, 3 años, hija de Reyes Vázquez.

Casimiro Durán, 80 años, soltero, carnicero.

Basilio Núñez, 21 años, soltero, peluquero.

Por último, una anciana que fué encontrada en el Hinojo el día 11 y que por el estado de putrefacción en que se hallaba, fué cremada en el mismo sitio. La Jefatura averiguó que se

llamaba Micaela Arreguín, pero no es seguro que este sea su apellido.

Total: 29 cadáveres identificados y 25 sin identificar, esto es, 54 en suma.

¿Debemos deducir que el número anterior señala el total de víctimas del 1º de Julio? Indudablemente no.

La lista anterior señala únicamente el número de cadáveres descubiertos dentro de la población y puntos cercanos, lugares á que se limitaron las pesquisas; por tanto, éstas no fueron sino una parte del total de las víctimas.

El agua, con fuerza extraordinaria arrebató muebles, cajas de hierro y objetos mucho más pesados que un cadáver humano, muchos de los cuales, arrastrados á grandes distancias, no han vuelto á aparecer. ¿Por qué, pues, los cuerpos arrebatados por la corriente tuvieron todos que quedar necesariamente dentro del recinto de la población? Por el contrario, creemos que los cadáveres encontrados por la policía fueron únicamente los que hallaron un obstáculo material que les impidió ser arrastrados, ya por haber quedado en puntos en que la corriente era poco poderosa, ó ya por haber sido sepultados bajo los montones de escombros.

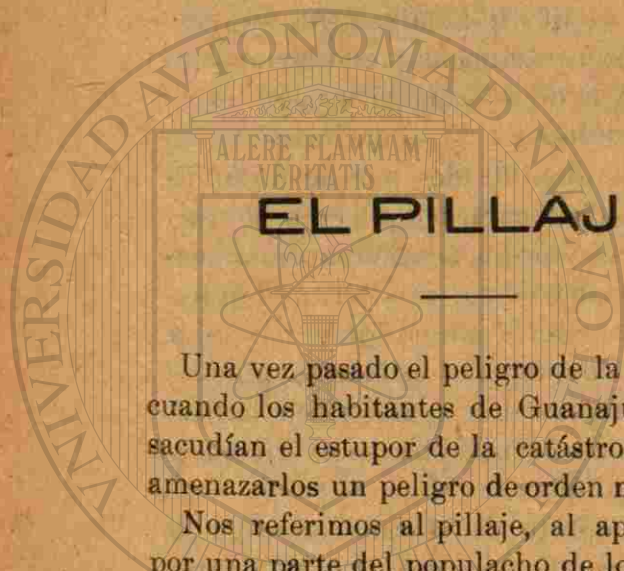
En apoyo de esta opinión está el hecho de que la mayor parte de las víctimas cuyos despojos fueron descubiertos, en opinión faculta-

tiva murieron por aplastamiento, siendo menor el número de los muertos de asfixia por submersión.

Se nos arguye que indudablemente sus deudos los hubieran reclamado, pero esto no es seguro, puesto que de 54 cadáveres yacentes en las lozas del anfiteatro, 25, es decir, casi la mitad, no fueron identificados porque no tuvieron quien los reclamara, porque eran forasteros ó por último, porque perecieron juntamente con su familia y demás personas que se hubieran tomado interés en buscar y reconocer sus restos. Y no queremos hablar de muchos de los identificados que aparecen en la lista sin generales, cuyos nombres se averiguaron por mera casualidad.

Si en un conjunto de 54 cadáveres sólo 29 estuvieron en condiciones de que se les echara de menos, se les buscara y se les reconociera, otros muchos pudieron estar en análogas circunstancias, sin que sus despojos mortales pudiesen ser encontrados. Nosotros sabemos de algunas personas á quienes sus familias no han vuelto á ver desde el 1º de Julio.

No se puede fijar exactamente el número de desaparecidos, pero de seguro que el lecho cenagoso del río, si fuera interrogado, daría acerca de los muertos, una respuesta más elevada que las listas del Registro Civil.



EL PILLAJE.

Una vez pasado el peligro de la inundación, cuando los habitantes de Guanajuato aun no sacudían el estupor de la catástrofe, empezó á amenazarlos un peligro de orden muy diverso.

Nos referimos al pillaje, al apropiamiento por una parte del populacho de los objetos encontrados en el agua y aún de los que quedaban en las casas, privados de la vigilancia y custodia de sus dueños.

No queremos inferir al buen pueblo guanajuatense la inmerecida ofensa de imputarle á todo él en masa tan feos hechos; pero desgraciadamente en todas partes existen cierto número de gentes dotadas de instintos miserables y rapaces, que lejos de respetar la desolación y el estado anormal á que una catástrofe pública conduce á una sociedad, se encuentran por el

contrario, muy dispuestos á aprovechar la consternación general y el desorden consiguiente, para entregarse á mansalva al robo y al pillaje.

Además de sus naturales instintos de rapiña, la ignorancia los hizo creer que el agua había expropiado á comerciantes y particulares de sus muebles y efectos, que aquellos habían perdido todo derecho á los objetos arrebatados por el agua, y que todo lo que se encontrara en la vía pública, en la corriente, en cualquiera parte, era *res nullius*, objetos sin dueño, que podían apropiarse sin escrúpulo alguno sin más que extender la mano y decir, como efectivamente decían: *Dios me lo ha dado*.

Ya en la inundación de 1760 se hablan de estas escenas de pillaje, y recordarán nuestros lectores que un cronista de aquella época llama en su gráfico estilo á los autores del pillaje *chusma de lobos y podencos*.

La policía practicó posteriormente algunos cateos y se encontraron multitud de objetos que habían sido robados y escondidos durante la inundación.

En algunas partes, al paso de la corriente, había grupos que se ocupaban, no en salvar las vidas en peligro, sino en apoderarse de los objetos de algún valor que pasaban flotando.

Hubo algunos que pagaron caro, aun con su vida, el afán de rapiña; se arrojaban á la co-

riente tras una petaca, un mueble, y eran arrebatados.

La noche del 1º de Julio y las siguientes, cuando la ciudad conmovida y consternada carecía de luz y de protección eficaz por parte de la policía, los particulares se armaron para defenderse del pillaje.

En la noche de la catástrofe algunos hombres pretendieron penetrar en varias casas á favor de la obscuridad, registrándose alarmas y desórdenes nocturnos.

Aun pudiéramos extendernos más en esta parte de nuestra narración, refiriendo otros muchos episodios y aspectos de la terrible desgracia; pero por una parte, el temor de cansar á nuestros lectores con la relación demasiado minuciosa de las desgracias, y por otra el espacio no muy grande de que disponemos, nos hacen abstenernos de alargar más la parte de esta historia, de que hasta hoy nos hemos ocupado. Hay importantes asuntos que es imprescindible tratar, ya que nos hemos propuesto escribir una historia completa de la catástrofe.

Por ejemplo, reclaman nuestra atención y la del público, los efectos de la inundación en

la ciudad, tanto en su parte material como en los intereses de los habitantes; la relación completa de las pérdidas, el movimiento de filantropía encendido como una chispa eléctrica en el país entero; la labor del Gobierno frente al desastre; la historia de las juntas públicas y privadas de caridad, con sus incidentes y comentarios; el estudio concienzudo de los remedios necesarios para prevenir males futuros, como el desasolve del río y la obra del Cuajín; el problema de la emigración, el porvenir probable de Guanajuato después de la catástrofe; el reparto, por la Junta Central de Auxilios y Socorros; de los fondos allegados por la filantropía para el alivio de la situación de las víctimas y la crítica racional de esta distribución. Materias son éstas que se nos presentan como otros tantos objetos de estudio y que deberemos tratar con la atención debida si queremos llenar cumplidamente la tarea que nos hemos impuesto.

Procuraremos hacerlo así en la medida de nuestros humildes alcances, y por ahora cerramos la historia de la catástrofe propiamente dicha, de la que creemos haber dado una idea á nuestros lectores, para ocuparnos de lo que sucedió después de ella y de sus importantes consecuencias.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

SEGUNDA PARTE

GUANAJUATO DESPUES DE LA CATASTROFE

CON la celeridad de las infaustas nuevas se extendió por toda la República la noticia del siniestro que acabamos de narrar en la primera parte de este folleto. El país entero al recibir las primeras nuevas, que no pasaban de más ó menos persistentes rumores, se mostró ansioso por saber la verdad y conocer los detalles de una desgracia tan inmensa que venía á sumergir en la ruina una ciudad hermosa y rica, de importancia comercial y simpática por mil conceptos en toda la inmensa colectividad mexicana.

Como la ciudad destruida estaba aislada en un principio, pues las líneas telefónicas y telegráficas, la red ferroviaria y hasta los caminos carreteros se encontraban en pésimas condiciones á consecuencia del mismo desastre, era casi imposible que la prensa recibiera una información regular y verídica del teatro de los hechos, que le permitiera á su vez satisfacer con noticias fidedignas la curiosidad pública.

A esta causa se debe que hasta los diarios metropolitanos más serios, que ordinariamente se distinguen por su exacta información, acogieran los más exagerados, absurdos y contradictorios rumores, y dieran en sus columnas una relación de la catástrofe que suponía absoluta carencia de conocimientos topográficos de Guanajuato, carencia de datos fidedignos sobre las causas, proporciones y detalles de la desgracia, que fueron suplidos por la fecunda imaginación de los repórters.

Leemos en «El Mundo» de 3 de Julio: «La altura del agua sobre los edificios ha sido extraordinaria, y se comprende que los resultados hayan sido tan devastadores. En las casas de la Plaza de la Unión alcanzó sobre el segundo piso de las habitaciones; en el edificio del Banco de Guanajuato había seis piés y medio de agua; en la calle principal se elevó á 15 piés de altura, el segundo piso del Hotel de la

Unión estuvo bajo doce piés de agua también.»

El que conozca esta ciudad sabrá necesariamente que la calle principal y la Plaza de la Unión son la misma cosa: que el Banco de Guanajuato y el Hotel de la Unión están en ella y que por tanto el agua no pudo llegar en ellos á tan diferentes niveles sin substraerse á las leyes de la Hidrostática.

En el mismo número se hacen ascender á más de 1,000 los muertos.

«El Popular» en su edición del jueves 6 de Julio publica el relato del testigo presencial Sr. For Daniels, quien entre otras muchas falsedades refirió que «la Catedral había sido destruida,» lo cual es imposible; porque en Guanajuato no hay Catedral; que «sufrió mucho el Palacio Legislativo,» al cual no llegó el agua; que «la inundación duró dos horas» habiendo durado tres cuartos de hora escasos, pero suficientes para que en ellos se causaran terribles estragos; que él se salvó en una tabla, yendo en ella desde los billares de la Unión á la azotea de la casa del Sr. Gobernador, (haciendo la difícil ascensión de esta altura, que es de más de 20 metros, seguramente por los aires) y otras muchas falsedades, al grado que puede decirse que ni una sola noticia de las comunicadas por el Sr. Fox tiene un fundamento verídico.

Una vez que la comunicación telegráfica pu-

do establecerse, los periódicos mejoraron su información, apreciando la catástrofe en sus verdaderas proporciones y dando á conocer muchos de sus detalles, con toda oportunidad. La primera noticia oficial que se tuvo en México, fué el siguiente telegrama del Sr. Gobernador de Guanajuato al Vicepresidente Sr. Corral:

« Guanajuato, Julio 2 de 1905. — C. Vicepresidente y Ministro de Gobernación, Señor Don Ramón Corral. — Tres aguaceros torrenciales prolongadísimos, verdaderas trombas de agua, han inundado esta ciudad y causado desgracias, pérdidas y desperfectos terribles, pereciendo varias personas anegadas, demoliéndose varias casas, arruinándose muchas personas y familias, y sufriendo mucho los jardines, edificios públicos, etc. etc.

Los males son incontables é inapreciables todavía. Ya me ocupo de ver lo que se puede hacer, porque estamos sin agua, sin luz eléctrica, sin provisiones, sin vías de comunicación y con todas las habitaciones con los resultados de la inundación. — Tengo la profundísima pena de comunicarlo á Ud., y le seguiré avisando lo que ocurra:—*Joaquín Obregón González.*»

Terrible fué la impresión causada en todas las clases sociales de la República por esta catástrofe sin precedentes.

A la consternación y piedad por las víctimas

sucedió el afán de aliviar su situación y los actos filantrópicos y los donativos se multiplicaron, llegando por la vía telegráfica y á disposición del Gobierno, grandes sumas de dinero remitidas de los puntos más apartados del país, y aun del extranjero, destinadas al inmediato socorro de los necesitados.

Ahora que el tiempo ha pasado, merced á grandes esfuerzos, se conocen los datos estadísticos que permiten formarse una idea sobre el monto de las pérdidas y las verdaderas proporciones de la catástrofe.

El resultado de esos trabajos es el que ofrecemos á nuestros lectores en otra parte del folleto, y en ella nos ocuparemos tanto de los efectos generales del siniestro, como de los más pequeños detalles, pasando revista una á una á todas las casas de la zona inundada, sin desatender ningún dato que pueda interesar directa ó indirectamente al objeto de nuestra narración. En su lugar correspondiente insertaremos el cuadro estadístico de la inundación, obra de Don Pedro González, que es á no dudarlo, el trabajo más completo que en su género se ha hecho. ®

Por ahora ocupémonos en bosquejar la situación de la ciudad, á raíz del siniestro.

UNIVERSIDAD AUTONOMA D NV
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
LA SITUACION DE LA CIUDAD.

Crítico por demás era el estado de nuestra ciudad á raíz de la catástrofe, cuando aún no podían tomarse por las autoridades ni llevarse á debido efecto las múltiples medidas que demandan urgentemente los males de diverso género, que fueron la consecuencia inmediata de la inundación.

La ciudad está iluminada por alumbrado eléctrico y su sistema de alambres es aéreo, sostenido por postes de madera y hierro en toda la población.

La corriente es suministrada por la Compañía de Fuerza Eléctrica que aprovecha la caída de agua del Río Duero, y para el servicio existen en la estación central del Alumbrado, poderosos transformadores.



Puente del Rastro.

Ahora bien, el agua derribó en toda la zona inundada los postes, desencajándolos de sus álveos y reventando la red, parte de la cual quedó bajo los escombros de las casas desplomadas.

Los alambres en toda la ciudad quedaron por tierra, de modo que para reponerlos hubiese sido preciso ejecutar un trabajo equivalente á tender una nueva línea.

El agua penetró también en la Estación á mucha altura y deteriorando los aparatos, causó desperfectos en los transformadores, al grado de tenerse que desarmar, lo cual exigía bastante tiempo, para que pudieran de nuevo ser útiles.

La ciudad quedó por tanto, á oscuras y sin esperanzas de que en algunos días se pudiera evitar el mal.

La línea urbana de tranvías, en toda su extensión, desde la Presa á Marfil, quedó interrumpida por los tramos que arrancó la corriente, los profundos hoyancos que practicó y el desnivel, á consecuencia de los deslaves, que había en sus terraplenes, así como los montones de lodo y escombros que había en las calles.

Análoga cosa pasó con la vía del Ferrocarril Central que va de Marfil á Silao, hasta el punto llamado Puente de Santa Ana, quedando interrumpido el tráfico de pasajeros y correo.

Si añadimos que los postes de las líneas te-



Calle de Alonso.

lefónicas y telegráficas fueron en parte derrumbados, comprenderemos que la población quedó también sin comunicaciones.

La tubería que distribuye en toda la ciudad el agua de la Presa de Esperanza, se reventó en diferentes partes, interrumpiéndose así también este servicio.

La mayor parte de los establecimientos mercantiles de abarrotes, carnicerías, maicerías, etc. depósitos de artículos de primera necesidad, fueron saqueados por el agua y la escasez empezó á sentirse en todas las clases sociales.

Los hombres, sin distinción de categorías sociales, andaban en los mercados; canasta al brazo, consiguiendo los alimentos necesarios para sus familias.

Algunos pocos tenderos, cuyos establecimientos quedaron fuera de la zona inundada, no viendo en la desgracia general y en la escasez, sino un medio de aumentar su lucro, encarecieron inmediatamente los efectos. El domingo 2 de Julio un litro de leche se llegó á pagar á noventa centavos y por el estilo los demás artículos de consumo necesario. Se temía que las provisiones se agotaran, que no pudieran ser renovadas, por la falta de medios de comunicación y el temor del hambre posible no dejaba de preocuparnos.

Los patios de las casas, el interior de las habitaciones bajas y las calles, estaban cubiertos por una capa de fango, habiendo sitio en que los montones eran enormes.

Los vecinos hicieron la limpia de sus habitaciones respectivas y ese lodo fué á aumentar el de las calles, formando así enormes montones como en el Baratillo, el Truco y la Compañía, que además de interceptar el tránsito, esparcían fétidas emanaciones.

Los carros destinados al aseo público, además de que no hubieran sido bastantes por su número para verificar rápidamente la limpia, habían sido en su mayor parte arrebatados por el agua. Se abrigan serios temores de que la perniciosa influencia de ese fango, desarrollara en la ciudad una epidemia que hubiera venido á aumentar el número de las calamidades.

Los montones de escombros de las innumerables casas desplomadas impedían el tránsito. Muchos edificios amenazaban ruina y eran un peligro constante para los transeuntes.

No se contaba por de pronto con medios para remover esos escombros, ni para derribar esos edificios ruinosos, y por tanto, parejas de policías montados impedían el tránsito por las vías en que el peligro era mayor.

Por último, en la conciencia pública estaba que las causas de la inundación fueron, ade-

más del fenómeno meteorológico, la carencia de obras de defensa contra las avenidas extraordinarias y el azolve del río.

Estos peligros, después de la inundación quedaron subsistentes y aun agravados, pues los escombros de las innumerables casas que se derrumbaron hacia la parte del río, obstruyeron aun más su cauce.

El hecho de haber visto los guanajuatenses dos inundaciones separadas sólo por el espacio de 24 horas, la abundancia de las lluvias hacían temer de un momento á otro una nueva y quizá más temible inundación que arruinara definitivamente la ciudad.

Era, y es creencia general, que el fenómeno puede repetirse, y lo próximo de las impresiones del 1º de Julio, hacía que la población estuviera en los días siguientes en un estado de gran excitabilidad nerviosa, del cual es una prueba el suceso que luego referiremos.

Reasumiendo: los efectos inmediatos de la catástrofe fueron dejar á la ciudad en el siguiente estado: sin luz, sin agua, sin comunicaciones, con contados elementos, con sus vías obstruidas por los escombros y el fango, sus casas derribadas ó en ruinas y con el río azolvado. Los habitantes entristecidos por la catástrofe, en medio de pavorosas ruinas, presas de la an-

gustia y el temor del hambre, de la epidemia y de la posibilidad de una nueva catástrofe.

¡Cuán diferente era su situación, de la época no muy lejana, en que esta misma ciudad, brillante y engalanada, orgullosa y contenta se vistió magnífico ropaje para hospedar al Primer Magistrado de la Nación y en un breve lapso de tiempo gastó enormes sumas en banquetes y en música, en bailes y en flores!

Si hubiera sabido su tenebroso destino, quizá hubiera guardado esas sumas para curar sus heridas, y así sus pobres hijos no hubieran tenido que aceptar el óbolo de la caridad pública.



¡AHÍ VIENE LA PRESA!

El incidente de que antes hemos hablado, que pone de relieve ese estado nervioso, fácilmente accesible al pánico en que quedó la población, es el siguiente: el domingo 2 de Julio (día siguiente á la inundación) se puede decir que por la mañana, todos los guanajuatenses estaban en la calle. Las calles principales, teatro de los sucesos, estaban llenas de gente que contemplaba los estragos de la corriente, veía pasar los cortejos que llevaban cadáveres y hacía comentarios.

Como á las 11 de dicha mañana alguien (no se pudo averiguar quién) lanzó el grito de alarma: ¡*corranle!* ¡*ahí viene la presa de Mata!*! grito que recorrió con la celeridad de la chispa eléctrica toda la longitud de la población.

Por todas partes se oía *¡ahí viene la presa!* y

la gente corría por los callejones altos, las mujeres se caían y la multitud pasaba por encima; tiraban los rebozos, los sombreros, la ropa, sin detenerse á recogerla; los gendarmes montados, encargados de mantener el orden, eran los primeros en correr á escape en sus caballos, animando á la gente para que no se detuviera.

Parecía que la ola alcanzaba ya á los fugitivos que corrían tropezándose y sin parar; todo lugar les parecía peligroso, pretendiendo subir, subir siempre. En un momento quedaron desiertas las calles y todos los cerros se llenaron de gente, que observaba ansiosa la ciudad, esperando verla cubierta de agua hasta las cúpulas de los templos.

Pero ni una sola gota corría por las calles. Como hemos dicho todo fué obra de algún mal intencionado *guasón* que quiso divertirse con el temor de toda una ciudad.

Todo el mundo sabía que las Presas no tenían agua y que por tanto no podían venirse; que aunque hubieran estado llenas y se hubieran reventado, la corriente que produjeran hubiera sido inofensiva. Pero el pánico no razona; todo es posible para los que sienten miedo, hasta que el nivel de las aguas pueda llegar á la Cruz de Sirena. [1]

(1) Sirena es una montaña de Guanajuato elevadísima, que tiene una cruz de piedra en su cumbre.

Ahora, cada vez que un aguacero torrencial descarga sobre la ciudad, la gente toma toda clase de precauciones y no sin razón, lo confesamos, porque el río, lleno por las lluvias, ha estado en dos ó tres ocasiones á punto de desbordarse de nuevo.



Los efectos de la inundación en la ciudad.

Es tiempo ya de ocuparnos en detalle de los estragos originados por la corriente en la parte material de la ciudad, es decir, en dar á conocer los perjuicios causados á los particulares en sus casas y al Gobierno en los edificios y jardines públicos.

Los periódicos publicaron listas más ó menos extensas de los edificios destruidos ó deteriorados; nosotros hacemos algo más que eso: dar el cuadro estadístico completo de la zona inundada, comprendiendo todas sus calles y señalando casa por casa, de modo que pueda el público apreciar esos estragos en detalle y en su conjunto.

El cuadro de que antes hemos hablado y que insertamos en otro lugar, abraza toda la

ciudad de la manera siguiente: la divide en tres partes: la primera comprende toda la parte izquierda de la zona inundada desde la Presa al Cantador, es decir, todas las casas de la acera izquierda de las calles recorridas por la corriente.

La segunda parte comprende la acera derecha de esas mismas calles y parte derecha de la corriente, y la tercera parte, el pueblo de Marfil en su totalidad, es decir, ambas aceras.

La descripción empieza por la Presa de la Olla, descendiendo en el mismo sentido que descendió el agua del 1° de Julio, recorriendo todas las calles que el agua recorrió; primeramente describiendo los estragos de la parte izquierda, en seguida los de la acera opuesta, y por último los de Marfil. Como se ve, el conjunto dará los estragos de la inundación en toda la superficie de la ciudad.

La primera columna del cuadro señala la calle que se describe; la segunda el número ó letra de la casa de que en particular se ocupa; la tercera el nivel á que ascendió el agua en el interior de cada casa; la cuarta el nombre del propietario del edificio; la quinta, las pérdidas ó perjuicios que sufrió, tanto en su parte material como en los intereses del propietario, señalando en detalle los desperfectos del edificio y los muebles ú objetos perdidos; la sexta co-

lumna indica el número y clase de accesorias dependientes del mismo edificio; la séptima el número ó letra que distinguía cada accesorio; la octava, la altura del agua en las accesorias referidas; la novena, el nombre de sus inquilinos, y la décima las pérdidas que éstos sufrieron.

Como se ve, por su exactitud y extensión es un trabajo de verdadero valor —que una vez más acredita las aptitudes y laboriosidad del Sr. D. Pedro González, su autor— no habiendo edificio de la zona inundada, ya sea casa habitación, de comercio, taller, etc., etc. que no esté en él comprendido.

Es tiempo ya que nos ocupemos en detalle de los estragos hechos por la: aguas en la población. Los periódicos dieron lista más ó menos extensa de los edificios destruidos y evaluaron el monto de los perjuicios en cantidades, unas veces excesivas y otras muy bajas respecto de la verdadera cantidad á que ascendieron los perjuicios.

Nosotros, cumpliendo al público nuestro ofrecimiento, daremos respecto á esos puntos, los datos más completos y exactos que pueden desearse.

Las pérdidas pueden clasificarse del modo siguiente:

1° Pérdidas de vidas, de las que ya nos ocu-

pamos extensamente en la primera parte de este folleto.

2º Perjuicios en edificios de propiedad particular. Al fin de esta obra publicaremos el interesante trabajo de Don Pedro González, un cuadro estadístico completo de la zona inundada, comprendiendo todas las calles que recorrió la corriente y dando sobre *cada casa* de esas calles todos los datos interesantes como nombre del propietario, del inquilino, nivel alcanzado por el agua dentro de las habitaciones, pérdidas, su avalúo, etc.

3º Perjuicios pecuniarios y evaluación de las pérdidas en fincas, efectos de comercio, etc. Se tratarán detenidamente al hablar de las manifestaciones dirigidas á las Juntas de Caridad.

4º Perjuicios en jardines y edificios públicos, de que en seguida nos ocupamos.



Esquina de S. Ignacio y subida á S. Fernando.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JARDINES Y EDIFICIOS PUBLICOS.

Además de las pérdidas inmensas originadas á los particulares, consignadas en el cuadro que insertaremos, sufrieron bastante los jardines públicos y los edificios destinados al servicio de los diversos ramos de Administración, pero infinitamente menos que la propiedad particular.

El Parque de las Acacias sufrió desperfectos de pequeña cuantía.

Los dos jardines de la Presa de la Olla, resintieron más serios estragos, pero no fué, ni mucho menos, su destrucción completa, antes bien creemos que los perjuicios serán fácilmente reparables.

Lo mismo podemos decir del Jardín de la Unión, en el cual, aunque las bancas de su lado derecho fueron arrancadas y la vegetación pequeña destruida, ambas cosas, á poco costo y



Calzada de Guanajuato, frente á Gavira.

trabajo, pueden ser repuestas por el Gobierno.

El Cantador, sólo sufrió la ruptura de un corto tramo de su reja exterior, y por tanto, el agua dejó intacto el más hermoso de nuestros paseos.

Sólo el Cuartel de San Pedro quedó casi completamente destruido, perdiéndose en él los equipos, armas, etc. de la tropa, como en otro lugar se ha dicho.

En el Gran Teatro Juárez el agua rompió parte de una de las balaustradas del frente é inutilizó, al penetrar por la parte posterior del edificio, algunos objetos de la utilería. Teniendo en consideración las riquezas que ese coliseo encierra, los perjuicios son despreciables.

El Palacio de Gobierno perdió su archivo y sufrió la planta baja algunos desperfectos, también de poca consideración.

El Teatro Principal no experimentó males apreciables, á pesar del derrumbe de la casa contigua y del elevado nivel que allí alcanzó el agua, que cubrió el foro y los tres primeros departamentos, luneta, platea y más de un metro sobre los palcos primeros. Ya ha sido abierto al público.

En el Monte de Piedad se mojaron las prendas almacenadas y se inutilizaron algunos muebles; algo sufrieron el Hospital, la Inspección de Salubridad Pública y el Abasto Municipal,

así como el Juzgado del Registro Civil y otras oficinas mencionadas en el cuadro; pero en cuanto al regio Palacio Legislativo, al histórico Castillo de Granaditas, y á otros edificios públicos, como la Jefatura Política, Colegio del Estado, etc., no llegó la acción de las aguas y quedaron, por tanto, incólumes.

De lo dicho se desprende que los perjuicios originados en los referidos jardines y edificios, en general son pequeños y fácilmente reparables.

Por ahora los guanajuatenses pueden seguir enorgulleciéndose, no obstante la inundación, de sus admirables y bellísimos jardines y de sus opulentos y suntuosos edificios públicos.



LA LABOR DEL GOBIERNO.

Frente á un desastre de la magnitud del que nos ocupa, el Gobierno, que reúne en sus manos todas las medidas y recursos propios para salvar la situación crítica, no podía ciertamente permanecer inactivo. A él correspondía ser el núcleo á cuyo redor se agruparan todas las fuerzas utilizables, el centro de acción que las organizara y pusiera en movimiento.

El 2 de Julio, cuando la ciudad conservaba en toda su desnudez las huellas de la catástrofe, el C. Gobernador Lic. Joaquín Obregón González, que en los momentos de la catástrofe se encontraba con su familia en su casa de la Presa de la Olla y que por tanto, solo de oídos conocía las terribles proporciones de la desgracia en el Centro de la ciudad, á fin de apreciarlas, recorrió personalmente algunas de las calles inundadas.

Mucho le debió impresionar el triste estado de la ciudad; inmediatamente se dirigió al Palacio de Gobierno, á fin de dictar las medidas más urgentes que en su concepto demandaba el remedio de tantos males.

He aquí las medidas que se tomaron: se avisó al Presidente de la República y al Ministro de Gobernación lo de la catástrofe por medio del telegrama que en otro lugar insertamos. El objeto de este mensaje no era simplemente cumplir con un deber de cortesía, sino solicitar del Poder Federal los poderosos auxilios que podía prestarnos, indispensables en aquellos momentos.

Fueron efectivamente fundadas tales esperanzas, pues se recibió como respuesta el siguiente telegrama:

“Secretaría de Gobernación, México. Telegrama.—México, Julio 3 de 1905.—Sr. Gobernador D. Joaquín Obregón González, Guanajuato.

Dí cuenta al Señor Presidente con el mensaje de Ud. sobre la inundación de esa ciudad, y tuvo á bien disponer que desde luego se le remita como auxilio del Gobierno Federal, la suma de treinta mil pesos, que pondrá á disposición de Ud. la Secretaría de Hacienda. Esa cantidad está destinada especialmente á aliviar la situación de las gentes pobres que no tienen otros recursos y que han quedado en la mise-

ria. Además, me dirijo á los Gobernadores de los Estados solicitando ayuda y avisaré á Ud. el resultado.—RAMON CORRAL.”

No se limitó el Ejecutivo Federal á este auxilio pecuniario, sino que posteriormente envió 300 hombres del Batallón de Zapadores, que prestaron los importantes servicios de que mas adelante nos ocupamos.

Además, dicho Gobierno Federal, dirigió á los Gobernadores de todos los Estados de la República la siguiente circular telegráfica:

“Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación.—México.—Sección primera, núm. 72.—Telegrama circular á los Gobernadores de los Estados.—México, Julio 3 de 1905.

Una terrible inundación ha causado gravísimos daños á la ciudad de Guanajuato la noche del 30 de Junio, y originado grandes pérdidas de vidas y propiedades. Por solidaridad nacional urge que todos los Estados ocurran en auxilio de las víctimas, como lo ha hecho ya la Federación destinando treinta mil pesos que se han puesto á disposición del Gobernador de Guanajuato. A nombre del Señor Presidente indico á Ud. la conveniencia de que el Estado que dignamente gobierna, auxilie desde luego al de Guanajuato y que de la manera más expedita contribuya con la suma mayor que á su Erario le sea posible. La prontitud en la entre-

ga de los auxilios aumentará en mucho su precio y eficacia.—CORRAL.”

Tal llamamiento no podía ménos de producir ópimos resultados, y así, casi inmediatamente los Gobernadores de Veracruz, Zacatecas, Querétaro, Sinaloa, Sonora, San Luis Potosí, Aguascalientes, Chiapas, Morelos, Chihuahua y después todas las Entidades Federativas de la Unión, sin excepción alguna, remitieron gruesas cantidades por la vía telegráfica á disposición del Gobierno de Guanajuato, para subvenir á las urgentes é inmediatas necesidades de la población inundada.

Tan solo las sumas remitidas por la federación y los Estados que arriba nombramos, ascendieron á la cantidad de cincuenta y cuatro mil pesos, elevada después á una cifra mucho mayor que los donativos de los particulares, los de los demás Estados, las cantidades enviadas del extranjero y aquellas con que los Gobiernos de los Estados reforzaron sus primeros donativos.

En seguida nuestro Gobierno, deseoso de allegar aún más recursos pecuniarios para el auxilio de las víctimas, envió otra circular telegráfica á los Jefes Políticos de nuestros numerosos y ricos distritos, concebida en estos términos:

C. Jefe Político de.....

ENTREGA 10ª

Hubo aquí una inundación de la que no hay precedentes en la historia de Guanajuato. El C. Gobernador se ocupa en estos momentos de aliviar las inmensas desgracias ocurridas y de prevenir nuevos accidentes. Lo comunico á Ud. para su inteligencia y para que los comunique á los distritos para los que no hay telégrafo ó teléfono.—Nicéforo Guerrero.

Y despues, con fecha 4 de Julio, una orden á los Presidentes Municipales concebida así:

De Guanajuato, el 4 de Julio de 1905.

C. Presidente Municipal de.....

Habiendo sufrido esta ciudad la inundación sin precedentes de que Ud. tiene noticia, que ha causado innumerables víctimas y pérdidas inapreciables, dispone el Gobierno, en uso de sus facultades y por primera vez en el desempeño de su encargo, se sirva ordenar á ese H. Ayuntamiento, se entregue á la oficina respectiva de Rentas, para que ésta remita inmediatamente á la Administración General, la mitad de lo que tenga en caja sobrante Tesorería Municipal.—Señor Presidente de la República ha remitido \$30,000 y algún Sr. Gobernador ha enviado su valioso contingente.—C. Gobernador descansa en patriotismo pueblo Guanajuatense y en el celo y eficacia autoridades.—Avisé Ud. cumplimiento orden esta

Secretaría, indicando cantidad entregada.—Gobierno ha partido de cortes de caja 31 mayo último.—*Nicéforo Guerrero, Secretario.*"

Esta circular dió por resultado que los Municipios enviaran aproximadamente, la suma de 80,000.

No sólo recursos pecuniarios en abundancia hacían falta para neutralizar los efectos de la catástrofe. Ya hemos hablado de las diversas calamidades que pesaban sobre la ciudad, (falta de agua, de luz, de comunicaciones, escasez y carestía de comestibles, amenaza de una nueva inundación, acumulamiento en calles y casas de escombros y fango, etc.)

Estaba en el deber del Gobierno acudir á estos males y procurar su remedio.

Se procedió del modo siguiente: Se convocó á la Sociedad de Ingenieros de esta Capital, sometiéndose á su estudio los modos más adecuados para llevar á efecto, con la rapidez debida, los siguientes puntos:

A.—Restauración lo mas pronto posible del abastecimiento de aguas de la ciudad.

B.—Medios más adecuados para surtir de provisiones á las personas que pudieran carecer de ellas.

C.—Medios, tambien eficaces, para poner en corriente el servicio eléctrico de la ciudad.

D.—Medios adecuados para evitar una nue-

va inundación, siquiera provisionalmente, y para determinar la demolición de edificios y evitar desgracias.

La referida Sociedad de Ingenieros, procediendo con toda actividad, al día siguiente de haber sido sometidos á su dictámen los puntos anteriores, rindió el siguiente informe:

“Tengo la honra de poner en conocimiento de Ud., que en sesión de anoche de la Sociedad Guanajuatense de Ingenieros, se acordó dar las siguientes resoluciones á las cuatro cuestiones que el Gobierno se sirvió someter á la deliberación de la referida Sociedad:

A.—Para restaurar lo mas pronto posible el abastecimiento de aguas de la ciudad, conviene, en primer lugar, soltar el agua por la tubería para que ella misma indique el número, locación é importancia de las interrupciones y en virtud de esa observación, dictar las medidas conducentes.

B.—Para subvenir á las necesidades de la escasez de provisiones, por lo menos en los artículos de primera necesidad, para el abastecimiento de una semana, será necesario importar por los medios más rápidos 1,000 hectólitros de maíz, 200 hectólitros de frijol y 30 toneladas de harina, y establecer varios expendios de esos artículos, en los distintos barrios populosos de la ciudad.

C.—El servicio de alumbrado eléctrico de la ciudad, según los informes del encargado del ramo, no podrá expeditarse antes de ocho días, que es el tiempo que tardarán en secarse completamente los transformadores, y por lo mismo convendría establecer un alumbrado provisional de petróleo, con linternas de mano y á la vez excitar al vecindario para que en cada casa se coloque un farol por lo menos, que ayude al alumbrado público.

D.—Respecto á los medios adecuados para evitar siquiera sea provisionalmente una nueva inundación, es indispensable que se proceda desde luego á desembarazar los caños de desagüe de las calles, de los escombros que los obstruyen, así como los puentes del Rastro, de San Nicolás, de Gavira y en general los que se encuentren ocupados con los restos de las ruinas.

En cuanto á la noticia referente al estado más ó menos ruinoso de los edificios perjudicados por la inundación, será comunicada en breve, pues los trabajos respectivos de inspección se han dividido en cuatro comisiones formadas por los miembros de la Sociedad y serán ejecutados desde luego.

Se acordó igualmente de comunicar á esa Superioridad que los Señores Geo. W. Bryant, Carlos W. Van Law y Miguel Mc. Donald re-

presentantes respectivamente de las Negociaciones Mineras de Peregrina, Minig Co., The Guanajuato Reduction and Mines Co. The Consolidated Minig Milling Co., han ofrecido espontáneamente para el trabajo de desembarazamiento de los escombros que ocupan la vía pública, cooperar con cien hombres cada uno, con sus herramientas, capataces respectivos, por el término de una semana, acto que mereció un voto de gracias de la Asamblea, á los referidos Señores.

Protesto á Ud. las seguridades de mi atenta consideración.

Guanajuato, 3 de Julio de 1905.—P. Aguilar.—R. Castelazo, Secretario.

Señor Lic. Nicéforo Guerrero, Secretario de Gobierno.—Presente.

Merced al anterior informe, el Gobierno tuvo marcados derroteros que seguir para hacer fructíferos sus esfuerzos y lograr, á la mayor brevedad posible, su objetivo, que no era otro que volver á la ciudad á su estado normal, tan fuertemente alterada por la catástrofe.

Quedaba un punto por atender y no ciertamente el menos importante: impartir á los necesitados los convenientes auxilios, lo que entrañaba la práctica de las pesquisas necesarias para descubrir en toda la extensión de la ciudad las personas cuyo estado reclamaba impe-

riosamente los socorros de la beneficencia, averiguar su estado, la medida de sus necesidades, para suministrarles así el género de auxilios más adecuados.

Esta labor dilatada y complexa no podía ser cumplida directamente por la acción del Gobierno, cuya atención era reclamada por otras muchas urgentes necesidades.

Se delegó en dos juntas llamadas de Auxilios y Socorros, una constituida por caballeros caracterizados y otra por damas distinguidas.

Convocados los primeros mediante una comunicación del Ejecutivo, se constituyó en su primera sesión en la forma que consta en la siguiente dirigida al C. Secretario de Gobierno:

«Nos apresuramos en poner en conocimiento del Supremo Gobierno, por el muy digno conducto de Ud. que á la hora fijada en la circular respectiva, se efectuó hoy la primera reunión de la "Junta Central de Auxilios y Socorros" constituida á iniciativa del Ejecutivo, y para tomar las medidas conducentes á la protección de la gente menesterosa, y en general de esta sociedad que tanto ha sufrido y está sufriendo á consecuencia de la espantosa catástrofe de antier. En el seno de dicha junta se tomaron varios interesantes acuerdos que constan en el acta correspondiente, cuya copia tendremos la honra de remitir hoy mismo á esa Secretaría.»

Entre tales acuerdos se registra el relativo á la obtención de fondos; para cumplimentarlo nos permitimos suplicar á Ud. se sirva recabar y remitir al Sr. José P. Bustamante, Tesorero de la Junta, la orden en virtud de la cual entregará á la Tesorería General del Estado la suma de cinco mil pesos, que, como primer auxilio, dispuso el C. Gobernador allegar á esta Junta de Socorros.

Igualmente para que se sirva ponerlo en conocimiento del Supremo Gobierno, tenemos el honor de manifestarle que la Directiva de la Junta de Socorros, quedó constituida así:

Presidente, el primero de los subscriptores; primer Secretario, el C. Ricardo Rubio; segundo y tercero Secretarios, los CC. Licenciados Bonifacio y Juan Olivares; Tesorero, el C. José P. Bustamante; Vocales, todos los CC. presentes y que fueron citados. Fué nombrado Vicepresidente de la Junta el C. Pío R. Alatorre.

Protestamos á Ud. nuestro respetuoso aprecio.

Guanajuato, 3 de Julio de 1905.—Eduardo Pesquera.—Ricardo Rubio, Secretario.—C. Secretario de Gobierno.—Presente.

Para la constitución de la segunda Junta de Auxilios y Socorros, se convocaron 53 señoras y 5 señoritas, las cuales se reunieron el día 7 de Julio en el salón del Palacio y se procedió

á la formación de la Mesa Directiva que quedó integrada de la manera siguiente:

Presidenta, Señora María Tornel de Obregón González.—Secretaria 1ª, Srita. Dolores Obregón González.—Secretaria 2ª, Srita. Dolores Orozco.—Tesorera, Señora Francisca R. de Göerne.

Se nombraron también comisiones para atender las diferentes secciones en que se distribuyó la ciudad, bajo la presidencia de 8 caracterizadas dâmas, las Señoras Antonia del Moral Vda. de Jiménez, Elena C. de Antillón, Dolores Ajuria, Guadalupe L. de Chico, Angela C. de Iburgüengoitia, Francisca R. de Göerne y Refugio Fernández de Delgado.

Constituidas así ambas Juntas, el Gobierno puso á disposición de cada una de ellas la suma de \$5,000.00 para aliviar las más apremiantes necesidades.

Estas fueron las primeras medidas que el Gobierno de Guanajuato, en cuya actitud se concentraban las miradas, no sólo de los habitantes de la ciudad destruida, sino de todo el país, tomó como más adecuadas, para el alivio de tantos males como pesaban sobre la infortunada Capital de Guanajuato.

Las examinaremos en detalle al ser puestas en acción, procurando apreciarlas en su justo valor.



Se restablecen los servicios de aguas y alumbrado

Con la actividad que el caso requería, se procedió rápidamente á restablecer el servicio de luz y el de aguas, de importancia grande para la población.

Siguiendo el derrotero marcado en el informe de la Sociedad de Ingenieros, el servicio de aguas pudo estar listo á los 2 días del desastre.

Abiertas las llaves, el agua misma indicó las soluciones de continuidad de la red de tubos que distribuye el líquido en la ciudad; las descomposturas no eran ni muy numerosas, ni muy complicadas y por eso se pudo fácilmente remediar el mal.

No sucedió lo mismo con el servicio eléctrico.

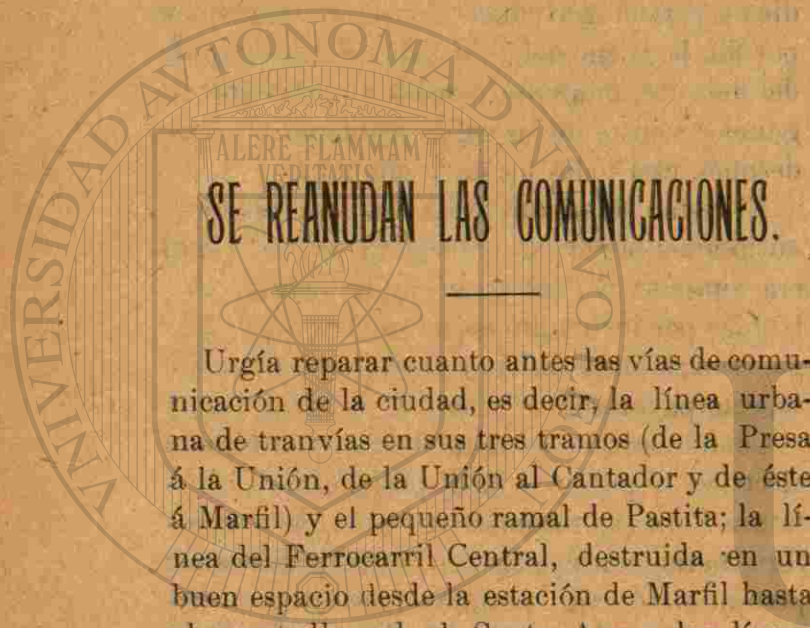
Ya hemos dicho antes que los desperfectos eran más serios aquí, pues tanto la red de alam-

bres caída, como los transformadores mojados, hacían más dilatadas las reparaciones.

Mr. Hutton, encargado de la Planta, se dedicó con toda actividad al penoso trabajo y por fin, la noche del 9 de Julio, 8 días después del desastre, pudieron ponerse al corriente algunos circuitos de las calles principales y poco después, casi todos los de la ciudad.

El restablecimiento de la luz era esperado ansiosamente por la población; la oscuridad era completa por las noches, y las calles, obstruidas por los montones de escombros y fango, eran de muy difícil tránsito y tenían un aspecto pavoroso.

Cuando aún no se restablecía el alumbrado eléctrico, se publicó una disposición de la Jefatura Política, recomendando á los vecinos iluminaran con petróleo el frente de sus casas; pero no tuvo éxito, porque en las calles céntricas, la mayor parte de las casas, habían sido abandonadas por sus habitantes, que fueron á vivir en los barrios altos.



SE REANUDAN LAS COMUNICACIONES.

Urgía reparar cuanto antes las vías de comunicación de la ciudad, es decir, la línea urbana de tranvías en sus tres tramos (de la Presa á la Unión, de la Unión al Cantador y de éste á Marfil) y el pequeño ramal de Pastita; la línea del Ferrocarril Central, destruida en un buen espacio desde la estación de Marfil hasta el puente llamado de Santa--Ana y las líneas telefónicas y telegráficas.

Estas últimas tenían pequeños desperfectos, al grado que al día siguiente de la catástrofe empezó á funcionar el telégrafo.

Respecto á la línea urbana, he aquí el informe rendido por Don Pedro González á la Comisión de Ingenieros, respecto del estado de esa vía en que se mencionan detalladamente los estragos de la corriente:

"Sr. Presidente de la Sociedad de Ingenieros:

Acabo de visitar el trayecto perjudicado por la inundación del sábado 1º del actual y paso á hacer á Ud. presente lo que he podido observar.

La Compañía del Ferrocarril Central tiene lista su vía desde el primer tajo de la Cruz de Eterra. Con 50 hombres, entre este tajo y el segundo, de la visual YARD LIMIT, está cambiando, en una extensión de 180 metros, el alto terraplén que invadió y arrastró la crecienta y con otros 10 hombres comienza á desatornillar la armadura enriellada en otro comido del camino, de 80 metros, que está frente al llanito de los Pirules, entre el segundo tajo y el puente exviajado del Ferrocarril de San Gregorio. Son los únicos desperfectos de esta vía, que serán recompuestos en 8 días, probablemente.

El Ferrocarril de San Gregorio tiene destruido su camino desde el Puente ya citado por encontrarse su locación sobre el antiguo y actual lecho del río, y con 10 hombres se está haciendo una vía para sacar de la actual corriente una locomotora. Es lastimoso el estado de este camino, así como la situación en que quedaron sus coches, furgones, etc.

El acueducto de Los Pozuelos á Marfil, tie-

ne una sola é insignificante solución de continuidad: la tubería desatornillada en el punto de La Peña Agujereada, más allá de Barrera Grande está descubierta allí y en otros lugares pequeños. Esta reparación podría haberla efectuado la autoridad de Marfil, así como puede despejar el río de objetos que la corriente dejó, como un tonel de fierro, frente á la garita, dos postes de telégrafo, uno en la Plaza y el otro en Barrera, varias ruedas de carro en la calle que sigue de la Parroquia, dos grandes piezas de una grúa, tiradas sobre el camino en la curva de Pánuco, y los rieles, durmientes, ruedas de ferrocarril y otras cosas que pertenecen al Puente de San Juan.

Parece que hasta hoy no se ha visto el estado que guarda la vía urbana, y que no se ha hecho nada para repararla. Sus imperfecciones son:

Está buena desde la Estación del Central á Casas Blancas, pues sólo se tiene que despejar los restos de una barda de adobe que cayó sobre ella, que limpiarla y que componer una leve descompostura de la tarima del Puente de la Garita. Recojer dos coches, el furgón de Express y 4 plataformas, que quedaron detenidas antes y después del Puente de San Juan, reponiendo éste por completo. Hay un profundo comido frente á la Hacienda de San Juan y la

destrucción del camino de fierro, de la calzada y de sus muros, es casi completa hasta la salida de la Plaza de Marfil. Hay un comido en el terraplén en la curva de Pánuco, de 40 metros, y la vía está buena hasta el cambio de igual nombre. En Peña Agujereada están destruidos la vía, el terraplén, el camino y sus muros, descubierta la tubería de Marfil y desatornillada en un tubo. Lo mismo está en la curva de Barrera Grande, donde no se han quitado ni los enormes peñascos que la corriente dejó sobre los rieles, muy maltratados. Estos desperfectos continúan hasta salir de Dolores de Barrera, en cuyo cambio andan dos hombres soltando los rieles. Sigue buena la vía hasta el hoyanco de la Calzada de Guanajuato, que por la parte de Flores se está aterrando con material que se saca de esa hacienda, y por la de Gavira, con los azolves que se levantan de las calles. Andan 30 hombres en estas tareas. Sigue lista la vía herrada hasta la presa de Zaragoza, haciéndose ya el tráfico en coches desde el Jardín de la Unión. Desde el Puente de San Juan hasta el término del camino de fierro, está aterrada la parte de la Plaza hasta la fuente, de esta á la casa del Lic. Arizmendi, está muy averiada y tiene deslaves ligeros hasta concluir.

Tal vez se consiguiera reponer pronto, al me-

nos el tráfico para coches y pedestres hasta la Estación del Central, con la interesante ayuda de los zapadores, por requerir trabajos bien dirigidos.

La Comisión de Ingenieros del tramo del Cantador á Marfil no ha hecho su reconocimiento. La de la Calzada á los Angeles, no ha podido hacer demoliciones urgentísimas en S. Ignacio por habersele negado la gente indispensable al Ingeniero Sr. Alvarez. La sección del Hinojo á Cantarranas, debe observar un nuevo hundimiento de un caño arriba del balcón Largo. Las demás secciones de reconocimientos cumplen activamente sus cometidos, lo mismo que las cuadrillas que hacen la limpia del río, poniendo á los lados de él el gran número de piedras grandes que arrastró.

Se repone la red del alumbrado eléctrico en la Plazuela de los Angeles y en dos partes de la Presa de la Olla."

Guanajuato, 6 de Julio (8 de la mañana) de 1905.

P. GONZALEZ.

Los trabajos de dicha línea se empezaron desde luego, contando con los 300 hombres ofrecidos bondadosamente por las Compañías ame-

ricanas "The Guanajuato Reduction and Mines Co.," "The Consolidated Mining and Milling Co." y «Peregrina Mining Co.» dirigidos y pagados por dichas Negociaciones. El servicio se fué restableciendo paulatinamente en los tramos primeramente repuestos: la primera línea que quedó lista en su mayor parte fué la de la Presa, en seguida la del Centro y hasta mucho después la de Marfil, el 18 de Julio, en que empezó el servicio, aunque sumamente irregular. Hasta la fecha, la línea referida se encuentra en pésimas condiciones. En cuanto al Ferrocarril, hé aquí la comunicación dirigida al Gobierno por la Compañía respecto del restablecimiento del tráfico.

Silao, Gto., Julio 5 de 1905.

Señor Gobernador Joaquín Obregón González.—Guanajuato.—9. a. m.

El Ferrocarril Central Mexicano da á Ud. el más sentido pésame por el desastre ocurrido recientemente en esa, y desea saber si pueden serle útiles sus servicios de alguna manera para mejorar la situación. Estamos poniendo una vía de escape en kilómetro 17 que es el punto más cercano para llegar á Marfil, en donde pondremos una Agencia temporalmente para facilitar el movimiento de pasajeros y fletes; esperamos reconstruir la parte destruida y ponerla en servicio hasta Marfil, más ó menos el

ENTREGA 11ª

20 del presente.—Ben Collins, Superintendente de División.

Hasta después de la fecha indicada pudo esa línea ser puesta al corriente, y entre tanto los pasajeros y correo iban en cabalgaduras desde el centro de la ciudad hasta el punto á donde habían llegado los desperfectos de la vía, del cual partía el Ferrocarril.

De este modo fué lentamente vuelta la población á su estado normal y sólo un mes después del siniestro, la ciudad tenía de nuevo agua, luz y comunicaciones.



SE LIMPIA LA CIUDAD.

Ardua y penosa tarea fué por cierto la de la limpia de la ciudad. No comprendía solamente el levantamiento y acarreo de los numerosos montones de fango que en todas las calles de la ciudad amenazaban con su descomposición y sus miasmas producir una infección general; el de las no menores moles de escombros existentes y el de las que tendría que producir la demolición de los muchos edificios ruinosos, sino también la tarea de desembarazar el lecho del río de los muchos obstáculos acumulados en él por la corriente, escombros, vigas, grandes piedras, fango y tierra, que en algunos puntos casi cegaban los ojos de los puentes.

Sólo así se lograba, aunque imperfecta y provisionalmente, evitar el peligro de una nueva inundación.

Para evitar en lo posible el peligro de una epidemia, se nombraron numerosas comisiones de Salubridad, que en calles y casas regaron en abundancia substancias desinfectantes.

Para emprender la labor de la limpia hacían falta hombres y vehículos para el acarreo. Los trabajadores puestos al servicio del Gobierno no eran suficientes, y los carros del Municipio destinados ordinariamente al aseo público habían sido arrebatados por las aguas en su mayor parte.

El día 5 de Julio llegaron á esta 300 hombres del Batallón de Zapadores, que fueron alojados en el amplio edificio de la Escuela Industrial, y al día siguiente empezaron sus trabajos.

Se comunicó orden á los municipios de los distritos para que mandaran carretones á esta ciudad, y con parte de la prisión de Granaditas, los hombres del Batallón del Estado, jornaleros, sostenidos á expensas del Gobierno y las cuadrillas facilitadas por las compañías Mineras americanas, se formaron los elementos con que se emprendió la tarea.

De seis á setecientos hombres pudieron distribuirse en las diversas obras, y se completó el número de 41 carros y 10 plataformas con personal suficiente para el acarreo de escombros.

Los hombres de las Negociaciones americanas se destinaron principalmente á la reparación de las líneas de tranvías: los zapadores á los trabajos del cauce del río y demolición de edificios, y el resto á las diversas obras de limpia.

Del pésimo estado del lecho del río, amenaza constante para la ciudad, y de los trabajos ejecutados en él por los zapadores, da una idea el siguiente informe de Don Pedro González, también rendido á la Sociedad de Ingenieros.

INFORME NUM. 2.

“Sr. Presidente de la Sociedad de Ingenieros:

He satisfecho con positivo gusto, la disposición que tuvo Ud. la bondad de comunicarme de palabra, al haberle entregado mi anterior informe, que se relacionaba con los trabajos emprendidos en las calles y caminos de la ciudad. En el presente relacionaré mis observaciones que corresponden al estado que guarda el lecho del río, los puentes y los trabajos que en esos lugares se están emprendiendo.

Bajé al túnel nuevo por la reventadura de la Presa de Zaragoza sin haber podido pasar hacia la parte de Santa Gertrudis, por el aire que apagaba la luz de que me valía. Hay

poco material de arrastre dentro; pero el azolve de tierra, no obstante la corriente, es notable. Bajé en seguida por la bóveda caída del cambio de S. Agustín, donde hay mucho escombros de grandes piedras encontrando el arco derecho del puente del mismo nombre, recibido por un muro y casi lleno de escombros, entre el túnel y la Calle de Baltierra, quizá porque se pretendió terraplenar ese sitio. Están bien los puentecitos de Puerta Grande para San Agustín y para el Zangarro del Agua Fuerte; pero en este existe una obstrucción con una gualdra, un carro, una puerta de golpe y varios palos. Reventado el túnel en la vuelta angulosa para Puerta Grande, tiene el piso más elevado por el azolve, que la superficie de la anterior corriente del río. Desde este punto hasta el Puente de Puerta Grande, que está bueno, hay mucho material de arrastre, habiendo encontrado haciendo la limpia, frente al Túnel Pípila, á 36 hombres con su sobrestante Sr. Plata. Están bien los Puentes 1º y 2º de Peñaranda, lo mismo que el anterior del Divino Rostro y el chico del Cuartel de San Pedro. Entre éste y el grande de la Plazuela hay una viga, dos pedazos de poste de fierro, varas, varillas, pedazos de fierro, un atalaje con cureña y una rueda de cañón. El puente grande muy azolvado, en sus 150 metros de longi-

tud, descubre aún tres metros de luz. Hay fuertes caídos, sin haberse removido, de las casas de Matavacas, estando en la casa del Sr. Ing. Cortés, una gran chalupa de fierro y una chimenea de lo mismo. El Puente del Hinojo, ya muy bajo, sólo sirve de represa y tal vez conviniera derribarlo, debiendo levantarse el gran derrumbamiento de este punto. En el de San Miguel, con su Puente muy azolvado, hay siete vigas atoradas entre la bóveda y el suelo. De Cantarranas cayó mucho escombros con todo y vigas, que deben retirarse cuanto antes, así como el derrumbe del camino. En este lugar está un timbal de cobre en regular estado. Sigue el largo Puente del Rastro, lleno de grandes piedras, con envigados malos y á metro y medio de altura, sitio que debe ser reconocido por sus malas condiciones. Se ha tirado del Hotel de la Unión mucho azolve, que ya tapa la corriente en medio puente de la casa del Señor Gobernador. Este ya tiene poca luz, el chico que le sigue está un poco más alto y vuelve á ser bajo el de la Cruz Verde, existiendo gran cantidad de grandes piedras. El de la Casa Furness que tiene armadura de fierro, quizá causa mucho mal, no por falta de fortaleza, sino porque en las vigetas de fierro, que hacen arcos, se atorán las maderas y árboles que el río arrastra y represa el agua. Aun-

que azolvados como los anteriores, el de San Antonio y el del Boliche, están bién, pero el grande de Alonso tiene tanto azolve, que se pasa bajo un claro de poco más de un metro de luz, teniendo que ir el hombre muy agachado. Este es el lugar de mayor peligro para la detención de la corriente del río y aun se ve lastimada la entrada á la bóveda donde la última gran avenida tuvo un verdadero obstáculo, según se manifiesta lo que el agua represada subió. Los puentes de la Jefatura de Hacienda y el anterior (Puente Nuevo,) tienen suficiente altura y están bien. Hay caídos fuertes escombros del Mesón del Rosario y el puente de la Libertad tiene lastimada la clave del segundo arco. Muy azolvado está el de San Ignacio y en seguida se ven amenazantes las ruinas de una casa que debe derribarse prontamente. Bien está el de Los Angeles y en seguida están sin quitar muchos derrumbes. El 2º puente de Belem tiene dos arcos en mal estado y siguen varios comunes que amenazan caerse. Aquí encontré 46 hombres al cargo de Juan Armendáriz, haciendo la limpia hácia abajo, pero habiendo quedado atrás dichos escombros. El tercer puentecito de Belem tiene lastimado el primer arco y destechados tres siguientes por la avenida. Hace falta el maciso ó muro del punto cavado por el agua en la

Calzada, porque el terraplén que se está haciendo, para reparar la vía, se resbala hasta el río. Antes de este durrumbe y del puente de Gavira, el escombros de La Palestina es muy grande. Muy malo está el puente de San Rafael, del río de Salgado y ésta confluencia tiene aterrado un ojo del buen puente de Don Trinidad López. Entre los puentes de Flores y San Francisco ha quedado mucho material del arrojado de estas haciendas que la creciente se encargó de arrastrar. Se está echando de San Francisco mucha tierra, de la cual ya hay un fuerte montón y adelante, habiendo caído un fuerte muro, el resto amenaza caerse. Magnífico es el puente de Tepetapa, así como el último de la ciudad, el de El Ave María.

Protesto á Ud. mi particular estimación.

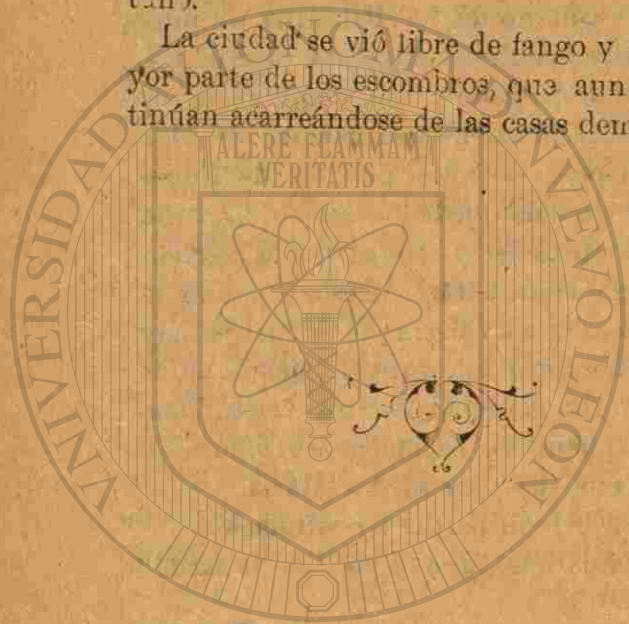
Guanajuato, 6 de Julio (á las 2 de la tarde,) de 1905."

P. GONZALEZ.

Como se comprende por el informe anterior, los trabajos ejecutados en el río no pudieron sino ser superficiales, destinados solamente á evitar el peligro del momento.

La obra de desazolve del río presenta inmensas dificultades que estudiaremos en lugar oportuno.

La ciudad se vió libre de fango y de la mayor parte de los escombros, que aun hoy continúan acarreándose de las casas demolidas.



Una gratificación á los zapadores.

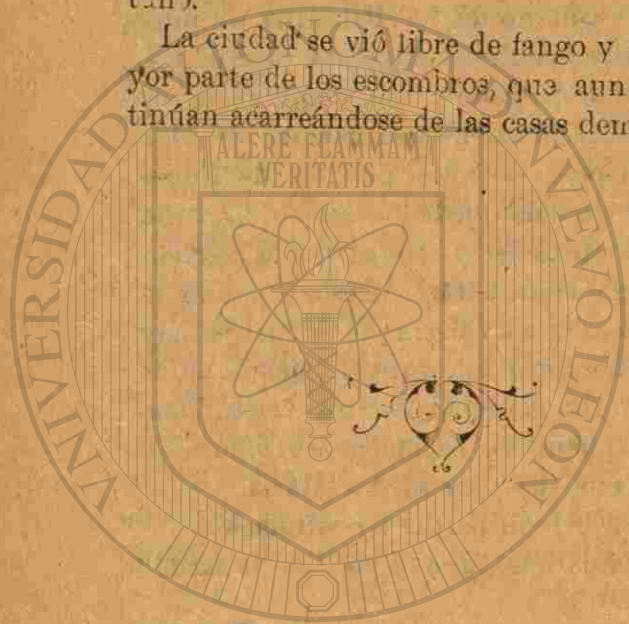
Cuando concluyeron las obras que hemos reseñado, el Batallón de Zapadores tuvo que regresar á México después de cumplir su tarea. Había logrado atraerse la simpatía y la gratitud del pueblo guanajuatense por los importantes y oportunos servicios que á la ciudad prestó.

Próximo dicho Batallón á partir, el Gobierno dispuso darle cierta suma por vía de gratificación, que según consta en la siguiente orden ascendió á \$5,044.

Secretaría del Gobierno del Estado.—Guanajuato.—Sección de Gobernación.—Con referencia á la nota que dirigí á Ud. con esta fecha, tengo la honra de manifestarle que el Gobierno ha tenido á bien acordar que se aumente á \$5,044 la cantidad de \$3,000 que se mandó distribuir entre los Jefes, oficialidad, clases y tropa del Batallón de Zapadores, como mues-

La obra de desazolve del río presenta inmensas dificultades que estudiaremos en lugar oportuno.

La ciudad se vió libre de fango y de la mayor parte de los escombros, que aun hoy continúan acarreándose de las casas demolidas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUANAJUATO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS



Una gratificación á los zapadores.

Cuando concluyeron las obras que hemos reseñado, el Batallón de Zapadores tuvo que regresar á México después de cumplir su tarea. Había logrado atraerse la simpatía y la gratitud del pueblo guanajuatense por los importantes y oportunos servicios que á la ciudad prestó.

Próximo dicho Batallón á partir, el Gobierno dispuso darle cierta suma por vía de gratificación, que según consta en la siguiente orden ascendió á \$5,044.

Secretaría del Gobierno del Estado.—Guanajuato.—Sección de Gobernación.—Con referencia á la nota que dirigí á Ud. con esta fecha, tengo la honra de manifestarle que el Gobierno ha tenido á bien acordar que se aumente á \$5,044 la cantidad de \$3,000 que se mandó distribuir entre los Jefes, oficialidad, clases y tropa del Batallón de Zapadores, como mues-

tra de gratitud del pueblo de Guanajuato, por sus importantes servicios durante su estancia en esta Capital.

Lo que tengo la honra de comunicar á Ud. para los efectos correspondientes, agregando que la diferencia de \$2,044 la reportará la partida de «Gastos de Gobernación.»

Protesto á Ud. las seguridades de mi atenta consideración.

Libertad y Constitución. Guanajuato, 5 de Agosto de 1905.—Nicéforo Guerrero.—Al C. Admor. General de Rentas.—Presente.

El acto en que se entregó la cantidad fué conmovedor. El Teniente Coronel del Cuerpo se rehusaba á recibirla, diciendo que él no debía admitir un dinero que podía tener mejor empleo en el socorro de las víctimas.

Se le contestó que esa cantidad provenía de los fondos particulares del Estado, y que Guanajuato, bien conocido por su generosidad y desprendimiento, aun en circunstancias críticas, reconocía su obligación de dar una muestra de gratitud á los que, como el Batallón de Zapadores, le prestaban señalados servicios.

Se cambiaron palabras de efusión y simpatía y la suma se distribuyó proporcionalmente á los grados, y así los humildes soldados rasos pudieron llevar á sus familias un recuerdo ó un obsequio de la ciudad inundada.

LOS PRIMEROS SOCORROS

Ocupémonos ahora de la manera como fueron atendidas las demás necesidades inmediatas, como eran la escasez de víveres y socorro de los necesitados. Dejamos ya dicho, por ser un hecho rigurosamente verídico, que las mercancías alcanzaron en los días siguientes á la inundación precios excesivos, que hacían temer, sin la importación rápida de artículos de primera necesidad, una nueva plaga.

Se evitó el peligro de la siguiente manera:

Por orden del Gobierno se compraron algunas cantidades de cereales, como maíz, frijol, etc., de los cuales una parte se repartió gratuitamente y la otra se vendió á precio bajo á los expendios, para que á su vez éstos no tuvieran necesidad de encarecer sus mercancías.

La acción del Gobierno en este sentido no tuvo necesidad de ser persistente, por varias

razones: tan luego como de los municipios cercanos á la Capital se enteraron de la escasez de comestibles, se remitieron en gran cantidad por vía de donativo; como las comunicaciones por caminos carreteros casi no sufrieron, se pudo por ellos restablecer prontamente el tráfico, de modo que por estos medios espontáneos pudo prontamente alejarse todo peligro de carestía de alimentos para el consumo de la población.

Aquí creemos oportuno hacer algunas reflexiones.

La inundación de Guanajuato no revistió el carácter que otras catástrofes análogas han revestido, como la de León, por ejemplo, en que la clase social más perjudicada fué la clase proletaria.

Por la disposición topográfica de esta ciudad las aguas tuvieron que invadir única y exclusivamente las calles céntricas, situadas á nivel más bajo y edificadas en ambas márgenes del río. Casi en ellas se concentra el comercio, la industria y la vida de la población, de modo que los barrios altos, colocados todos ellos fuera de la zona inundable, y habitados por las llamadas clases inferiores, están fuera del alcance de las aguas. Los perjudicados fueron, pues, los habitantes de los barrios bajos, rentistas, industriales, grandes y pequeños comer-

ciantes, cierto número de propietarios de talleres y no la inmensa mayoría del pueblo obrero, del que subsiste de su trabajo personal diario y que forma la clase más pobre y desprovista de recursos con que hacer frente á un desastre. Esto no debe entenderse sin excepciones, como el Barrio del Hinojo, casi exclusivamente habitado por gente obrera y proletaria.

Esto explica por qué las pérdidas de intereses excedieron en tanto á las de vidas; explica por qué la ciudad fué tan cruelmente herida en su riqueza, en sus capitales y en su comercio, pero explica también por qué las consecuencias de la catástrofe no se manifestaron en sus formas más crueles y despiadadas: la desnudez y el hambre.

El pueblo bajo debe necesariamente haber sufrido también, pero no de una manera directa.

Es cierto que debe haber habido paralización de ciertas industrias con la destrucción de los talleres, pero en cambio el desastre mismo fué una fuente de trabajo, y todos sabemos que para las obras de limpia, aseo, reconstrucción, etc., se pagaron desusados jornales, y faltaban brazos para ejecutarlos. Propiamente, pues, no hubo hambre en la ciudad, y la miseria no se manifestó bajo la forma de la mendicidad.

Los comestibles y ropa enviados de muchos

puntos del país, sólo en parte se repartieron, aun á gente pobre que no había sufrido, y el resto, no habiendo á quien darlo, se redujo á metálico, forma bajo la cual podía utilizarse. Los socorros urgentes é inmediatos de que antes hemos hablado consistieron, pues, en suministrar dinero á las víctimas, dinero que significaba *herramientas* para los obreros, un *fondo* con que principiar de nuevo para los comerciantes, ó con qué subsistir mientras era posible reanudar el trabajo; en una palabra, no una limosna de *pan*, sino la ministración de recursos para *ganarlo*, á todos aquellos á quienes el agua se los había arrebatado.

Esta obra meritoria y grande fué en Guajuato cumplida en su mayor parte por la caridad particular y en parte también por las Juntas formadas por el Gobierno.

Las primeras fueron necesariamente más aptas para esta labor previa, por su acción rápida é intensa, que buscaba las necesidades donde las había y las remediaba sin moratoria alguna.

La Junta oficial de Señoras también distribuyó la suma que le asignó el Gobierno, pudiendo decirse lo mismo de la de Caballeros, pero al coadyuvar al noble fin, no opacaron la obra de la Caridad particular.

La acción aislada de muchos filántropos,

puede más por su rapidez y extensión para estos socorros urgentes, que una organización oficial por bien constituida que esté, siendo indudable que esta última será más apta cuando los socorros, sin tener el carácter de urgencia, deben ser meditados, pesados y medidos, labor compleja y ardua que desempeñó después la Junta Distribuidora de los auxilios definitivos.

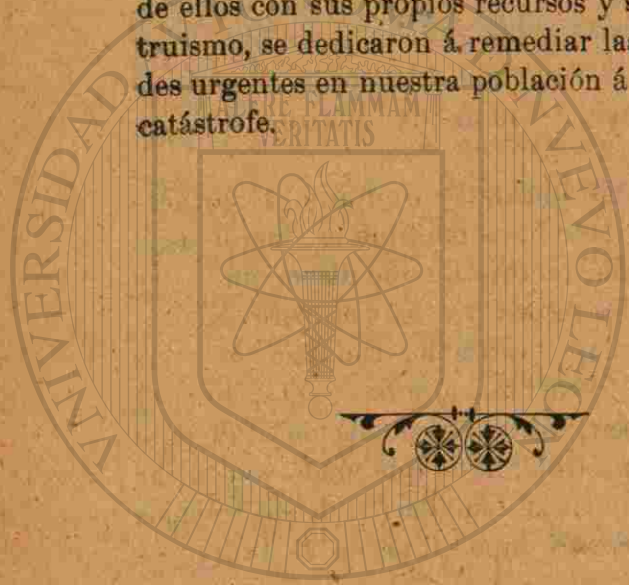
Las Juntas oficiales se limitaron al principio á distribuir las sumas que les fueron asignadas y á dar la ropa de que disponían á los pobres de los respectivos barrios, pero la caridad particular, incansable, con recursos más grandes y frecuentemente renovados, hizo el resto, es decir, sostener la población indigente desde la catástrofe, hasta que pudo encontrar el equilibrio en la reanudación de sus trabajos ó en los socorros importantes de la Junta respectiva.

No es nuestro ánimo desconocer los beneficios de la caridad oficial.

No somos de los que ven en los Gobiernos providencias responsables, obligadas á tener su atención fija en la hoja del árbol que agita el menor soplo del viento. Sabemos que ciertas labores, por demasiado complejas deben delegarse en agentes numerosos y aptos.

Tampoco desconocemos estas cualidades en

las personas electas para la distribución de los socorros previos, pero reconocemos también en lo que valen los nobles sentimientos y ardor infatigable para hacer el bien, desplegados por los particulares, que espontáneamente, muchos de ellos con sus propios recursos y sólo por altruismo, se dedicaron á remediar las necesidades urgentes en nuestra población á raíz de la catástrofe.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUANAJUATO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Señora del Moral Viuda de Jiménez.—Don Indalecio Noriega.—Otros Filántropos.—El Pan de la Prensa.

No queremos cerrar este capítulo sin rendir el debido homenaje á las personas que se hicieron acreedoras á gratitud eterna, por sus sentimientos compasivos, manifestados por hechos numerosos, en pró de las innumerables víctimas del 1º de Julio.

Al consignar aquí algunos nombres, verificamos un acto de justicia y de seguro nos hacemos intérpretes de la gratitud de muchos.

La Señora Antonia del Moral Viuda de Jiménez es una respetable dama bien conocida de la sociedad guanajuatense, por sus elevados sentimientos de caridad y altruismo.

Poseedora de abundantes recursos, en situa-

ción normal los emplea con mano pródiga en sostener casas de beneficencia, en ayudar familias pobres y en aliviar por todos los medios la situación de la inmensa pléyade de los que sufren.

Era natural que en la situación creada por la catástrofe, esos nobles sentimientos encontraran vasto campo en que desplegarse.

Efectivamente, como órgano de otras personas filantrópicas y de su propio peculio, con supremo tacto, con mucha discreción y delicadeza, repartió grandes sumas que fueron á los hogares á iluminar el porvenir, á secar el llanto y á llevar una bienhechora tranquilidad.

Son incontables los beneficios repartidos por esta dama, que ha logrado resolver el problema de cuál es el empleo más noble de la riqueza y se considera á sí misma como la administradora de los bienes que pertenecen á los que sufren.

Noble también fué la tarea del caballero español Don Indalecio Noriega, que tomó á su cargo el sustento de *todo un barrio* (el del Hinojo) y atendió á la conservación de muchos pobres seres que quizá sin él hubieran pasado por innumerables sufrimientos.

El Hinojo fué el único barrio habitado exclusivamente por obreros y gente de la última clase social; allí fué donde, por excepción, hubo indigencia extrema y hubo hambre. El Señor Noriega arriesgó su vida en los momentos de la catástrofe por salvar las vidas ajenas y después atendió al sostenimiento de todos los que necesitaban sus espontáneos auxilios. Llevó su bondad hasta hacer la limpia de varias calles por su cuenta exclusiva.

Con verdadera simpatía estampamos aquí su nombre, ese nombre que conservarán mucho tiempo con gratitud los habitantes del Hinojo.

Entre estos hechos recordamos también con enternecimiento la acción de un periódico humilde, el "Stentor," de Silao.

Durante mucho tiempo estuvo enviando diariamente á la redacción del "Barretero" sacos de pan, que eran repartidos entre los indigentes del Hinojo.

Tuvimos varias veces la oportunidad de asistir y de hacer estos repartos. Viejecitas temblorosas, niñitos pálidos, madres é hijos quizás de los que allí perecieron, ocurrían á recibir el humilde óbolo, hecho con verdadero cariño.

Los pobres conocían la hora del reparto y se

agrupaban esperándolo. Sabían también su origen y lo llamaron el "Pan de la Prensa."

Pudiéramos citar aquí otros nombres, como el del infatigable Presbítero Ildefonso Portillo, Cura Párroco de esta ciudad, que en vasta escala y de un modo acertadísimo, ejerció la caridad en los días negros; el de los Señores Cumming, Villaseca, etc. etc., pero ya nos ocuparemos de ellos al hablar de la labor de las Juntas Públicas y Privadas de Caridad con el debido detenimiento.

Baste decir que esos nombres y otros muchos, quedaron grabados en los corazones de muchos guanajuatenses, con los indelebles caracteres del agradecimiento.

Pero no terminaremos estas líneas sin consagrar un recuerdo de cariñoso agradecimiento hacia un hombre que es la humildad personificada, y que por su gran caridad ejercida en los momentos más críticos para las víctimas, se atrajo las miradas de gratitud de todo el barrio de San Sebastián.

Nos referimos al virtuoso sacerdote Don Jorge López, capellán del templo de San Sebastián, de quien Guanajuato entero hace dignos y merecidos elogios.

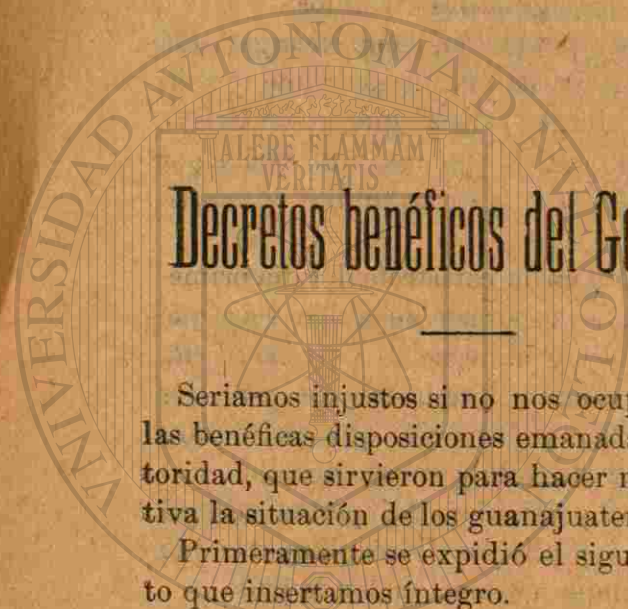
Un periódico, que nada tiene de católico por cierto, se expresa de este verdadero apóstol de Jesucristo en los siguientes términos:

"Hay en esta población, como encargado del templo de San Sebastián, un sacerdote humilde, llamado Jorge López, que, como Cristo, no alterna sino con los pobres, y no recibe por lo tanto ni las dádivas ni los mimos de la aristocracia.

Ese sacerdote en la catástrofe del día primero, como era de esperarse de quien sabe que su ministerio es de abnegación y de sacrificio, y no de comodidades, prestó muchos servicios á los vecinos de aquel barrio, que casi desnudos alojó en el templo y en su humilde, humildísima casa particular. Allí permanecieron toda la noche, y allí les llevó alimentos que consiguió, aunque escasos, en donde pudo.

Ese sacerdote, decimos, en el momento del peligro andaba descalzo, y en calzoncillo y camisa, metiéndose al agua para salvar á quien de él necesitaba.

Con razón el Nazareno, el divino filósofo de Galilea, prohibió á los que quisieran de veras ser sus discípulos, que tuviesen riqueza, porque ésta siempre trae comodidades y apego á la tierra; y los ministros cristianos no han de tener sino virtudes, que son las joyas riquísimas del alma."



Decretos benéficos del Gobierno.

Seríamos injustos si no nos ocupáramos de las benéficas disposiciones emanadas de la autoridad, que sirvieron para hacer menos aflictiva la situación de los guanajuatenses.

Primeramente se expidió el siguiente decreto que insertamos íntegro.

“Gobierno Constitucional del Estado libre y soberano de Guanajuato.—Sección de Hacienda.

El C. Lic. Joaquín Obregón González, Gobernador Constitucional del Estado libre y soberano de Guanajuato, á los habitantes del mismo, sabed:

Que en uso de las facultades que otorgan al Ejecutivo el artículo 572 de la Ley de Hacien-

da del Estado y 96 adicionado de la Municipal, y á fin de aliviar en parte la situación de los habitantes de esta ciudad, gravemente afectada con las recientes inundaciones, he tenido á bien decretar lo siguiente:

ARTICULO PRIMERO. Por el término de 6 meses que comprenden los tres bimestres de 1º de Julio á 31 de Diciembre, se exceptúan todas las fincas urbanas de la Capital del Estado, del impuesto predial á que se refiere el artículo 4º de la Ley de Hacienda, condonándose los rezagos y demás adeudos que por el expresado motivo tuvieren.

ARTICULO SEGUNDO. Por el mismo plazo y en iguales condiciones, se exceptúan todos los establecimientos mercantiles de la Capital, del impuesto sobre ventas á que se refieren el precepto 158 y demás relativos de la citada ley, comprendiéndose también en esta exención la del derecho de Patente Municipal y condonándose de igual manera los demás adeudos que con motivo de los mencionados impuestos tuvieren tales establecimientos.

Por tanto, mando se imprima, publique y circule para su debido cumplimiento.

Palacio del Gobierno del Estado en Guanajuato, á 5 de Julio de 1905.—*Joaquín Obregón González.*—*Nicéforo Guerrero, Secretario.*”

El decreto anterior encaminado á favorecer á las clases más perjudicadas (propietarios de fincas urbanas y comerciantes) es oportuno y liberal.

No todas las fincas ni todos los propietarios sufrieron en el desastre, ni todos los comerciantes fueron perjudicados y sin embargo, el decreto es general y extensivo á los rezagos, lo cual evitó una clasificación dilatada que hubiera quitado su eficacia á la medida.

Poco después se expidió esta otra disposición:

“Gobierno Constitucional del Estado libre y soberano de Guanajuato.—Sección de Gobernación.

El C. Lic. Joaquín Obregón González, Gobernador Constitucional del Estado libre y soberano de Guanajuato, á los habitantes del mismo, sabed:

Que en uso de las facultades concedidas al Ejecutivo y animado del vehementísimo deseo de aliviar la triste situación de los habitantes de esta Capital, especialmente la de la clase desvalida y menesterosa, cuyas necesidades habituales las obligan á empeñar sus prendas de uso personal más indispensables y sus útiles de trabajo, he tenido á bien decretar lo siguiente:

ARTICULO PRIMERO. Sin exigir el importe del préstamo é intereses vencidos, el Monte de Piedad de esta Ciudad devolverá á los interesados las prendas que con motivo de la inundación hayan sufrido el menor deterioro.

ARTICULO SEGUNDO. Quedan comprendidos en los beneficios del artículo anterior:

Las planchas.

Herramientas.

Útiles de labranza.

Máquinas de coser.

Id. de escribir.

Muebles y

Relojes, siempre que se haya introducido el agua á sus máquinas y el préstamo é intereses no llegue á veinte pesos cada uno.

ARTICULO TERCERO. No están comprendidas en este decreto las alhajas y objetos de oro y plata que por su propia naturaleza no sufren demérito.

ARTICULO CUARTO. Se fija un plazo de tres meses, contados desde la fecha de este decreto, para que los interesados se aprovechen de las franquicias que él otorga.

ARTICULO QUINTO. Para disfrutar las prerrogativas de este mandato, es requisito indispen-

sable la presentación de la boleta, en cuyo reverso y bajo su firma expresará el interesado que se le devuelve su prenda, firmando esas notas, en caso de no saberlo hacer el propio interesado, el Auxiliar del barrio donde aquel tenga su domicilio.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Dado en el Palacio de Gobierno en Guanajuato, á once de Julio de 1905.—*Joaquín Obregón González.*—*Nicéforo Guerrero, Secretario.*”

La clase menesterosa fué principalmente beneficiada en esta disposición, que aunque no fué, como hemos dicho, la más perjudicada, sin embargo, por sus pequeños recursos, debía sentir hondamente la crisis.

Se aumentó después el alcance del decreto aun á las prendas que estando en idénticas condiciones no sufrieron ningún deterioro, y sus resultados pudieron apreciarse por la larga fila de gente menesterosa, parada días y días á las puertas del Monte de Piedad.

Por último, se empezaron á tomar medidas encaminadas á la seguridad futura de la población, y entre ellas se ordenó introducir ciertas mejoras en el trazo y nivelación de las calles inundadas.

A ellas se refiere el siguiente decreto:

“Gobierno Constitucional del Estado Libre y Soberano de Guanajuato.— Sección de Gobernación.

EL C. LIC. JOAQUIN OBREGON GONZALEZ, Gobernador Constitucional del Estado Libre y Soberano de Guanajuato, á los habitantes del mismo, sabed:

Que, considerando conveniente introducir algunas mejoras en el trazo y nivelación de la vía pública en la zona de la ciudad alcanzada por la inundación de 1º del corriente, y que para ese fin la reconstrucción de los edificios destruidos totalmente ó en parte por la acción de las aguas, debe ejecutarse en lo sucesivo con sujeción á ciertas reglas, he tenido á bien determinar lo siguiente:

1ª—Ningún propietario podrá emprender la reconstrucción de un edificio arruinado ó la construcción de una obra nueva, sin el permiso del I. Ayuntamiento.

2ª—Dicho permiso se obtendrá mediante solicitud presentada por el interesado ó por su representante, al Presidente de la Corporación.

3ª—La solicitud á que se refiere la disposi-

ción anterior, deberá ir acompañada con el proyecto de la obra de que se trate, comprendiendo: los planos y secciones verticales desde la base de los cimientos, la descripción del terreno del sub-suelo y noticia de la forma en que se emplearán los materiales.

4^a— Los proyectos serán examinados por el Ingeniero Inspector de Obras, y según su dictamen, la autoridad concederá ó negará el permiso, haciendo las observaciones que procedan, dentro de los quince días siguientes á la fecha en que sea presentada la solicitud.

5^a— Después de concedido el permiso para la ejecución de la obra, el Ingeniero inspector señalará sobre el terreno la línea de fachada y la acotación del piso, de acuerdo con el nuevo plan de arreglo de las calles inundadas.

6^a— Si con las modificaciones que sufra la vía pública fuere necesario ocupar terreno de particulares, se harán las indemnizaciones respectivas conforme á las disposiciones referentes á expropiación por causa de utilidad pública.

Por tanto, mando se imprima, publique y circule para su debido cumplimiento. Dado en

el Palacio del Gobierno del Estado en Guajuato, á 20 de Julio de 1905.

Joaquín Obregón González.

Nicéforo Guerrero, Secretario.

Como se vé, este decreto, aunque restrictivo de la libertad de los particulares, tiene por objeto tomar las precauciones necesarias para empezar la obra de dar seguridad, á la vida de la población, obra que está en el deber del Gobierno llevar completamente á feliz término y que es de esperarse que muy pronto se llevará.

Así fué como la acción del Gobierno en su esfera, la filantropía particular en la suya, la acción combinada del Ejecutivo Federal mandando oportunamente hombres de trabajo y de todo el país enviando recursos de todo género, aliviaron la situación amarga creada por la catástrofe y aplicaron con mano bondadosa á la ciudad herida la primera cura.

En un período de tiempo relativamente corto la ciudad se vió, si bien llena de huecos y de ruinas, por lo menos limpia y con los indis-

pensables servicios públicos, y los habitantes se vieron, si no salvados definitivamente de la crisis, por lo menos aliviados en su terrible situación y con la esperanza de más radicales remedios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Caridad.

Historia del movimiento filantrópico en pro de las víctimas de Guanajuato.

A medida que la humanidad se eleva á la cumbre de la civilización, la atmósfera luminosa que la envuelve nos muestra que ya no es un inmenso conjunto de hombres aislados por el egoísmo ó cuando más, un amontonamiento de grupos separados entre sí, más que por la distancia, por la frialdad y por el odio. Lejos de eso; nos cabe la satisfacción de contemplar en nuestro siglo á la familia humana, agrupada como un colosal organismo, en que las moléculas y los átomos se enlazan entre sí por la fuerza de cohesión de la simpatía y del altruismo, de modo que mientras más avanza esa humanidad en su marcha, más tiende á

ENTREGA 13ª

convertir el mundo en la inmensa Patria del Amor Universal.

Si aún subsisten las barreras políticas entre los pueblos, ya no son suficientes para aislar el sentimiento expansivo de la fraternidad humana, que como la mancha de aceite, busca espacio donde extenderse; aún separan á las naciones los límites impuestos por la naturaleza, las cadenas de grandiosas montañas y la extensión infinita de los mares; pero por encima de las crestas de las unas y á través de la inmensa superficie de las otras, la Humanidad se busca, se tiende los brazos, se conoce y se ama y ríe con el goce de todos los pueblos y llora con las catástrofes de todos los hombres.

La boca apocalíptica de una montaña, vomita torrentes de lava sobre los habitantes de una de las Antillas; el cielo despiadado manda la destrucción y la muerte, en forma de rojizos torrentes, sobre una ciudad mexicana; el suelo se sacude con furia y deja sin pan ni hogar á algunos millares de habitantes de la Calabria y á cada uno de estos sucesos de dolor y de sangre, la prensa, por sus múltiples bocas, lleva la noticia, enciende la chispa de la caridad y entona la elegía del desastre; los cables eléctricos, como si fueran el sistema nervioso del mundo, por encima de las cumbres y por del bajo de los océanos, vibran como nervios sen-

sitivos, con una vibración dolorosa: el *ay* de las víctimas se propaga y así es como, por la desgracia de unos cuantos, toda la Humanidad se estremece.

Con un movimiento reflejo, al dolor sucede la compasión, la filantropía enjuga con un beso las lágrimas de los que sufren y cariñosamente se extiende el velo de la caridad sobre el tremendo espectáculo de la catástrofe.

El desastre del 1º de Julio es una prueba palpable de lo que dejamos asentado en las anteriores frases. Por su magnitud, atrajo sobre sí la atención, no solamente de las entidades federativas hermanas de la nuestra, sino de muchos Gobiernos y pueblos extranjeros de allende los mares, que mandaron su óbolo en aras de la filantropía y en mucho ayudaron en la noble tarea de consolar á la ciudad herida.

S. M. Guillermo II, Emperador de Alemania, apenas tuvo conocimiento del desastre, se apresuró á ordenar por telégrafo al Sr. Barón Von Wangenheim, Ministro Alemán en México, enviara como donativo de su tesoro particular, la suma de 1.000 marcos, que el Gobierno Federal trasmitió á su vez á esta ciudad.

La República Francesa envió 1.500 francos (587 pesos 31 centavos) la vecina República de Guatemala 4.000.00 pesos de nuestra moneda y el Sr. Otto Reinbeck, encargado de Ne-

gocios de Honduras, mandó \$100.00 por mandato de su Gobierno. El nuestro correspondió dando las gracias á tan generosos donantes, "por las muestras de altruismo, que tan alto hablan en favor de solidaridad humana y de la fraternidad Universal."

Ya hemos hablado del donativo del Gobierno Federal, de \$30.000.00 tan generoso y oportuno.

Hablamos también en otro sitio de los Gobiernos de los Estados, 25 Entidades Federativas mandaron donativos de diversa cuantía, que entre todos ascendieron á \$73.500.00, siendo el Estado de México quién mandó mayor suma (20.000.00) gracias al afecto que á esta tierra profesa el actual Gobernador de dicho Estado, Don Fernando González y al interés que se temó por aliviar la aflictiva situación de los Guanajuatenses.

4 Ayuntamientos foráneos (el de México, el de Monterrey, el de Huahuises, N. L. y el de San Ciro S. L. P.) enviaron en conjunto la cantidad de \$24,940.89 y las Tesorerías Municipales de todos los Distritos de nuestro Estado pudieron ministrar la cantidad de \$81,658.26.

La sacra chispa de la caridad estaba encendida y su calor se propagó á todo el organismo social. No hubo clase que no estuviera representada entre la lista de los benefactores;

los donativos particulares afluían al fondo de las víctimas y así el banquero acaudalado como el heroico obrero, llevaban su donativo, igualmente apreciable, al fondo común é inscribían su nombre en la lista de los donantes.

En todas partes se desarrollaban los episodios conmovedores de la caridad. Por una parte las Colonias Extranjeras residentes en México y las Mexicanas residentes en el Extranjero, mandaban sus donativos, estas últimas como un tributo á la patria ausente y un testimonio de afecto por los hermanos que sufrían; por otra, las Instituciones de Crédito, las fuertes casas de Comercio, los representantes de la Industria, mandaban también gruesas sumas á las víctimas.

La Colonia Guanajuatense residente en México, organizó un paseo de Caridad en que se vieron actos de altruismo verdaderamente conmovedores: las *Charamusqueras* vertiendo en el carro de Caridad los centavos penosamente ganados y un peladito, un *guanajua* dolorido por las penas de su querida tierra, fué á rogar con las lágrimas en los ojos aceptaran como donativo su pobre camisa, *pues no tenía otra cosa que dar á sus paisanos.*

En todos los ámbitos de la República se organizaron funciones teatrales de todo género, corridas de toros, exhibiciones de cinemató-

grafo, etc. etc. cuyos productos se destinaban al fondo de los inundados.

Los estudiantes de ambos sexos en los planteles superiores de Guanajuato y los alumnos de la Escuela de Instrucción Secundaria de León, se despojaron de los premios que el Gobierno concede á sus afanes para ceder su valor á las víctimas.

Los periódicos de todo el país abrieron sus columnas á las suscripciones y allí, como en una arca santa, se acumularon los pequeños donativos, las dádivas benditas de los pobres.

"El Imparcial" de México, organizó un concierto en la capital con brillante éxito; el mismo periódico organizó una corrida de toros, en que los diestros mexicanos y españoles se disputaron la satisfacción de ceder su trabajo á las víctimas y en que los principales ganaderos del país obsequiaron sus mejores toros con el mismo noble fin. La fiesta produjo veintitantos mil pesos.

En una palabra, compañías de espectáculos, logias masónicas, sociedades mutualistas y mercantiles, la Banca, el Comercio, la Industria, la Juventud estudiosa, los ricos y los menesterosos, todos los que sintieron simpáticamente latir su corazón con la desgracia ajena, contribuyeron á formar ese fondo que sirvió después para enjugar muchas lágrimas, reedificar mu-

chos hogares y reconciliar con la vida muchas almas desesperadas.

El día 31 de Agosto de 1905, es decir, 2 meses después del desastre, había reunidos \$400.580.82 provenientes de las siguientes partidas:

Gobiernos Extranjeros.....	\$	5.168.77
Gobierno General.....	„	30.000.00
Gobernadores de los Estados.....	„	73.500.00
Ayuntamientos foráneos.....	„	24.940.89
Tesorerías Municipales del Estado.....	„	81.658.26
Colonias Extranjeras.....	„	14.713.89
Colonias Mexicanas en el Extranjero.....	„	747.64
Instituciones de Crédito.....	„	14.100.00
Cámara de Comercio del Saltillo.....	„	1.400.00
Compañía fundidora de fierro y acero en Monterrey.....	„	100.00
Diversiones públicas.....	„	8.403.26
Establecimientos de enseñanza.....	„	3.457.01
Juntas oficiales de socorros.....	„	78.674.77
Logias.....	„	103.32
Negociaciones Mineras.....	„	10.122.00
Particulares.....	„	26.753.35
Sociedades.....	„	1.729.08
Varias poblaciones.....	„	25.108.58
Suma.....	\$	400.580.82

Después del 31 de Agosto se recibieron \$11.708.47 y después continuó aumentando la cantidad durante algún tiempo con sucesivas remesas.

Las sumas que hemos citado son solamente las que se remitieron directamente al Gobierno de Guanajuato para ser repartidas por la Junta Central de Auxilios y Socorros, sin contar los innumerables donativos remitidos á las Juntas extra-oficiales y las considerables cantidades repartidas por la caridad particular, que de ser sumadas á las otras arrojarían (lo asentamos sin temor de equivocarnos) un total de mucho más de medio millón de pesos.

Compárese el anterior resultado con los que se mencionan en las siguientes palabras del Lic. Carlos Chico, en su discurso de contestación al Informe del Ejecutivo, en la apertura del último período de sesiones del Congreso:

“Era el 5 de Julio del año de 1760, por cierto días antes que se descubriera la gran Mina de Valenciana, que llegó á admirar, en aquel entonces, al mundo, por la profundidad de su tiro y por su grande producción de plata. Era ese 5 de Julio, repito, y esta ciudad se inundaba, con proporciones menores; pero casi iguales á las del actual desastre; y no teniendo las arcas públicas fondos de que disponer, se ocurría al arbitrio del “préstamo forzoso” entre

los vecinos acomodados, con lo que se obtuvieron unos cinco mil pesos.

Era el 20 de Agosto de 1873, y acometida la ciudad por una corriente extraordinaria también; pero mucho menor que la del siglo antepasado, y con mayor razón menor que la que acabamos de ver, produjo otra inundación memorable; y de las arcas públicas, y de fuera del Estado, pudieron reunirse y repartirse á las víctimas al rededor de ciento cincuenta mil pesos.”

El resultado de esta comparación habla muy alto en favor de la Humanidad, que cada vez estrecha más sus lazos de afecto y á través de fronteras y de obstáculos se une en el grandioso abrazo de la fraternidad universal y late con un solo corazón por todas las alegrías y todas las desgracias.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

LA DISTRIBUCION DE LOS FONDOS.

La Junta Central de Auxilios y Socorros.

Magna era la tarea de distribuir y distribuir bien, las sumas que la caridad había allegado para el socorro de las víctimas de la catástrofe del 1º de Julio.

Entre las agrupaciones que funcionaron con tal objeto, nos ocuparemos en primer lugar de la Junta Oficial de Auxilios y Socorros, sobre la cual pesó la complexa y delicada tarea de repartir las sumas remitidas al Gobierno, de que nos hemos ocupado especialmente en el capítulo anterior. He aquí en qué consistió la tarea de esta Junta: repartir la suma de \$408,000.00 entre los perjudicados por las aguas de la inundación; verificar este

reparto rápida y equitativamente, teniendo por únicos datos la intención de los donantes y la necesidad de los donatarios: averiguar, por tanto, los nombres del inmenso número de víctimas, sus respectivas pérdidas, sin dejarse engañar por falsas apariencias y una vez conocidas dichas necesidades, aplicar á ellas el fondo disponible, sin incurrir en injusticias ni omisiones, dando á cada cual lo que según su estado pecuniario, sus necesidades y su pérdida, era justo aplicarle.

Sigamos paso á paso los medios de que se valió la Junta Central para conseguir este resultado.

Organización de la Junta Central de Auxilios y Socorros—Esta agrupación, como ya saben nuestros lectores, se creó á iniciativa del Gobernador del Estado al mismo tiempo que la Junta de Señoras, cuya misión se redujo á repartir una suma de dinero para aliviar las necesidades urgentes.

El día 3 de Julio quedó instalada la de caballeros con el personal siguiente: Presidente, Eduardo Pesquera; Primer Secretario, Ricardo Rubio; Segundo y tercer Secretarios, Lics. Bonifacio y Juan Olivares; Tesorero, C. José P. Bustamante; Vice-presidente, Pío R. Alatorre; Vocales, todos los caballeros presentes en la referida Junta.

Entre los acuerdos interesantes que en la primera sesión se tomaron, hay que mencionar los siguientes: siendo diversos los fines que la Junta se proponía, sus miembros se dividieron en varias comisiones á saber: "*Comisión de Auxilios y Socorros*" Con objeto de atender á las necesidades urgentes, distribuir alimentos, herramientas, pequeñas sumas de dinero, etc. entre las personas que quedaron en peor situación. Se nombraron á los Srs. E. Glenie, L. de Silva, A. Delgado, A. Lomelín, C. Cervantes, F. Saavedra, G. López Mendía, E. J. Cumming, M. Luna, P. Parkman, J. J. de Silva., E. Gómez, F. Parkman y L. G. López, para que de dos en dos, recorrieran las calles para enterarse así mejor de las necesidades y aplicarles remedio. "*Comisión de Salubridad.*" Encargados de velar por la higiene pública, á causa de los temores que se abrigaban del desarrollo de una epidemia. La formaron el C. Coronel Cecilio F. Estrada, Claudio Obregón y Lic. Antonio Alcocer, asociados á varios facultativos. "*Comisión Colectora de Donativos.*" Se formó con objeto de coleccionar fondos para las víctimas dentro de la capital, independientemente de la acción oficial. 13 caballeros, entre ellos 6 de la colonia americana, integraron esta Comisión. Por último, se formó también una "*Comisión de Plan General,*" con encargo

de formular uno apropiado para remediar los males de la ciudad. Fué integrada por 6 ingenieros.

De este modo quedó organizada la Junta Central de Auxilios y Socorros.

Pudiéramos éxtendernos sobre los incidentes que surgieron con motivo de la separación de algunos miembros de ella, á causa de que no estuvieron conformes con algunas de las medidas adoptadas. De tales incidentes se ocupó extensamente la prensa local y metropolitana y la Junta publicó algunas hojas sueltas aclaratorias, sosteniendo que no se había desorganizado.

Siendo inoportunos y extemporáneos los comentarios que pudiéramos hacer á este respecto, nos contentaremos con advertir que el personal de la referida Junta se modificó varias veces y que al dar cima á sus labores, formaban parte de ella algunas personas de fuera de la ciudad que posteriormente á las primeras sesiones, entraron á sustituir á los que se separaron.

Veamos ahora como se hizo el reparto de auxilios

Para averiguar el monto de las pérdidas, la Junta recurrió al expediente de las manifestaciones, hechas por los mismos interesados, ex-

pediente que también fué usado en la inundación de 1873.

Se fijaron profusamente en la ciudad, avisos de la Junta, previniendo á los perjudicados que dentro de un plazo determinado, dirigieran al C. Secretario una manifestación que contuviera: monto de la pérdida de cada uno, su causa, especificación de objetos perdidos y las razones en que cada cual fundaba su derecho á los auxilios.

De este modo se consiguió tener los datos, suministrados por los interesados, de todos los perjuicios causados por la inundación, quedando fuera solamente aquellos que por demasiada ignorancia no supieron hacer sus manifestaciones y los que, por su favorable situación pecuniaria, no quisieron acudir en demanda de auxilios por sus pérdidas.

Presentadas las manifestaciones referidas, la Junta tuvo conocimiento cabal de las pérdidas, pero ¿qué crédito debían merecer estos datos, suministrados por los mismos perjudicados? Si había innumerables personas francas y honradas que no exageraron sus perjuicios, en cambio debió haber también muchos que aumentaron inconsiderablemente el monto de sus pérdidas con objeto de lograr mayor suma de socorros. A fin de subsanar esa dificultad, se formó una Junta Calificadora de manifesta-

ciones, encargada de emitir su voto sobre cada una de las presentadas, modificándolas, reduciendo su monto ó desechándolas, todo según su buen juicio y su leal saber y entender. Tarea delicada y difícil por demás la de esta Junta, que para ejecutar bien su cometido, debió reunir á la más estricta imparcialidad, el más completo conocimiento de las circunstancias personales de cada manifestante, para deducir de ellas su veracidad y por tanto el crédito de que cada cual era digno. Si algunas críticas pueden hacerse al reparto de donativos, sólo á esta parte de la labor son imputables, pues una vez fijados por la Junta Calificadora los perjuicios, se siguió para la indemnización una prudente y justa proporción, de que luego nos ocuparemos.

Siendo, como hemos dicho, la calificación de las manifestaciones, la parte más árdua y de mayor responsabilidad en la tarea, varios periódicos aconsejaron á la Junta se valiera de auxiliares, personas fidedignas, vecinos de cada calle, que con mayor acierto pudieran opinar sobre sus respectivos convecinos, dando datos á la referida Junta sobre la veracidad, situación pecuniaria, etc., de esos convecinos, para guiar así el juicio de aquellos que por sí solos, si nó arbitrariamente, si con poco conocimiento de causa, hicieron la calificación.

Si después del reparto se notaron algunas deficiencias en él, como omisiones, desproporción favorable ó adversa entre lo que algunos perdieron y lo que se les dió, repetimos, se debe sólo á los errores en que por falta de datos incurrió la Junta al calificar las manifestaciones, pues como dejamos asentado en las operaciones posteriores se siguió una proporción teóricamente justa.

No tenemos datos (pues la Junta respectiva no los ha publicado) sobre la cantidad total de las pérdidas manifestadas, antes de ser esas pérdidas calificadas, pero creemos que debió ascender esa cantidad (antes de la calificación) á un millón de pesos aproximadamente, suma que la Junta tuvo por exajerada, por lo cual la redujo á \$655.490.00. Siendo el total de los fondos colectados para los socorros de \$408.0000.00, hay en contra de las víctimas una diferencia de \$247.490.00, esto es, una pérdida real, déficit que no podía ser indemnizado y que las víctimas deberían resentir. Desde luego salta á la vista que no hubiera sido justo repartir en igual proporción el dinero y las pérdidas entre perjudicados de tan diversas circunstancias personales, pues además de estos datos (monto de los auxilios y monto de los perjuicios) se debió tener en cuenta la intención de los donantes (socorrer de preferen-

cia á los que más lo necesitaran) y por tanto, un elemento importante para el buen reparto era la distribución proporcional al grado de necesidad de cada perjudicado.

Estas ideas presidieron la formación del proyecto de distribución, salvo algunos puntos de que luego hablaremos.

El C. Gobernador, cuya inspiración siguió la Junta en casi todas sus labores, presentó el proyecto de reparto de fondos y en la sesión de la Junta de Auxilios y Socorros, que se verificó el 14 de Agosto de 1905, pronunció sobre este particular las siguientes palabras:

"SEÑORES:

Me es muy grato veros nuevamente en contorno mío, después de tan cortos días, para dar cima á una obra grandiosa de caridad que llevará el consuelo y el alivio, si es posible, á multitud de familias y personas infortunadas que fueron víctimas del terrible sacudimiento de la Naturaleza que asoló á esta importante ciudad de Guanajuato, capital del rico Estado del mismo nombre. Habeis desempeñado nuestro cometido con una abnegación, con una prudencia y con un tacto que son ciertamente laudables y que la Nación entera apreciará debidamente haciendo justicia. Sin duda el Pri-

mer Magistrado de la República y sus dignos colaboradores, con ese solícito celo que los distingue cuando se trata de los grandes intereses del pueblo y del bien procomunal, iniciaron y dieron tono á ese movimiento tan uniforme, tan acelerado y tan eficaz en que la República toda y la caridad nacional han acudido á nuestro auxilio. Hay repartibles en este momento cuatrocientos ocho mil pesos, y deduciendo ciento ochenta y tantos mil que se destinan para las manifestaciones de reparación de edificios, según apreciaciones juiciosas de la Junta Calificadora, quedan repartibles inmediatamente y se repartirán en la forma que vuestra prudencia tenga á bien adoptar, doscientos y tantos mil pesos, que serán distribuidos en un término que no exceda de tres á cuatro días. Esto después de haber repartido en estos días ocho mil pesos á los perjudicados más pobres; quince mil pesos por las Juntas oficiales de Señores y Señoras, y haberse distribuido y comprado mucho maíz y otros cereales y provisiones, y de haberse pagado de fondos de la exclusiva propiedad del Estado muy crecidos gastos extraordinarios que determinó como apremiantes é indispensables la catástrofe de que fué víctima la ciudad. Después de haberse empleado en herramientas y máquinas de coser al derredor de ocho mil pesos que remitió á la

Junta de Señoras que preside mi esposa, la digna y caritativa dama Señora Romero Rubio de Díaz; después de las concesiones hechas por el Gobierno en uso de sus facultades, que ascienden á mucho más de cien mil pesos, y de cuyas concesiones se dará cuenta á la H. Legislatura del Estado en el próximo periodo de sesiones.

Vosotros comprenderéis que la aplicación de los fondos no podía tener el carácter de una restitución *in integrum*, es decir, restitución de las cosas al estado preciso que tenían antes de haber sobrevenido el daño, porque ni los fondos bastarían para ese efecto, ni fué otra la intención de los donantes que socorrer á los necesitados y desvalidos, y no de manera alguna conservar á cada cual ileso el capital que tenía antes de la inundación, y porque la justicia y la equidad reclamaban invariablemente otro modo de proceder. La intención que ha animado á la H. Junta calificadora, ha sido como era justo y debido, dar proporcionalmente más á los más pobres; socorrer con amplitud á las familias de los que sufrieron la pérdida irreparable de las vidas de sus deudos; ayudar empeñosa y eficazmente al poderoso elemento del trabajo personificado en los artesanos; fomentar el comercio impulsando con un auxilio competente á los que sufrieron una calamidad

que ni depende de la mano del hombre reparar y facilitar violentamente la construcción de los edificios, teniendo en cuenta las justas consideraciones antes expuestas, y bajo el concepto indeclinable que los que reciban dinero con este fin, lo aplicarán á su destino y no se lo llevarán á otra parte, porque no fué el ánimo de los donantes que la ciudad de Guanajuato fuera un puente para que sus donativos fueran encaminados á otras regiones. Por supuesto que á las personas que se les pague el completo valor fiscal de sus fincas, tendrán obligación de dejar el terreno disponible y sin edificar, para ampliación de calles ó para no edificar por estar situadas en lugar á donde necesariamente afluye el agua en la menor crecencia. Tal vez haya habido alguna munificencia en ciertos casos; pero esto se paga con creces de la suma de los fondos concurrentes del Estado, y el Gobierno ha querido y quiere dar una muestra explícita de su adhesión absoluta al pueblo Guanajuatense, procurando que la reparación sea la más completa posible en los términos que estén á su alcance.

Como se han hecho muchos donativos por distintos conductos, cree el Gobierno que todos los que hayan recibido auxilios de todas partes, deben manifestarlo bajo protesta, para que

lo tenga en cuenta la Comisión que les ha de entregar los fondos.

Con estas ideas, tengo el honor de someteros un proyecto de repartición formado por una comisión concedora de la localidad, y que ha consagrado todo su tiempo con unad edicación y patriotismo nunca bien ponderados, al estudio de este negocio."

El proyecto de que habla el Sr. Obregón en el anterior discurso, fué aprobado por unanimidad en la misma sesión y es el siguiente.

PROYECTO de reparto de los fondos colectados para Auxilios de las víctimas de la inundación acaecida el 18 de Julio próximo pasado:

Importe de los donativos colectados hasta la fecha..\$	408,000.00
Importe de las manifestaciones en Guanajuato, según calificación hecha:	
Por muebles perdidos ó averiados.....\$	63,485.00
Por efectos de comercio.....	359,589.00
Por herramientas y útiles de taller.....	41,874.00
Por casas destruidas ó averiadas.....	190,542.00
Suma.....\$	655,490.00

De la suma disponible se aplicará en la forma siguiente:

Para reparación de fincas.....\$	190,542.00
Para cuotas fijas, según especificación al pie.....	9,705.00
Para los inundados de Marfil.....	5,000.00
Para las víctimas que no se han presentado á manifestar sus pérdidas.....	2,722.40
	207,969.40
Diferencia.....\$	200,030.60

Para distribuir en la forma siguiente:

De \$	51 á \$	100 \$	9,828	, integro.....\$	9,828.00
" "	101 " "	200 "	15 555	, 0.700 p 8 pago "	10,888.25
" "	200 " "	300 "	15,460	, 0.685 " "	10,590.10
" "	301 " "	400 "	12 785	, 0.670 " "	8,565.95
" "	401 " "	500 "	15,910	, 0.655 " "	10,421.05
" "	501 " "	600 "	4,710	, 0.640 " "	3,014.40
" "	601 " "	700 "	6,220	, 0.625 " "	3,887.50
" "	701 " "	800 "	9,370	, 0.610 " "	5,715.70
" "	801 " "	900 "	1,750	, 0.595 " "	1,041.25
" "	901 " "	1,000 "	24,000	, 0.580 " "	13,920.00
" "	1,001 " "	1,100 "	1,050	, 0.565 " "	593.25
" "	1,401 " "	1,500 "	16,440	, 0.550 " "	9,042.00
" "	1,601 " "	1,700 "	1,650	, 0.535 " "	882.75
" "	1,701 " "	1,800 "	3,600	, 0.520 " "	1,872.00
" "	1,901 " "	2,000 "	26,000	, 0.505 " "	13,130.00
" "	2,001 " "	2,100 "	2,100	, 0.490 " "	1,029.00
" "	2,001 " "	2,200 "	2,200	, 0.475 " "	1,045.00
" "	2,401 " "	2,500 "	15,000	, 0.460 " "	6,900.00
" "	2,901 " "	3,000 "	29,840	, 0.445 " "	13,278.80
" "	3,001 " "	3,100 "	3,100	, 0.430 " "	1,255.78
" "	3,101 " "	3,300 "	3,255	, 0.415 " "	1,350.82
" "	3,401 " "	3,500 "	7,000	, 0.400 " "	2,800.00
" "	3,901 " "	4,000 "	32,000	, 0.385 " "	12,320.00
" "	4,401 " "	4,500 "	4,500	, 0.370 " "	1,665.00
" "	4,901 " "	5,000 "	10,000	, 0.355 " "	3,550.00
" "	5,901 " "	6,000 "	12,000	, 0.340 " "	4,080.00
" "	8,901 " "	9,000 "	17,920	, 0.325 " "	5,824.00
" "	9,901 " "	10,000 "	10,000	, 0.310 " "	3,100.00
" "	11,901 " "	12,000 "	60,000	, 0.265 " "	17,700.00
" "	14,901 " "	14,000 "	14,000	, 0.280 " "	3,920.00
" "	17,901 " "	18,000 "	18,000	, 0.265 " "	4,770.00
" "	19,901 " "	20,000 "	20,000	, 0.250 " "	5,000.00
" "	29,901 " "	30,000 "	30,000	, 0.235 " "	7,050.00
					\$200.030,60

Especificación de las cuotas fijas:

Manifestación de María Borja Vda. de Zepeda, por haber perecido su esposo.....\$	800.00
----------------------------------------------------------------------------------	--------

Manifestación del Sr. Francisco Gray, por haber perdido todos sus elementos de trabajo y encontrarse en edad avanzada..... 500.00

Manifestación del Sr. Don L. Jouanaud, por encontrarse en el mismo caso..... 300.00

Manifestación de Florentino Miranda por haber perdido cinco hijos y una sobrina..... 1,400.00

Manifestación por perjuicios de la Lotería de la Divina Providencia. 800.00

Manifestación por perjuicios en Casas de Beneficencia, quedando pendiente de auxiliarlas para composuras de los edificios..... 2,365.00

Manifestación de Josefina Rangel, por haber perdido á su madre.. 1,500.00

Manifestación de Maclovio H. Rocha, por haber perdido dos tías teniendo que averiguar quién deberá percibir la cantidad..... 900.00

Manifestación de Guadalupe Serrano Vda. de Fernández, en atención á las circunstancias y al estado que guarda quedando pendiente de auxiliarla para composura de su casa..... 1,140.00

Suma.....\$ 9,705.00

Conforme al anterior proyecto se verificó el reparto de los fondos.

El Sr. José Elizárrague, acompañado del Escribano Público Lic. Don Francisco Vallejo, el Sr. Erasmo Wilson, asociado del Sr. Escribano Don Herculano M. Hernández, el Sr. Eduardo Pesquera, acompañado del Sr. Escribano Luis G. López y este último caballero, en unión del Sr. Austasio López, formaron las comisiones encargadas de pagar á los perjudicados las cantidades que respectivamente les fueron asignadas. Presentaban los perjudicados una cédula y se les entregaba un cheque sobre México por la cantidad á que ascendía el socorro.

El pago de indemnizaciones para la reconstrucción de fincas, se hizo posteriormente y á los agraciados se les hizo firmar una obligación en que afectaban la finca misma en garantía de que la suma sería invertida en la reconstrucción.

Por demasiado extensas no publicamos las listas de las personas socorridas con expresión de la cantidad que cada una recibió, pero el que desee consultarlas las encontrará insertas en el "Periódico Oficial" del Estado, en los números correspondientes al mes de Septiembre próximo pasado y siguientes.

Una vez que nuestros lectores conocen la manera como se hizo el reparto de donativos á las víctimas, las bases que sirvieron para ello y las razones que las justifican, cabe preguntar ¿fué el reparto una obra perfecta? Ninguna humana lo es, y si el hombre, falible por naturaleza, yerra en asuntos rutinarios y fáciles, más debe errar en los inusitados y complexos. ¿Merece, pues, acres censuras? Tampoco lo creemos; hubo irreprochable corrección en el manejo de fondos, prudencia y verdadero deseo de obrar con justicia.

* Convincentes son las razones expuestas para justificar la proporción en que se hizo el reparto segun el monto de pérdidas, pues es obvio que más necesitaba de la indemnización íntegra el que perdió \$50.00, su único capital, que el que perdió \$50,000.00 si aún le quedaba medio millón de reserva. Si en esta parte hubo de hecho algunas desproporciones que el vulgo calificó de injusticias, débense, como hemos dicho, no al plan de reparto lógicamente concebido, sino á los errores de la Junta Calificadora, que no estuvo ni pudo estar en situación de dar en todos casos acertadas opiniones, pues hubiera sido imposible que sus miembros conocieran á todos y cada uno de los manifestantes tan íntimamente, al grado de poder, sin auxilio extraño, dictaminar sobre las circuns-

tancias personales, estado pecuniario exacto, grado de veracidad, etc, de cada uno. Hubiera sido de desearse que se asesoraran de personas, aunque extrañas á la Junta, fidedignas y más conocedoras de las circunstancias personales de cada manifestante, para dar un dictámen acertado en cada caso particular.

En cuanto á la parte destinada á los inundados de Marfil, compra de herramientas y útiles de trabajo y socorros á los deudos de los muertos en la catástrofe, no creemos sea objeto de las censuras de nadie.

Respecto á la indemnización íntegra á los propietarios de fincas destruidas, no encontramos razones de suficiente peso para convencernos de que su situación no era igual á la de aquellos que perdieron otra clase de bienes y que no fueron indemnizados íntegramente. ¿Por qué al que perdió una casa le dan completo su valor y al que perdió la misma cantidad en mercancías, aunque esté en idénticas circunstancias personales, sólo se le dá una parte? Atendiendo únicamente á la necesidad, hay presunción de que la tiene menor el propietario de bienes raíces, que generalmente forma parte de la clase acomodada.

El Sr. Gobernador, buscando una razón, contesta: «porque los que reciben dinero para reconstrucciones, lo aplicarán á ellas y no se lo

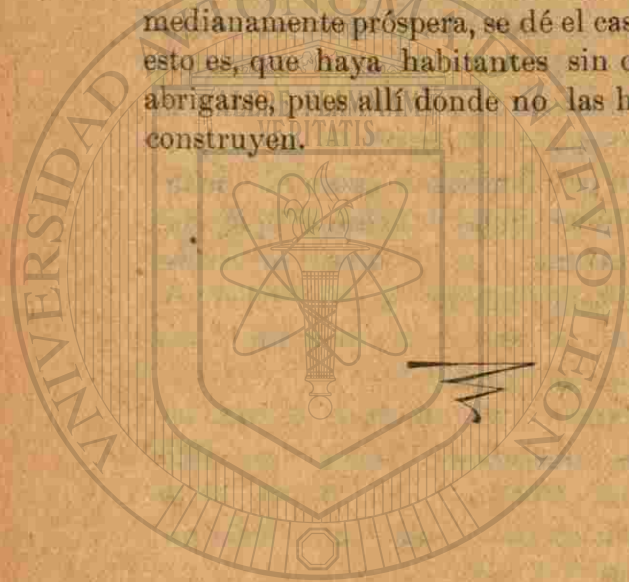
llevarán á otra parte, porque no fué la intención de los donantes que la ciudad de Guanajuato fuera un puente para que sus donativos fueran encaminados á otras regiones.» Sólo el patriotismo y el amor que el Sr. Obregón profesa á esta tierra, pudieron dictarle estas palabras; la intención de los donantes, expresada en los telegramas de remisión de fondos, sólo habla de víctimas y necesitados y no de propietarios y no propietarios de casas; los donantes quieren aliviar males de personas aquejadas de una gran desgracia y no favorecer la reconstrucción y embellecimiento de una ciudad; socorren á los guanajuatenses no por guanajuatenses, sino por víctimas.

Por tanto, una vez cumplido el fin, esto es, socorridas las necesidades, creemos que poco importará á esos donantes si el dinero de los socorros se consume en Guanajuato ó va á parar á apartadas regiones.

En una palabra, sólo el deseo de que Guanajuato se reconstruya prontamente, pudo dictar esta *restitutio in integrum* excepcional, á favor de los propietarios de casas, que en verdad salieron, respecto de los demás perjudicados, amplia y liberalmente beneficiados. ®

Sin esta favorable disposición ¿se hubieran reconstruido los edificios? Creemos que sí, pues aquellos que careciendo de fondos para ello,

hubieran vendido sus terrenos, pues los edificios son necesarios en cuanto haya población suficiente para habitarlos, pues si se puede dar el caso, en una población decaída, de que existan casas deshabitadas, no creemos que en una medianamente próspera, se dé el caso contrario, esto es, que haya habitantes sin casas en qué abrigarse, pues allí donde no las hay ellos las construyen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE B



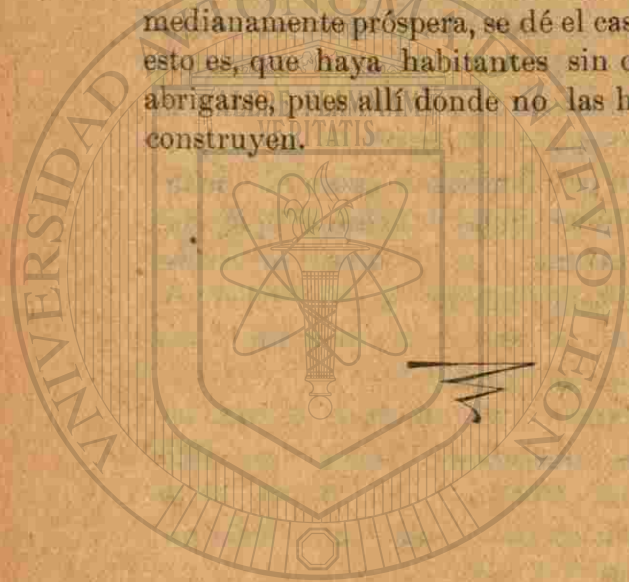
Otros centros repartidores de auxilios.

Independientemente de la Junta Central, órgano distribuidor de los donativos remitidos por la vía oficial, funcionaron varias Juntas y particulares que repartieron considerables sumas. Mencionaremos algunos de ellos.

Presbítero Ildefonso Portillo.— Este filántropo sacerdote, cura párroco de la ciudad, desde los primeros días del desastre se dedicó con notable celo á distribuir gruesas sumas que recibía del elemento católico de todo el país.

Protegió con grandes donativos á los comerciantes, y dada la oportunidad con que obró, fueron esos donativos extremadamente eficaces. Gran número de personas recibieron cantidades del Sr. Portillo, y las listas de ellas publicadas en el diario «El País,» muestran que la cantidad repartida excede á 57,000 pesos.

hubieran vendido sus terrenos, pues los edificios son necesarios en cuanto haya población suficiente para habitarlos, pues si se puede dar el caso, en una población decaída, de que existan casas deshabitadas, no creemos que en una medianamente próspera, se dé el caso contrario, esto es, que haya habitantes sin casas en qué abrigarse, pues allí donde no las hay ellos las construyen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Otros centros repartidores de auxilios.

Independientemente de la Junta Central, órgano distribuidor de los donativos remitidos por la vía oficial, funcionaron varias Juntas y particulares que repartieron considerables sumas. Mencionaremos algunos de ellos.

Presbítero Ildefonso Portillo.— Este filántropo sacerdote, cura párroco de la ciudad, desde los primeros días del desastre se dedicó con notable celo á distribuir gruesas sumas que recibía del elemento católico de todo el país.

Protegió con grandes donativos á los comerciantes, y dada la oportunidad con que obró, fueron esos donativos extremadamente eficaces. Gran número de personas recibieron cantidades del Sr. Portillo, y las listas de ellas publicadas en el diario «El País,» muestran que la cantidad repartida excede á 57,000 pesos.

La Sra. del Moral Vda. de Jiménez.— Como órgano de la Junta de Caridad de Señoras, de México, y de su propio peculio, distribuyó varias cantidades cuya suma ignoramos, pero seguramente fué bastante elevada.

El Comité Guanajuatense de Caridad.— 2,000 y tantos pesos se reunieron por esta simpática agrupación que fueron acertadamente distribuidos en esta ciudad por una comisión que presidía el Sr. Ricardo Alamán.

El Banco de Guanajuato.— Distribuyó también varias cantidades, cuya procedencia no se conoce.

La Colonia Alemana.— El Sr. Enrique Langencheidt, Vice-Cónsul alemán en esta ciudad, repartió los fondos colectados entre los alemanes residentes en México, mas mil pesos de su peculio particular.

La Junta Privada.— Formada por los Sres. Alejandro Cumming, Fernando Palasou y el Sr. Lic. Eugenio Villaseca, fungiendo como Notario Público, hicieron una magnífica campaña de caridad. Recorrian con celo infatigable los apartados callejones en busca de necesidades que auxiliar y ejercían la caridad sin publicar los favores, sin fijar listas en las esquinas, sin avergonzar á los menesterosos con el bombo de la caridad. Fueron casi los únicos en que para justificar la inversión de los donati-

vos para con los donantes, se conformaron con la presencia de un Notario, sin acudir á la publicidad, de acuerdo con el precepto cristiano: «Que ignore tu mano izquierda los favores que hace tu derecha.» Para ellos, nuestros más ardientes elogios.

El Comité de estudiantes.— La noble juventud estudiosa no quedó indiferente ante el mal ajeno. Formó un Comité y ejerció la caridad con todo el entusiasmo juvenil de que está dotada.

Muchas fueron las personas socorridas por estos jóvenes, y su conducta fué alabada por la prensa en general.

He aquí lo que dijo un periódico del Estado, refiriéndose á los estudiantes:

“El pueblo de Guanajuato cuenta con un grupo altamente simpático; con un emjambre de abejas que chupan el néctar de la ciencia en las fojas del libro para depositar la blanca cera de la ilustración en las celdillas de las masas sociales.

Los estudiantes de Guanajuato son unidos, son trabajadores, son enérgicos y por todos estos motivos son tan fuertes en sus decisiones como abnegados en sus desgracias.

El gremio estudiantil del Colegio del Estado está constituido por un gran cúmulo de energías jóvenes, empleadas en provecho de la sociedad, y que constituyen para Guanajuato un elemento de progreso que utiliza en todas ocasiones: ellos son los que celebran los días de la patria; ellos mantienen despierto ese espíritu de libertad y de franqueza, tan peculiar en los guanajuatenses; ellos lanzan el guan-

te al tirano, aun á costa de su porvenir, y también son ellos los que alivian los pesares del hermano y enjugar las lágrimas del desvalido.

Acostumbrados á su pronta iniciativa, á su eficaz ayuda y á su viril proceder, ya esperábamos su auxilio para los que sufrieron, y con verdadera complacencia hemos sabido que los jóvenes educandos, como primera providencia, han tomado la determinación de guardar el libro, en estos días aciagos, para empuñar la zapa y trabajar unidos con los peones en desazolver las calles y descubrir los cadáveres que la pérdida corriente sepultó en los escombros.

Y con el traje de nuestros hombres del pueblo recorren las calles de la derruida ciudad.

Que hermoso ejemplo para los egoistas! Que acción tan honrosa para el grupo de estudiantes!

Con razón los guanajuatenses tienen culto por el gremio estudiantil y en todo caso escuchan y aplauden á los hombres de mañana.

Bien se ha dicho: Guanajuato cuenta con mucho oro en sus montañas, con mucha abnegación en sus hijos y con mucha virtud en sus damas.

Nuestro aplauso á los estudiantes de Guanajuato; nuestra admiración para la juventud guanajuatense."

Aun hay más personas que en los días aciagos se dedicaron á la tarea de consolar á los pobres y afligidos; estos guardan en su memoria respetuosamente muchos nombres oscuros ó desconocidos que nosotros no podemos publicar.



EL TUNEL DEL CUAJIN

En el sitio en que expusimos brevemente la historia de las inundaciones numerosas que en diferentes épocas han asolado esta ciudad, nos ocupamos también de los remedios que se pretendieron aplicar para evitar la repetición de tan terribles accidentes.

Desazolves parciales en el cauce del río, erección de fuertes muros protectores, prohibiciones, etc., remedios todos que no podían ser radicales, ni podían proporcionar á la ciudad un estado de seguridad definitiva.

Por fin, se pensó en el atrevido proyecto de apartar el caudal de las aguas del cauce señalado por la Naturaleza, abriéndole uno nuevo en el seno mismo de las montañas, que desviara el cauce del torrente del centro de la ciudad

y la librería para siempre del peligro de las inundaciones; este proyecto de salvación es el del Tunel del Cuajín, concebido á fines del siglo antepasado y consistente en abrir un socavón que partiendo del punto llamado el Agua Fuerte, sobre la cañada del Cuajín, terminara por la espalda del Cerro del Gallo para que por él pudieran correr las aguas de los torrentes de la Presa de la Olla y del Monte de San Nicolás unidos, que si aislados producen fuertes avenidas, juntos dan lugar á terribles avalanchas.

Como mero proyecto se tuvo esta idea hasta la época en que gobernó el Estado el Sr. Lic. Manuel Muñoz Ledo; pues entonces, con motivo de la fuerte granizada y tempestad que descargó el 25 de Junio de 1882, el mencionado gobernante autorizó al Jefe Político Don Cecilio F. Estrada, para que, con presos correccionales y fondos de la Municipalidad, comenzara la perforación de ese túnel, ideado, como hemos dicho, muchos años antes.

Hízolo así este funcionario, empezando por la nivelación y trazo del acueducto, que practicó el muy hábil ingeniero D. Manuel Ortiz, habiéndose dado principio á la apertura de la obra, el 4 de Junio de 1883. La perforación se comenzó por la parte inferior, en la cañada ya dicha, y pudo adelantarse 135 metros, practi-

cando un claro de 3 y medio metros con igual anchura para una extensión de 1260 que debe medir como total, y con desnivel de poco más de 11, partiendo de la base del pilar del Puente de San Agustín.

Teniendo general aprobación esa obra de positiva defensa para la ciudad, se han seguido haciendo estudios para justificarla, practicándose una nueva nivelación el 14 de Noviembre de 1902 que partió de la boca del túnel en la Cañada del Cuajín, y terminó en el puente ya nombrado.

De esta operación resultó un desnivel de 14 m. 810 y de otra medida, practicada el 12 de Noviembre del mismo año, comenzada por la parte contraria, en el Puente de San Agustín, el desnivel resultante fué de 14 m. 951, cantidades que dan una semi-suma de 14 m. 880 como declive.

Actualmente, habiéndose aceptado por fin la continuación de la obra, no sin haber mediado seria oposición por ciertos celos, pues por desgracia existe entre nosotros un pretendido monopolio del pensamiento, al cabo la necesidad se impuso y el Sr Ing. Don Ponciano Aguilar, rectificando el proyecto por disposición del Gobierno, obtuvo 10 metros de desnivel en 1250 de extensión, para sacar una sección útil de 25 metros cuadrados, que permi-

tirán un gasto de 50 metros cúbicos de agua por segundo, en una pendiente de 0 m. 008.

Funda sus cálculos el Sr. Aguilar en que el gasto del río se ha elevado en casos de inundación á 175 ó 180 metros cúbicos por segundo y previa ejecución de otro túnel que partiendo del verdadero de la Presa de San Renovato termine en el novísimo túnel del Pípila, á través del Cerro de los Leones, á la espalda de la Hacienda de Puerta Grande, desagüe del "Pípila," se recibirá la corriente en una presa que cubrirá el río y que hará rebalsar el agua hasta subirla á la boca del túnel del Cuajín, razón por la cual se comprende que el desnivel dado á este túnel sea de 10 metros en lugar de 14.

Este será, según proyecto, el mecanismo del túnel del Cuajín, y de este modo el exceso de las aguas, que á causa del azolve y estrechez del río que atraviesa la ciudad, causa las inundaciones, en vez de pasar por la ciudad, pasará en lo sucesivo por el proyectado túnel, siendo así las corrientes inofensivas para la ciudad, la cual en lo futuro no tendrá que tener más catástrofes.

Pero parece también, que el proyecto de perforar el cerro de los Leones, tiene por fin justificar la permanencia del injustificado abovedamiento del río de la Presa de la Olla, desde

ella hasta San Agustín: porque no obstante los perjuicios que acarreó esa obra á la ciudad, se pretenden contrariar las manifestaciones de la Naturaleza, que han venido señalando al hombre el respeto que debe guardar á las corrientes que tiene inmutablemente establecidas.

Si esto es así, sin pretensión de asentar una opinión autorizada en tan árduas materias, á las cuales somos peregrinos, y llevados sólo por el deseo que abrigamos de que las obras tengan como resultado dar á Guanajuato efectiva seguridad, nos permitimos hacer las siguientes advertencias, por si cree el Sr. Aguilar que merecen tomarse en cuenta.

Este entendido Ingeniero, según se vió en una correspondencia por él enviada al "Imparcial," dijo que habiendo medido la corriente que pasó el 1º de Julio por el primer puente del Cuartel de San Pedro, observó un gasto de 500 metros cúbicos por segundo, cantidad de líquido que bajó únicamente de la Presa de la Olla, porque apenas hubo avenida del Monte de San Nicolás.

Esa cantidad, que en nada se parece á los 175 ó 180 metros que ahora calcula al río de San Agustín, lo hará pensar indudablemente en la falibilidad de las obras hechas á escape, así como en que mejor es reformar el abovedado hasta que ofrezca garantías, que hacer lar-

gas, costosas y difíciles perforaciones; presas, contra presas, compuertas automáticas, etc. etc., con corrientes que vienen á caer más abajo de la desviación y por tanto del túnel del Cuajín, tabla de salvación de Guanajuato.

Además, para tener la medida exacta de la cantidad de agua que pasó por el cauce del río el 1º de Julio, creemos que las únicas observaciones atendibles, son las hechas en el punto del cauce por donde pasó *toda el agua* y no en aquellos en que solo pasó una parte, por correr á la vez el agua por las calles ó por otro sitio, mermándose así el verdadero caudal.

¿Tiene el Sr. Aguilar los datos tomados en el primer puente de San Pedro ó en el Puente de San Antonio, en la Cañada de Marfil, puntos que reúnen todos los requisitos favorables á una buena observación? Los niveles que aun se conservan en esos sitios, creemos suministran otros datos que los 175 ó 180 metros que calcula el Sr. Aguilar.

Nuestra ignorancia quizá no nos permita juzgar con acierto, pero creemos deber nuestro hacer estas advertencias, porque sería, en verdad, triste, que después de ejecutar la obra del Cuajín, no diera los resultados apetecidos, á pesar de los sacrificios hechos para asegurar la vida de la población.

Con fecha 5 de Octubre del corriente año, apareció en el "Periódico Oficial" la siguiente

Convocatoria.

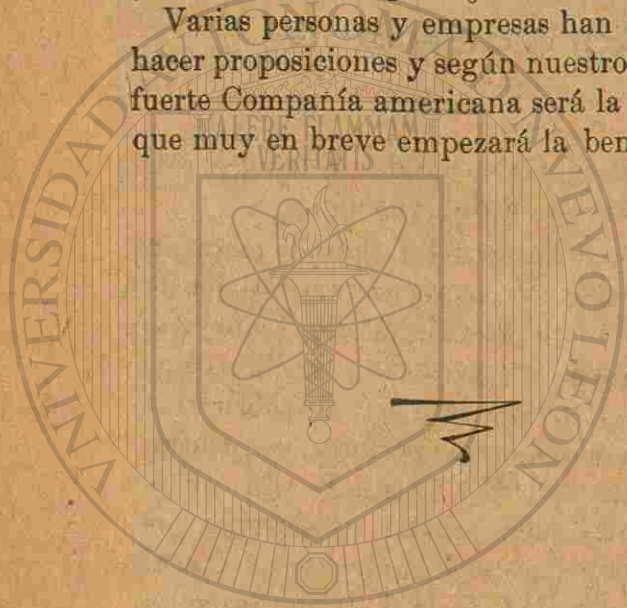
"Secretaría del Gobierno del Estado.—Guanajuato.—Sección de Gobernación.

Deseoso el Gobierno del Estado de evitar en cuanto sea dable con los recursos de la ciencia las inundaciones de la Ciudad de Guanajuato y la repetición de accidentes tan terribles como el que acaba de pasar, ha dispuesto abrir una convocatoria para mandar perforar, por contrato, el túnel llamado "El Cuajín."—En consecuencia, se convoca á todas las personas que estén en disposición de ejecutar esta obra para que pasen á esta ciudad, desde la fecha hasta el 15 de Noviembre próximo venidero, á hablar con el Sr. Ingeniero Don Ponciano Aguilar, quien les mostrará planos y les dará todos los detalles é informaciones necesarias para que presenten sus proposiciones y presupuestos al Gobierno, á fin de ver si llega á un arreglo para la ejecución de la obra en el más corto tiempo posible.

Guanajuato, 5 de Octubre de 1905—*Nicéforo Guerrero*, Secretario."

Esta convocatoria fué reproducida espontáneamente por toda la prensa local y recibida con júbilo por los guanajuatenses.

Varias personas y empresas han acudido á hacer proposiciones y según nuestros datos una fuerte Compañía americana será la contratista que muy en breve empezará la benéfica obra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL PORVENIR DE GUANAJUATO.

Tocamos al término de nuestro trabajo y al fin de este folleto.

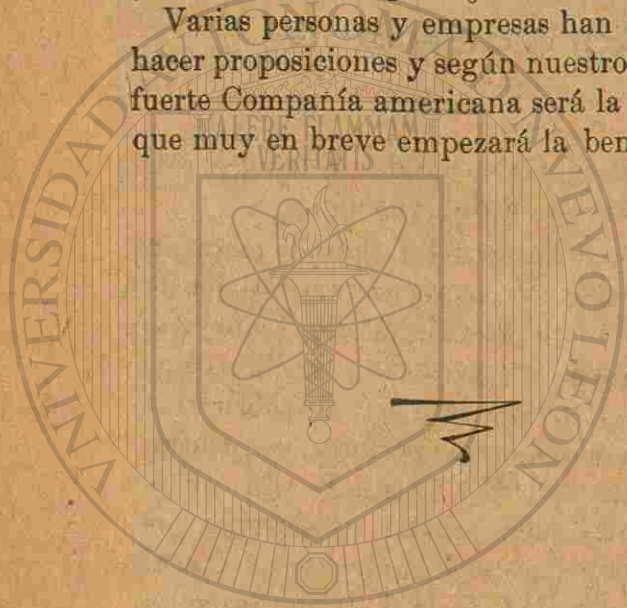
Hemos procurado en él, al narrar todos los episodios de la catástrofe, y al describirla bajo todos sus aspectos, hacer que el público conozca una de las mayores desgracias que de mucho tiempo á esta parte han aquejado á una ciudad mexicana. Más aun: al señalar el peligro á que la misma ciudad sigue expuesta, ha sido nuestro ánimo llamar la atención de los gobernantes, de la prensa, de todos aquellos que pueden alzar su voz ó extender su mano para apartar para siempre las nubes siniestras de nuestro horizonte.

Creemos haber hecho todo lo que podíamos hacer en nuestra humilde esfera, y ahora, sólo resta esperar.

Antes de escribir la palabra FIN queremos

Esta convocatoria fué reproducida espontáneamente por toda la prensa local y recibida con júbilo por los guanajuatenses.

Varias personas y empresas han acudido á hacer proposiciones y según nuestros datos una fuerte Compañía americana será la contratista que muy en breve empezará la benéfica obra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL PORVENIR DE GUANAJUATO.

Tocamos al término de nuestro trabajo y al fin de este folleto.

Hemos procurado en él, al narrar todos los episodios de la catástrofe, y al describirla bajo todos sus aspectos, hacer que el público conozca una de las mayores desgracias que de mucho tiempo á esta parte han aquejado á una ciudad mexicana. Más aun: al señalar el peligro á que la misma ciudad sigue expuesta, ha sido nuestro ánimo llamar la atención de los gobernantes, de la prensa, de todos aquellos que pueden alzar su voz ó extender su mano para apartar para siempre las nubes siniestras de nuestro horizonte.

Creemos haber hecho todo lo que podíamos hacer en nuestra humilde esfera, y ahora, sólo resta esperar.

Antes de escribir la palabra FIN queremos

tratar, siquiera sea superficialmente, un asunto de interés vital para esta tierra: las consecuencias que puede atraer la catástrofe sobre el porvenir de la ciudad.

No han faltado buhos siniestros que han graznado sobre nuestras ruinas: «la inundación ha sido el golpe de gracia para Guanajuato; la población emigra en masa á otras regiones; la ciudad herida no volverá ya nunca á levantar la cabeza.»

¿Qué puede haber de verdad en estos fatídicos pronósticos? Si á la parte material de Guanajuato se refieren, no creemos que los buhos tengan razón para aturdirnos con sus graznidos.

Cuando escribimos las primeras páginas de esta obrilla, la ciudad estaba abundantemente sembrada de ruinas; los jardines cubiertos de cenagosa capa que ocultaba su belleza; los trabajos estaban paralizados y el peligro en el horizonte.

En el momento en que esta hoja escribimos la decoración ha variado completamente; empiezan las fuertes construcciones á erguirse sobre los montones de escombros; los jardines han sido limpiados del negro cieno; el pueblo trabaja con el calor del que quiere reconquistar el bien perdido; antes de mucho, en el sitio donde las aguas barrieron las viejas construccio-

nes de adobe, se elevarán nuevos edificios fuertes y hermosos, y en cuanto al futuro peligro, ya los diamantes de las perforadoras se aprestan á abrir en el seno de las montañas amplio camino, por donde correrán inofensivas las futuras avalanchas.

Hay otro peligro, en verdad más serio: la emigración.

Es innegable que á raíz del desastre, se estableció una corriente de emigración, y esto no es extraño, pues menores peligros justifican mayor pánico. Pero esa corriente ¿fué bastante para restar á Guanajuato una parte apreciable de sus fuerzas vivas, laboriosas y útiles? Pudiéramos citar los nombres de muchas personas que figuraron entre los emigrantes y que pasado el pánico regresaron á sus hogares, y hoy de nuevo radican tranquilamente entre nosotros.

La pregunta capital que hay que hacerse es la siguiente: ¿es de temerse que ahora y en lo sucesivo, á consecuencia de la inundación siga Guanajuato perdiendo habitantes? No vacilamos en contestar: no hay que temer semejante peligro.

Las razones que nos dictan tan categórica respuesta son las siguientes: Los habitantes de Guanajuato pueden distribuirse en las siguientes grandes categorías: la inmensa mayoría de

la población que se dedica al trabajo de las minas, industria que dió nacimiento á la ciudad y que exclusivamente le dá vida; los funcionarios y empleados de la máquina administrativa; los profesionistas, comerciantes y artesanos de todas clases que proveen á las necesidades de los demás.

Ahora hay que preguntarse: ¿á cuál de estos órdenes de habitantes perjudicó la inundación al grado de determinarlos á emigrar? La industria-madre, la minería, no sufrió en nada, y por tanto, ese medio de subsistencia para la mayor parte de los guanajuatenses, es el mismo antes y después de la catástrofe. Los empleados y funcionarios públicos permanecerán forzosamente en Guanajuato, mientras esta ciudad sea la residencia de los Poderes Públicos del Estado, y en cuanto á los artesanos, comerciantes y profesionistas, no tienen razón para emigrar, mientras los demás, los que aprovechan sus servicios y consumen sus productos, no emigren.

Consecuencia de lo anterior: para que la población de Guanajuato emigre en masa á consecuencia de una inundación, no basta que ésta destruya jardines, edificios y tiendas; sería preciso que sobreviniera una avenida colosal, que descuajando nuestras montañas por sus bases, las arrastrara muy lejos con los tesoros

que encierran. Total: se necesitaría una avenida «imposible.»

Otro obstáculo grande para la emigración, es el carácter de los guanajuatenses.

Mal conoce la psicología de nuestro pueblo el que cree que un guanajuatense puede emigrar por gusto. La nota saliente de su carácter es un amor grande por su tierra, que llega hasta el fanatismo, que á veces se traduce en defectos, como son su provincialismo intransigente, su altanería y su orgullo, defectos que comprueban sin embargo, una gran cualidad.

Un guanajuatense ama sus montañas como un suizo las suyas; permanece en ellas mientras le es humanamente posible, y cuando la necesidad brutal, la conquista del pan, lo lleva muy lejos, continuamente experimenta la nostalgia de sus cerros, conserva la mirada fija en la lejana tierra, y apenas las circunstancias lo permiten, aun á costa de privaciones, aun abandonando una posición ventajosa, regresa á ese Guanajuato, que no parece sino que es un imán para los que en él han nacido.

Y estas palabras no son arranques de lirismo, patrioterías poéticas con que pretendamos adornar estas páginas, sino la expresión de un sentimiento real, profundo y arraigado, que de mil maneras se manifiesta, que nosotros hemos podido comprobar por observación de toda

nuestra vida y por nuestros propios sentimientos y que confirmará todo aquel que haya vivido, siquiera sea poco tiempo entre nosotros.

A los argumentos anteriores pudiera responderse: pintais un cuadro demasiado optimista; según vos ¿es mentira que Guanajuato está decaído, considerablemente? A esta pregunta, si se quiere ser sincero, no hay más que responder con tristeza: es verdad, Guanajuato está relativamente decaído. Pero no hay que atribuir á los efectos de la inundación ese decaimiento, que de larga fecha atrás francamente se nota.

La explicación clarísima de tal estado, la dan los siguientes datos, de cuya veracidad no hay que dudar, puesto que son oficiales, tomados de la «Cuenta General del Erario del Estado de Guanajuato, en el año fiscal de 1904 á 1905.»

Hé aquí esos datos:

«Nota de la producción de oro y plata en el Estado, en los años que se expresan, según los datos de la recaudación del impuesto de ese ramo.

1,896. 1er. semestre	\$ 2.831,921.00
1,896 á 1,897	„ 6.946,144.00
1,897 á 1,898	„ 6.974,347.00
1,898 á 1,899	„ 5.204,362.00
1,899 á 1,900	„ 4.949,489.00
1,900 á 1,901	„ 4.512,215.00
1,901 á 1,902	„ 4.156,586.00
1,902 á 1,903	„ 4.383,956.00
1,903 á 1,904	„ 3.671,368.00
1,904 á 1,905	„ 3.802,989.00

Los anteriores números son la clave del secreto del actual decaimiento de Guanajuato. La producción de plata y oro ha disminuido del año de 1896-97 en que fué de \$6.946,144 á solo \$3.802,989 en el año de 1904-05.

¿Hace falta más, es necesario acudir á la inundación para explicar ese abatimiento? Cualquiera baja ó descenso en la producción de nuestra industria-madre, es un golpe que tiene que resentir seriamente Guanajuato. En este sentido ¿hay que esperar que se acentúe y aumente el decaimiento? Voluble es la suerte de los minerales, como los caprichosos giros de las vetas en el seno de las rocas. Pero hace largos siglos que á pesar de todas las fluctuaciones, este mineral gigantesco vive con alternativas adversas y prósperas. En el año del... 1868 la producción minera sólo fué de..... \$2,320,098, y aumentó en los años subsecuentes hasta cerca de 7 millones para volver á caer hasta la cifra actual, que no obstante ser pequeña relativamente á las grandes bonanzas, es un adelanto sobre el año anterior, en que la producción fué menor.

¿Este progreso continuará? Todo lo hace esperar así: las grandes transacciones sobre minas, operadas últimamente; el capital americano profusamente invertido en la explotación de nuestros yacimientos metalíferos; las colosales empresas, algunas muy prósperas, creadas hace poco; las más colosales aun, que pronto empezarán á funcionar.

De todos modos, como creemos haberlo probado, el único peligro serio para el porvenir de

Guanajuato, apartado el de las inundaciones por las obras de defensa que van á emprenderse, es el decaimiento de su minería, á cuya suerte están vinculadas la prosperidad y la vida de la ciudad.

Guanajuato no morirá como un hombre cualquiera, por accidente; para que muera será preciso que esas montañas, admiración del mundo por su riqueza, se agoten como una copa de generoso vino que se apura; pero felizmente la ciencia y la experiencia triunfante de cuatro siglos nos dicen acordes que esas montañas aun «están vírgenes.»

Conclusión.

Hemos concluido.

Al dar cima á este trabajo en que nuestros buenos deseos han suplido á nuestra carencia de aptitudes, repetimos con ardor el voto que en las primeras páginas hicimos: «Ojalá que de algo sirvan á nuestro querido Guanajuato, las mal escritas hojas de este folleto.»

FIN.

INDICE

PRIMERA PARTE.

	Pags.
Antes de empezar.....	3.
La Ciudad Mártir, Historia de 19 inundaciones.....	8.
La Inundación del 30 de Junio.....	24.
La Gran Catástrofe.....	28.
El Fenómeno.....	32.
Camino recorrido por las aguas.....	34.
Aspecto de la ciudad durante la catástrofe.....	42.
Los Dramas del agua.....	45.
En "El Barretero".....	48.
"Cómo me salvé de la muerte." Impresiones escritas por el mismo redactor del periódico "El Barretero".....	52.
Espantosa agonía.....	56.
Un Mártir.....	58.
Terrible Ariete.....	62.
Una hora en el abismo, (Impresiones de un hombre que vió la muerte muy de cerca).....	66.
Hombre al agua.....	72.
Las primeras víctimas.....	73.
Condenados á Muerte (Las Escenas del Correo).....	76.
La Destrucción de un barrio.—La Sorpresa.—El hundimiento.—Una madre heroica.—El Obrero Sombrio.—Sobre las ruinas.....	82.
Un Batallón en peligro.....	94.
En el Hospital de Belen (Se ahogan las locas).....	97.
Diversos Episodios.....	100.
La lista de los muertos.....	111.
El Pillaje.....	118.

Guanajuato, apartado el de las inundaciones por las obras de defensa que van á emprenderse, es el decaimiento de su minería, á cuya suerte están vinculadas la prosperidad y la vida de la ciudad.

Guanajuato no morirá como un hombre cualquiera, por accidente; para que muera será preciso que esas montañas, admiración del mundo por su riqueza, se agoten como una copa de generoso vino que se apura; pero felizmente la ciencia y la experiencia triunfante de cuatro siglos nos dicen acordes que esas montañas aun «están vírgenes.»

Conclusión.

Hemos concluido.

Al dar cima á este trabajo en que nuestros buenos deseos han suplido á nuestra carencia de aptitudes, repetimos con ardor el voto que en las primeras páginas hicimos: «Ojalá que de algo sirvan á nuestro querido Guanajuato, las mal escritas hojas de este folleto.»

FIN.

INDICE

PRIMERA PARTE.

	Pags.
Antes de empezar.....	3.
La Ciudad Mártir, Historia de 19 inundaciones.....	8.
La Inundación del 30 de Junio.....	24.
La Gran Catástrofe.....	28.
El Fenómeno.....	32.
Camino recorrido por las aguas.....	34.
Aspecto de la ciudad durante la catástrofe.....	42.
Los Dramas del agua.....	45.
En "El Barretero".....	48.
"Cómo me salvé de la muerte." Impresiones escritas por el mismo redactor del periódico "El Barretero".....	52.
Espantosa agonía.....	56.
Un Mártir.....	58.
Terrible Ariete.....	62.
Una hora en el abismo, (Impresiones de un hombre que vió la muerte muy de cerca).....	66.
Hombre al agua.....	72.
Las primeras víctimas.....	73.
Condenados á Muerte (Las Escenas del Correo).....	76.
La Destrucción de un barrio.—La Sorpresa.—El hundimiento.—Una madre heroica.—El Obrero Sombrio.—Sobre las ruinas.....	82.
Un Batallón en peligro.....	94.
En el Hospital de Belen (Se ahogan las locas).....	97.
Diversos Episodios.....	100.
La lista de los muertos.....	111.
El Pillaje.....	118.

SEGUNDA PARTE.

	Pags.
Guanajuato después de la Catástrofe.....	123
La Situación de la Ciudad.....	128.
[Ahí viene la Presa].....	134.
Los Efectos de la Inundación en la ciudad.....	135.
Jardines y edificios públicos.....	141
La Labor del Gobierno.....	144.
Se restablecen los servicios de agua y alumbrado.....	156.
Se reanudan las Comunicaciones.....	158.
Informe núm. 1 por el Señor Pedro González.....	159.
Se limpia la ciudad.....	165.
Informe núm. 2 por el Señor Pedro González.....	167.
Una gratificación á los Zapadores.....	173.
Los primeros socorros.—La Sra. del Moral Vda. de Jimenez. —D. Indalecio Noriega.—Otros Filántropos.—El Pan de la Prensa.....	175.
Decretos benéficos del Gobierno.....	186.
Decreto del Señor Gobernador del Estado.....	191.
La Caridad.—Historia del Movimiento Filantrópico en pro de las víctimas de Guanajuato.....	195.
La Distribución de Fondos.—La Junta Central de Auxilios y Socorros.....	204.
Otros Centros repartidores de auxilios.....	224.
El Túnel del Cuajín.....	227.
Convocatoria del Gobierno.....	233.
El Porvenir de Guanajuato.....	234.

COLOCACION DE LOS GRABADOS

Escudo de armas de la ciudad de Guanajuato, Portada.....	1.
Panorama de la ciudad.....	2.
Camino de la Presa de la Olla.....	34.
Costado del Jardín de la Presa de la Olla.....	35.
Rinconada de la calle de Matavacas, cerca del Cuartel de San Pedro.....	40.
De Marfil á Guanajuato.....	81.
Barrio del Hinojo.....	82 y 83.
Derrumbes sobre el río.....	88.
En el Hinojo en busca de muertos.....	88.
Calle de Cantarranas, Salvando muebles.....	110.
Esquina del Consulado americano.....	111.
Puente del Rastro y Calle de Alonso.....	128 y 129.
Esquina de San Ignacio y subida de S. Fernando. Calzada de Guanajuato frente á Gavira.....	140 y 141.

GUANAJUATO.

A CORRIENTE.

No. 1.

INQUILINOS	PERDIDAS O PERJUICIOS
eros	Nada perdido
smo dueño	Nada
González alena Torres fra Jaramillo	En carbón 15 pesos Como lavandera nada perdió " " " "
arita Lozano Torres Huerta o H. as Valtierra in Solís Acevedo	Perdió ropa pobre y fruta Una pieza caída Perdió mercancías de paila por \$50 20 pesos en ropa y fruta 15 pesos en 5 cargas de carbón 20 pesos en fideo y útiles Muebles y ropa perdidos
Jesús Vazquez ria Quiroz del Río	En mueble y ropa \$ 25 00 40 00 40 00
Refugio Gutierrez y Regina Rojas.	Perdió en ropa y útiles 40 pesos Perdieron 10 pesos en ropa
lderón y M. Rodriguez squivel y M. Villegas briana Cerritos isco Moron	Perdieron 20 pesos en ropa Perdieron 20 pesos en ropa En ropa y mueble averiado 25 ps En útiles de zapatero perdió 3 ps
Mendez nio Rocha ubano Cortes del Hernández Santos Hernández ietro Leal zalo Gómez nislao Cortes ngüio S. de Franco	En semillas perdió 20 pesos ¿Perdió 30 ps. en moneda cambio? Suspendió trabajo molino nixtamal En ropa perdió 25 pesos En tabaco averiado \$17.75 cts. En ropa y muebles perdió 50 ps En ropa perdió 50 pesos Avería en mueble por 200 pesos En ropa y archivo de música, \$200 Averías en mueble y ropa 50 ps.

EFFECTOS DE LA INUNDACION DE GUANAJUATO.

PARTE IZQUIERDA DE LA CIUDAD Y DE LA CORRIENTE.

No. 1.

CALLE	Altura del agua en cms.	PROPIETARIOS	PERDIDAS O PERJUICIOS	Altura del agua en cms.	INQUILINOS	PERDIDAS O PERJUICIOS
Hospicio	1 78	Gobierno	Un muro caido muebles y utiles perdidos			
Chalet	1 00	Lic. Carlos Robles	Jardin y menaje de la casa perdidos			
Garridos	0 60	Julio Jimenez	Ropa de camas extraviadas	0 60	Pasajeros	Nada perdido
"	0 43	Leandro Avalos	Anegadas 2 piezas, 10 pesos			
"	"	Francisco Licéaga	Inundado por el cerro, perdido todo			
"	0 40	Octaviano Garcia	Tres Garrafones de aguardiente, 15 ps.	0 40	El mismo dueño	Nada
"	0 00	Filomeno Charles	Dos piezas caida por agua del cerro			
"	0 40	Señorita Arvizu	Una " " " " " "	0 75	Jesús González	En carbón 15 pesos
				0 60	Magdalena Torres	Como lavandera nada perdió
Cambio	0 55	Pedro Rodriguez		0 55	Leandra Jaramillo	" " " " "
"	1 30	Samuel Parkman	Nada. Casa entre-solada			
"	1 10	Se ignora		1 10	Margarita Lozano	Perdió ropa pobre y fruta
"	1 10	Guadalupe V de Fernández	Perdió todo el menaje de la casa	1 00	José Torres	Una pieza caida
"	1 50	José Torres		1 50	León Huerta	Perdió mercancías de paila por \$50
"	1 18	Ignacio Reynoso	Una pieza hundida	1 18	Isidro H.	20 pesos en ropa y fruta
"	1 12	Lic. Francisco Vallejo	Nada en la finca	1 12	Nicolas Valtierra	15 pesos en 5 cargas de carbon
"	0 68	José M. Araujo	"	0 68	Joaquín Solís	20 pesos en fideo y útiles
Hda. S. Agustin	1 62	Gobierno	"	1 62	José Acevedo	Muebles y ropa perdidos
Calle de S. Agustin	1 50	Lino Lopez	Tienda y menaje destruidos			
"	1 61	María Gavito	Perdió tres piezas y parte del menaje			
"	1 61	Nabor Baltierra	4 piezas y madera perdida			
Puerta Grande	2 60	Magdaleno Mendoza	Vecindad baja muy averiada		María Jesús Vazquez	En mueble y ropa \$ 35 00
"	65 2 60	Francisco Ederra	Muros de la Hacienda caidos		Gregoria Quiroz	40 00
Agua Fuerte	1 00	Tomasa Pedroza	2 cuartitos de adobe caidos		Juana del Río	40 00
"	1 00	Marcos Valenzuela	1 cuarto caido valor 40 pesos			
"	62 2 60	Enrique Langencheidt	Muros del Zangarro caidos		M ^a Refugio Gutierrez	Perdió en ropa y utiles 40 pesos
"	1 60	Trinidad Camacho	Cochera y muebles de casa averiados		Petra y Regina Rojas	Perdieron 10 pesos en ropa
Vecindad "El Ramillete	1 85	"	"		P Calderón y M. Rodriguez	Perdieron 20 pesos en ropa
Agua Fuerte	1 85	J. Dolores Ramirez	Cochera y casa sola inundadas		M. Esquivel y M Villegas	Perdieron 20 pesos en ropa
"	1 85	Dionisio Gómez	no sufrió la finca		Victoriana Cerritos	En ropa y mueble averiado 25 ps
"	0 56	Carmen Pérez	Casa con pequeña averia		Francisco Moron	En utiles de zapatero perdió 3 ps
Sangre de Cristo	0 55	Lic. Francisco Vallejo	Estaba desocupada no sufrió			
"	0 25	Testamentaria Almaguer	Sin perjuicio		José Mendez	En semillas perdió 20 pesos
"	0 43	" Castañeda	Un cuarto interior caido		Antonio Rocha	¿Perdió 30 ps. en moneda cambio?
"	0 45	Juan Martín	Una pieza interior desplomada		Un cubano	Suspendió trabajo molino nixtamal
"	0 15	Lucia Obregón			Cruz Cortes	En ropa perdió 25 pesos
"	0 50	"	Quedó en buen estado		Miguel Hernández	En tabaco averiado \$17.75 cts.
"	0 50	"	"		M ^a Santos Hernández	En ropa y muebles perdió 50 ps
"	0 50	Lic. Enrique Godoy	"		Demetrio Leal	En ropa perdió 50 pesos
"	0 90	Leontina D. de Ramirez	"		Gonzalo Gómez	Averia en mueble por 200 pesos
"	"	"	"		Estanislao Cortes	En ropa y archivo de música \$200
"	"	"	"		Refugio S. de Franco	Averias en mueble y ropa 50 ps.

CALLE	Altura del agua en cms.	PROPIETARIOS	PERDIDAS O PERJUICIOS	Altura del agua en cms.	INQUILINOS	PERDIDAS O PERJUICIOS
1ª de Sopeña	1 24	Asunción Castelazo	Bien la casa	1 22	Estaba desocupada	
"	1 11	Testª P. Licéaga.	Bien la casa	1 11	Lic. Antonio Alcocer	Pocas averías
2ª de Sopeña	1 00	"	Bien la casa	1 00	Doctor Jansen	Muebles é instrumentos averiados
San Francisco	1 21	Guadalupe Palacios	Bien la casa	1 00	Joaquín Silva y E. Gómez	Medicinas, drogas Mble. averiado
"	2 00	Mannela H. de Palacios	Serias averías y pérdidas	1 00	Epigmenio Villegas	Muebles y útiles perdidos
"	1 25	Luz R. de Casillas	Bien la finca	1 00	Lic. Alberto Leal	Arch. libros, fot y pints. perdió
1ª Matavacas	1 96	Cruz Serrano	Bien la finca	062126	Luz Medina y J. Aguirre	Dulcería perdida y avería muebles
"	1 36	Jesús Aguirre	Desplomes en la casa		Antonio Mifes	En daños á mueble y cantina \$300
Pte. S. Miguel ó Nava.	1 36	Manuela H. de Camacho	Caida toda la casa		Jesús Aguirre	Pérdidas valuadas en 4,440 ps.
"	1 45	Pío R. Alatorre	Casa en ruinas		Jerónimo Arellano	Menaje perdido
"	1 45	Se ignora	Estaba desocupada		Mercedes H.	Menaje perdido
Cantarranas	2 24	"	Caida toda la casa		Catarino Arredondo	Herramienta y útiles perdidos
"	2 36	Jesús A. V. de Segovia.	Caida toda la casa			Perdió todo el menaje
"	2 40	Se ignora	Caida toda la casa			
"	2 76	Se ignora	Caida toda la casa			
"	2 56	G. Castillo	Muy ruinosa			
"	3 38	Se ignora	Muy ruinosa	3 38	Romualdo García	Destruído aparato y objetos \$2 500
"	3 38	Se ignora	Muy ruinosa		Tranquilino Zepeda	Perdió vida herramienta y todo
"	2 55	Antonio Pompa	Muy ruinosa perdió el mueble		Se ignora,	Perdió el menaje
"	3 56	Se ignora	Muy ruinosa		Se ignora	.. la herramienta
"	3 56	Se ignora	Muy ruinosa		Manuel Dueñas	.. los útiles en parte pequeña
"	3 56	Sóstenes Ramírez	Muy ruinosa		Viuda de Benard	..
"	3 56	Lic. M. H. Benavente	Muy ruinosa		Angel Osio	.. útiles é instrumentos
"	3 70	Sóstenes Ramirez	Muy ruinosa		Francisco Rodriguez	.. herramienta y obra
"	3 68	Isabel M. V. de Reynoso	Muy ruinosa	3 36	Cleofas Portillo	.. la existencia de muebles
Plauzuela del Teatro	3 72	Señores Ajuria	Bien la finca, perdió mbls. libros y arch.	3 36	Cleofas Portillo	Muy averiado el deposito.
"	3 77	Celso García de León.	Bien la finca, nada perdió	3 77	Samuel T. Busey	Perdió objetos varios
"	4 35	Hilario García	Lastimados los bajos	3 77	Marcos Ramirez	Perdió efectos
Puente del Rastro	3 88	Mª Jesus Ramos	Averia la finca		Cornelio Cervantes	Pérdidas considerables
Jardín de la Unión	2 26	Soledad Doblado	Averia la finca		Velasco y Compañía	.. de comedor cocina y billar
"	2 84	Soledad A. V. de Chico	Pocas averías en la parte posterior	1 56	Genovevo Hernandez	.. Herramienta y obra en venta
"	2 84	F. y P. Parkman	Caidas 8 piezas en el Callejón de Bueno	1 56	Francisco de P. Chávez	Perdió la mitad de la Botica
"	2 46	Francisco Ederra	Desplome y avería de la finca		José Santoyo	Pocas averías en el mueble
"	2 20	Lic. J. O. González.	Bien la finca		Mc. Elhiney y Mc. Manus	Perdió archivo y averió muebles
"	2 36	Adrián Georgeon	"		Bonave y Compañía	Pocas averías en la Cantina
"	2 38	María Luz Becerra	Caida la casa		Ing. Ricardo Chico	Averías en el mueble
"					H. Histow	Perdió mueble y útiles
"					Manuel Bernó	.. existencia en gran parte
"					Juan Drivet	Perdió muebles libros y archivo
"					Maximino Tejeda	Averías en comedor, cocina y bill.
"					Dr. Ramón Fernández	Perdió las existencias.
"					Dr. José Herrera.	No perdieron por haberse cambi-
"					Agustín Morales	biado antes de la inundación.

